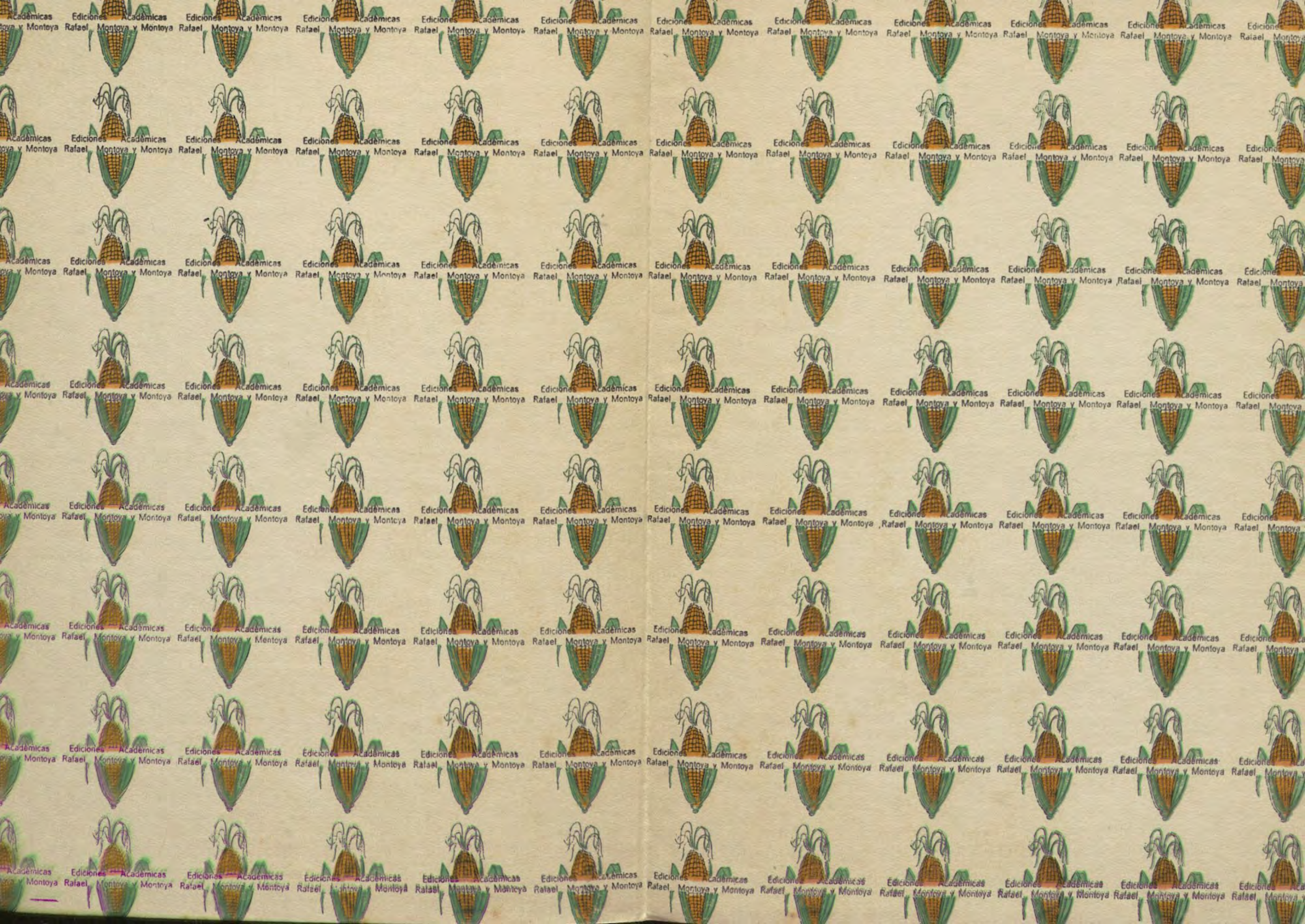


LUIS LOPEZ DE MESA

Cogitaciones

EDICIONES ACADÉMICAS

RAFAEL MONTOYA Y MONTOYA



Lo que Hemos Publicado

OBRAS COMPLETAS DE GREGORIO GUTIERREZ GONZALEZ

RISARALDA DE BERNARDO ARIAS TRUJILLO

GRITO DE INDEPENDENCIA EN COLOMBIA

DICCIONARIO DE EMOCIONES

OBRAS COMPLETAS DE EPIFANIO MEJIA

OBRAS COMPLETAS DE JOSE FELIX DE RESTREPO

OBRAS COMPLETAS DE PORFIRIO BARBA JACOB

OBRAS COMPLETAS DE JOSE EUSTASIO RIVERA

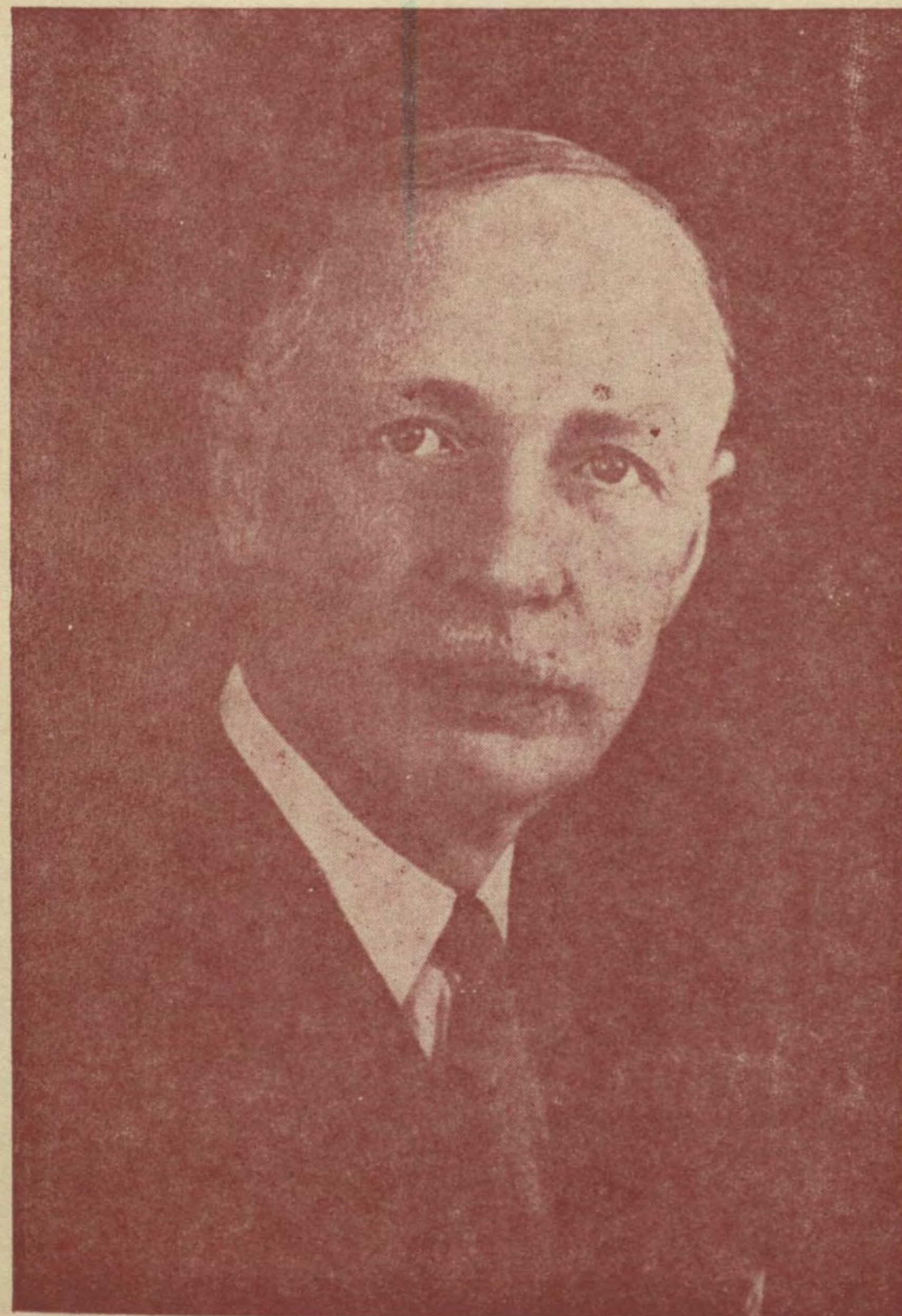
ORACIONES PANEGIRICAS DEL Pr. LOPEZ DE MESA ✓

LUIS LOPEZ DE MESA

COGITACIONES

EDICIONES ACADEMICAS

Medellín - Colombia



L
C864
L864C
EJ 4
1965

Reservados todos
los derechos.

EDICION DEFINITIVA

COGITACIONES

*Para el cincuentenario de la
revista CULTURA: 1915-1920.*

Medellín, marzo 18 de 1964.

Señor Pr.

Agustín Nieto Caballero.

B o g o t á.

Le celebran a usted hoy sus discípulos del Gimnasio Moderno cincuenta años de consagración ininterrumpida y sobre modo ilustre a los menesteres de la cultura colombiana en el orden del por excelencia llamado magisterio o sea educación lectiva de la juventud, y yo, que con usted los he vivido fraternalmente, y he gozado como triunfo propio a fuero de una amistad que nunca tuvo sombras, siento en esta hora que en mi alma reviven inquietantes y reclaman expresión, los sueños programáticos que por entonces unieron indesasiblemente nuestros rumbos. El próximo febrero de 1965 hará cincuenta años también que apareció a la luz de la historia nacional la revista que tan temerariamente denominamos CULTURA (1915-1920), dirigida por un grupo de nuestra generación tan selecto de normas y hábil de mente que, ya casi totalmente extinto, me parece aún reverberar en mi alma su luz y aún inmaculadamente enaltecerla. ¡Qué señorío aquel, y qué fidelidad al espíritu! Abro la página liminar del primer volumen y los ojos se me turban con

Copyright By:

RAFAEL MONTOYA Y MONTOYA

un sentir que ya no son los que tanto fueron. Cansino el corazón me dice a la sordina, apenumbra ya su lumbre tempranera, que no sabe si ellos permanecen en él o él se quedó allá atrás con ellos.

Y no lo digo por solos nuestros conmlitones de CULTURA, sino por ellos y el más amplio conjunto que formamos con elementos eximios de la generación centenarista, que parigual y a ocasiones mejor, luchaba por dar lustre a la asendereada república que estábamos recibiendo herida de catástrofes y acantilado el horizonte. Cuántos nombres quisiera evocar, que callaré por no ser prolijo y que seguramente usted repasa en este instante con la indefectible certidumbre de las magnas vivencias afectivas. Y mire usted que es cosa de prodigio el que al lado de los compañeros de carne y hueso en la jornada espiritual de nuestra vida se alineen copartícipes de ella y muy patentes, los maestros de la literatura universal, ciencia y filosofía inclusive, que adoctrinaron nuestro espíritu con nociones u orientaciones indelebles, superadas hoy quizás, pero valiosas para esa misma superación. Tenían ellos un saber decir gracioso que enlabiaba estéticamente aun antes de convencer el entendimiento y los constituía artífices incancelables de su elegante mundo sutilmente razonador y un mucho escéptico, a la francesa, o ideológicamente beligerante a lo tudesco, o recóndito de presencias en rusos, escandinavos e hindúes. Porque a nuestra generación le cupo en suerte ampliar los ámbitos tradicionales de la cultura patria, franco-hispano-romanos entonces, a los universales que hoy rigen, y así, amando aquellos y arregostándose a estos, hacerse de muy más dilatados horizontes. Inolvidables horas de idealidad, ciertamente. Con un no sé qué concupiscible —*libido sciendi*— que irradiaba de esos magos estilistas de la época, finales del siglo XIX y principios del XX,

que en su solo buen decir agraciaban el mundo, sin un ápice del aburrimiento que a veces señorea la literatura subsiguiente, por cuanto pues hasta la esbelta poesía truécasenos a menudo en disertadora, enumerativa y pseudo arúspice, pseudo sibila, pseudo esfinge, con un común denominador de adormeciente monotonía. ¡Como si la agilidad no fuese la icástica esencia de las Musas! Literatura en clave de alusiones remotas y capciosos símbolos, para abrir sellados arcones de misterio lamentablemente vacíos. Allá en los anaqueles de su gimnasiana biblioteca y en la primorosamente artística de Eduardo Santos he reencontrado, semiadormecidos ya, esos autores familiares de nuestra fratría juvenil y los he resaludado con el corazón apretujado de unciosa gratitud y un cierto orgullo silencioso de abolen-go. ¿Verdad que hora no convencen, señor profesor de nuevas generaciones? Sin duda. No convencen. Ya sabemos un Niágara más de nociones técnicas, de revelaciones abstrusas, de presentimientos cabalísticos, con piedra filosofal a la vista, mas no ya para convertir en oro los metales menores sino para tornar inteligible el arcano embrollo de las cosmogonías y el aun más embrollado cosmos de la efimeridad consciente de nuestro espíritu. Con todo, nuestra alboreciente órbita tenía la elación de un querer ser en gracia con la estética —estética de la personalidad y estética del mundo— que nos resarcía de toda dubitación y nos configuraba, dote insigne, estoicos ante las ominosas peripecias del destino. La elegante levita o el chaqué, el sombrero de alta copa reluciente, el calzado de charol con guardapolvo, la corbata enjoyada de perlas, los guantes, el bastón de valiosa empuñadura, y el principesco anillo del meñique, parecían denunciarnos tan afiligranadamente como de andrógina textura, con sumo error de juicio, puesto que bajo ese versallesquismo de fachada recatábase heroica reciedumbre de opinio-

nes y combate, y un buen porqué de proceridad incólume. ¿Acicalada ficción de mis afectos? Me lo he preguntado yo mismo, y de pesquisa en pesquisa he llegado a muy otros y muy alucinantes pareceres. Nuestro centenarismo corresponde al módulo social de una época sui generis: uno a modo de alejandrinismo superstite, o reapareciente al menos. Como aquel del helenismo post-macedónico, que duró cosa de mil años y contradictoriamente acunó en sus blanduras las más arduas revoluciones del mundo, Grecia, Roma, Israel, Oriente y rubias hordas del centro y norte eurasiáticos. Acunó, digo, sin engendrarlos propiamente, cual viose en el neoplatonismo acristianado, en el eremitismo estoico, en la feminidad asiática, amén, de sus cultos religiosos y exultaciones líricas, de la amatividad, pindárica y anagógica a la vez, con Afrodita, Istar e Isis en la cumbre: reina del mar, reina de los cielos, reina de los dioses: Anadiomena, Urania, Cibeles, *Megas Thea*. Signo cierto de la voluptuosidad que rige las horas decadentes. Así, también, la jornada finisecular e inicios secular de las decimonona y vigésima centurias en que discurre nuestra colombiana generación del centenario, nacida entre 1880 y 1895, y aparecida a lides en 1910, con leves márgenes de ocurrencia, corresponde a una época sinclinal de la historia, llamando anticlinales las heroicas o más fecundas, con una imagen de las estructuras geológicas del mundo, que analógicamente ilumina el entendimiento del devenir humano, o sea, pulsación en diástole y sístole del acontecer histórico, y del acontecer biológico, por ende, y como tal, en ella observamos que el impresionismo, el parnasianismo y el simbolismo en artes, como el modernismo en teología y el malabarismo filosófico, la poesía eminentemente, y la novela hasta el éxtasis venusino, trascienden feminidad, aquilatan donosuras, buyen ataujías de dicción y suspenden el mundo en un tazón de

almíbar. La arrobadora elocuencia democrática en la política, y la no menos arrulladora música del vals, tan típica entonces, expresan la preponderancia de la molicie. Pudiera argüirse que la precedente generación romántica fue parejamente —a pari— feminista raigal, como se advierte en nuestros portaliras precelentes, y para todo el mundo en la augusta proclamación de María Inmaculada por el Papa Pío IX en 1854, sin entrar en pormenores de la literatura universal coexistente, cuyo feminismo Bécquer sintetizó diciéndole a su amada: "poesía eres tú", con maravillado asentimiento de toda su generación. No. No es lo mismo. Porque conviene distinguir entre filoginia voluptuosa o admiración sensual de la mujer, y esotra filoginia idealizante y hasta ginólatra, de las épocas fecundas de pensamiento, de las edades sofogenéticas, por así decirlo con etimológica exactitud. El siglo XIII, por ejemplo, anticlinal histórico sin duda, se nos revela exuberantemente feminista, con sus cortes de amor, sus cantores de amor o "*minnesingers*", sus trovadores de amor, sus romanceros de apasionadas leyendas, sus Dantes, Giotto, Petrarca, Franciscos de Asís y Bernardos de Claraval, fervidamente idealizadores del amor - emblema, hasta el ápice de confundir a la mujer con atributos de la divinidad o la divinidad misma. De dos o tres siglos adelante, en otro lapso de exaltación cultural, el Renacimiento, reverberan Afrodita y Perséfone en el grácil cuerpo de la Simonetta Vespucci del magno Botticelli, y el supremo Miguel Ángel idoliza la egregia personalidad de Vittoria Colonna, no obstante serle tan aisladoramente ajenos sus *Rime Spirituali* e inextinguibles evocaciones del apolíneo Pescara. Prima facie parecería impertinente comparar estas idealizaciones esotéricas y cuasi teofanías con la libidine d'annunziana o anatolfrancesca, ni aun con la reivindicatoria actitud de Wagner, Tolstoy e Ibsen, o

del místico Tagore, y en un plano más íntimo a nosotros, con un José Eusebio Caro, un Rafael Pombo, un José Asunción Silva, un Jorge Isaacs... transidos de ternura filoginística, por así helenizar un tanto la exaltada devoción a la mujer que los distingue, ya que ni estos ni esotros acendran la teopatía o divino sentimiento medieval de los marianos o "maristas" del siglo XIII, mas ello es que pariguales, en conjunto testimonian una etapa del alejandrismo recurrente de plácida jerarquía feminoide. Habida cuenta —esto sí— de las índoles diferenciales de los pueblos en quienes estas ocurrencias o recurrencias históricas inciden, que pues no es una mera la modalidad de la posición femenina en ellos: elegancia y alquitarado influjo en Francia, equilibrio y reserva sentimental en Inglaterra, complemento moral y asistencia hogareña en Alemania, dignidad austera e íntima comunión en España, dominio eficiente y cordura en Estados Unidos... por citar apenas unos cuantos, y hasta donde me es factible intepretarlos a la escasa lumbré de mis conocimientos. Ni digo de Colombia, porque en este instante asistimos a perturbadora transición, que aún no se define, aunque ya previsoramente me inquieta.

Conviene, sin embargo, ahondar un poco en estas distinciones. Lo alejandrino, lo helenístico, lo decadente y lo sensual no son exactamente homólogos, ya que en el multifario y multiforme milenio que abarca la vivencia alejandrina ocurrieron prodigiosas aventuras del pensamiento. Puerto egipcio, transplante griego, emporio afroasiático, la ciudad, al sur del Mediterráneo, de la misma manera que Bizancio al norte, con su puerto griego, su transplante romano y su emporio euroasiático, fue un estuario de culturas, como el París medioeval y la Florencia renacentista, y así, al lado de un eclecticismo, un escepticismo, un hedonismo y un

refinamiento decadentista del gusto, recuérdese lo que vale decir bizantinismo, verbigracia, produjo conceptos inmarcesibles. Si una Cleopatra es la vera imagen de la sutilidad, elegante, poliglota, diplomática, realista, aveniente al amor y al lujo, como, en parte, desde luego, la Teodora justiniana, menuda de cuerpo, vivaces los ojos, graciosa de porte, agilísima de mente y consumadamente estratega del poder, nos descubre el alejandrismo femenino concupiscente, su helenismo soterraño alienta virtudes axiológicas e ideogenéticas o ideogestantes al menos, que marcaron rumbo a la cultura occidental por un par de milenios y aún subsisten activas. Tal la incorporación del helenismo en la exégesis bíblica, según la mente erudita de Filón, tal el platonismo de los grandes padres de la Iglesia, el caudaloso Orígenes, digamos, o lumbreras colaterales suyas, como el supérstite Plotino. No se puede pretermitir o apenas minorar, el influjo del idioma entonces: dos palabras griegas sostienen todo el edificio ideológico de la cristiandad católica, *homoousios*, "de la misma esencia (de Dios)", base de toda nuestra cristología, que sacaron adelante la elocuencia y la vehemencia del alejandrino Atanasio, y *theotokos*, madre de Dios (de "tokáoo", dar a luz), que su paisano San Cirilo logró autorizar ortodoxa en el concilio de Efeso, sobre cien años después, de una tradición popular del siglo III, conforme a la cual voz nuestra mariología hubo con ineluctable lógica todos los títulos posteriores de la Virgen: su concepción inmaculada, su partenogénesis o empañación virginal, su asunción en cuerpo eternamente vivo, su función mediatrix y su reinado en el empíreo sobre todas las criaturas celestes. Por cierto que en este hermosísimo devenir mariológico existen podigiosas coincidencias, como la opinión legendaria de que María murió (o entró en dormición, por así expresarlo más dogmáticamente), en la dicha ciudad de

Efeso, y el hecho histórico de que ahí se rindió culto a la antiquísima Artemis, madre-virgen y protectora, *soteira*, "que cura de todos los males" y *luaia*, purificadora, hermana gemela del deslumbrante Apolo, rival casi, casi invencible del Mesías nazareno, soter por excelencia.

He ahí, pues, que la feminidad del alejandrinismo, por su impregnación helenística y su asimilación del misticismo asiático, y tal vez por su ingénita vocación egipcia de Isis, fue bifásica, sensual de costumbres y afiligranada en literatura, formalista y coqueta, de un lado, refinada y sutil de pensamiento, del otro rumbo, como se dio *pari passu*, en su norteña rival constantinopolitana, por ambos modos, el hedonista y el culturalmente fecundo, digamos sus codificadores de leyes, como el Uprauda "Justiniano", o Belisario el guerrero incorruptible, o el restaurador Paleólogo, de una parte, bien bragados varones, y de otra sus arquitectos, escultores y mosaiquistas, cuyas obras delatan feminidad en las basílicas, feminidad en los iconos, feminidad en la música, las letras y aun la diplomacia. Ya se mire su arquitectura en Bizancio, Ravena, Kiev, Moscú o en el centro mismo de Europa, la estupenda pasamanería de los interiores, sus graciosas arquerías ornamentales, sus cupulines, por así llamar las cupulitas en bulbo de cebolla o tulipán que copiaron de Persia, los mosaicos en taracea bicolor de sus suelos y los ventanales de vidrio policromado e iconografías inmisas o dibujadas en él, con sus peculiares ojos de hurí, ya que hurí eso significa: ojibella. Obsérvese cómo el achatado cuerpo de la Santa Sofía constantinopolitana y del San Marcos veneciano, recuerdan la groseza matronal, y cómo la proliferación de cupulitas bulbiformes del bizantino ruso semejan la polimastia de las diosas orientales de la fecundidad. Posiblemente también heredaron para su música recitada los módulos femeniles

de Jonia, y por lo que respecta a su diplomacia basta aducir su tortuosa conducta con el astuto burlador Atila, el monstruo de los latinos y el Etzel de las germánicas leyendas, hombre de su siglo, y muy hombre.

Zahondando aun más en esta filosofía de la historia o psicología propiamente, se advierte que el proceso suyo de actividad y pausa, de sístole y diástole, como metafóricamente las llamé en un párrafo anterior, es sobre poco más o menos el de sueño y vigilia de los vivos, el nictemeral o del día y la noche, de la naturaleza terrestre, y el muy más comprensible de vibración y silencio que caracteriza las complejas estructuras musicales, con un atenuante gnosiológico para todos ellos, en el sentido de que a la verdad no existe silencio en el mundo, sino mayor o menor ritmo, ya que la pausa musical está llena, física y psíquicamente, de la nota anterior, que en ella prolonga su efecto, y la noche otra cosa no es que la penumbra, y no la obscuridad, de la tierra, o su sombra, exactamente dicho, y el sueño una mayor lentitud de la actividad fisiológica, pero siempre actividad, al fin y al cabo. Ni siquiera los inmensos espacios siderales o aun intergalácticos poseen silencio absoluto, puesto que los tenuísimos iones de hidrógeno que tan parcamente contienen, emiten radio-ondas captables en nuestro breve y lejanísimo orbecillo terráqueo. Y comoquiera que esas pausas son funcionales en cuanto acumulan o restauran energías para los momentos más activos, yo me he preguntado si su presencia histórica no obedece a la necesidad de establecer, estabilizar y cómo digerir las adquisiciones suyas, en el orden cultural sobre todo. Así, cuando contemplamos el hedonismo, escepticismo y superlativo culto de la mujer en las postrimerías del siglo XVIII francés, con su Diosa Razón, sus tres Gracias cautivantes, sus salones de discreteo, amatividad difusa y extraordi-

nario aquilatamiento del idioma y la literatura, que tanto deben al consuetudinario ambiente *salonard* de la vida parisiense, incubadora aun de guerreros y políticos, Bonaparte incluso, y de gobernadores *extra foedera lecti*, o de concupiscente ligamen, en la época monárquica sobre todo, hasta Luis XV, pero nunca adelante obsoleto, cuando todo esto contemplamos, repito, pudiera deducirse que su feminidad fuese estéril, y seríamos ciertamente injustos: bajo sus palaciegos melindres horneábase la tormenta revolucionaria que de pies a cabeza estrujó el mundo y lo modeló diferente, y en sus genuflexiones arreciábase el prodigioso heroísmo de los gruñones de Austerlitz y de los mechudos del Marne, *grogards et poilus* que poco difieren de los galo-celtas de Clodoveo, etimológicamente el primer Luis de Francia, o sea *Hluotwig*, "guerrero famoso".

Prosiguiendo esta pesquisa historiológica, uno tropieza con múltiples meandros y desvíos aparentes. Tal así, el que en un mismo continente geográfico no son coetáneos estos ritmos de pulsación sistólico-diastrófica, va que, retornando a los finales del siglo XVIII y comienzo del XIX, nos maravillan la asombrosa cosecha cultural de Alemania y la poquísima del mundo ibérico; a la vez que esas postrimerías del quinientos y albores del seiscientos español abrumadoramente superan a sus coetáneos de Alemania. La Inglaterra del siglo XVIII es incommensurable con la Rusia de entonces, pero los literatos rusos del XIX son incomparablemente más creativos que sus coexistentes británicos. Es pues preciso acogernos a otra exégesis, que no la meramente fisiológica de esfuerzo y fatiga, de acumulación y manifestación físico-energéticas, de "eclosión", quisiera decir, por no ser solo manifestación ni brote. De ahí que haya investigado la ley de exuberancia espiritual

que la riqueza produce en las naciones cultas, así sean de parva dimensión geográfica o demográfica inclusive, como que el caso de Flandes, Venecia, Florencia, Cataluña, Holanda y Portugal en sus felices horas de comercio fructífero o de industrias florecientes. La pesca del atún, la lana, el hierro, el trigo, la vid, la misma papa de América, los ganados y las especias, amén de los metales preciosos de la usura, engendradores de la banca e impulsores de los viajes, estimularon, paradójicamente en cierto modo, las ciencias, las artes, la filosofía y el derecho. No deja de ser inverosímil afirmar que Erasmo, Shakespeare, Cervantes, Goethe o Camoens sean hijos circunstanciales de la pesca, la minería, la agricultura y los textiles, la navegación o el comercio de sus más humildes paisanos, y susto grande se llevaría el adusto Milton de saber que su Paraíso Perdido surge del corso y bandidaje de los fieles súbditos de Isabel Tudor, o el ilustre Grocio de ser usufructuario a ocultas de su espíritu de los conciudadanos suyos negreros del Caribe, et sic de céteris en cada ejemplo analizable. Sin embargo de esta inmediata procedencia de la cultura como fruto del *otium litterarum*, conforme diría Cicerón del divino ocio de la calificación platónica, exactamente emergido de la esclavitud y el pillaje. En este caso, la periodicidad puede o no coincidir con una afeminación de las costumbres, según se dio en la Roma augusteana.

Otra causal de ritmo cultural alterno ocurre en el ejercicio de la responsabilidad, a ocasiones determinante de nuevos rumbos de la historia, cuales se efectuaron en la vida de Gregorio Magno, cuando asume la majestad de Roma, en momentos en que periclitaba su preclencia, de modo que ésta aliando al creciente fuero místico, estableció conducta, consolidó dogmas, y ejerció imperio sin par en los albores de la alta edad

media, al mundo europeo dando así la reciedumbre espiritual de un todo orgánico. Siete siglos después, ya a punto de cerrarse el proceloso medio-evalismo milenario, asume la responsabilidad de la hora el sapiente Inocencio III, papa Conti, y organiza políticamente el dominio moral de la iglesia, a ella lustrando a la vez que ilustrando con reformas insignes. Y ya no remotamente sino en nuestra misma generación, León XIII, papa Pecci, recoge el guante de la triple revolución social, política y técnica que estaba resquebrajando la cátedra de Pedro y se hace guión de revaluaciones fundamentales, señor de un humanismo elegante y fortaleza de incólumes virtudes, con ello encabezando otro siglo de oro de la catolicidad.

Motivo grande de mutación en el devenir de los pueblos es el impacto de alguna penosísima tragedia, que sin destruirlos propiamente, les turbe la dignidad de ser o la prestancia de lo que fueron. Basta rememorar el terrible choque que tuvo España con la derrota de 1898 y comprender como una reacción espiritual suya el nuevo siglo de oro de sus letras subsiguientes, y no por una sino por dos generaciones, la llamada, por ello, de 1898, y la de 1928, entrambas ilustres. Alemania aporreada en la primera guerra mundial, gigantemente reactiva luego, y el Japón de 1868, que con el lábaro "Meiji" o iluminación, de Mutsuhito, dio un vuelco casi inverosímil a su historia, pues de humillado tornose potencia mundial en breves lustros. Asimismo maravilla la reciedumbre moral de los israelitas, que emparedados entre Egipto y Babilonia o Persia, según los tiempos, a cada derribamiento o *knock down* padecido a manos de sus inmisericordes imperialistas —y esto era incesante, Salomón excepto— empinábase a juez suyo —leure juez— y norma universal o "pueblo escogido de Dios", dios de los ejércitos, dios único, dios

eterno, vengador alerta de sus minúsculos terrazgueros y pastorcillos de Palestina, Yahweh el innominable... Desde Ur de Caldea hasta la declaración de Balfour, sobre 3.500 años de hambre, libidine y orgullo, astucia y un libro inmortal al frente, este pueblo ha sido conservado inextinguible y aparte por el odio de la humanidad, a través de no sé cuántas pentápolis que ha organizado, cuántas diásporas que ha padecido, cuántas simulaciones o *camouflages* a que ha tenido que recurrir para sobreaguar en el mundo, y así, el historiador tendrá que reconocer que configura un caso insólito en la peripecia del ecumene, como que fue él y solo él, quien logró un convenio escrito con la divinidad, engendró un mesías para todos los carecientes de bienaventuranzas, un apóstol litigante para convencer a los sutiles, un ministro de la gobernación para las naciones que lo hospedaban, desde Mardoqueo y José hasta Disraeli, un genio en fin, para toda ciencia y toda arte en el consorcio universal de la cultura, sin dejar por ello de sonsacar a sus hostiles hospedantes sus mejores hembras, abundosos dineros y publicitario prestigio.

También incide en la alternación del proceso histórico una a manera de polaridad geofísica que antes estudié a fondo en Colombia y en todo el ecumene luego, por haberseme revelado fecundísima en la interpretación de las culturas. Primero fue el percibir que el oriente y el occidente colombianos, al parecer por determinaciones étnicas, manifestábanse casi opuestamente como intraversos y extraversonos, en su orden, luego el advertir que los tres ramales de la cordillera andina que casi paralelamente surcan de sur a norte el territorio nacional, no presentaban a igual altura y sobre poco más o menos paridad edafológica exactitud en su biología sino notorias y aun notables diferencias, en flora y fauna a la vez. Adelante fueme dado compro-

bar que las otras naciones del mundo comportábanse asaz diversamente de norte a sur, como Alemania, España, Francia, Italia, Inglaterra, Estados Unidos, o de oriente a occidente, cual Argentina, Ecuador, Venezuela, Rusia, Canadá y qué sé yo más, con fácil explicación por el lado étnico, pero no del todo, pues en China, algo más homogénea, existe el fenómeno, con ciertas constantes unívocas, como el ser, en todas partes, más volitivo el norte y más emotivo el sur, más reservado el primero y más efusivo el segundo, verbigracia, y haber de pronto caído en la cuenta de que la cultura, con la sola excepción del imperio inca o Tauantinsuyu, toda se había desarrollado en el hemisferio norte, y que apenas en nuestro siglo afloraba la correspondiente austral. Si es verdad, como lo entiendo, que al norte predominan el razonamiento, la voluntad y el sentido práctico de la vida, y que al sur corresponde el predominio de la emoción, la imaginación poética, y la gracia por ende, con buen golpe de incuria o lenidad de criterio y de carácter, aunque a menudo sus gentes sean heroicas por explosión y sutilísimas de ingenio intuitivo, como se advierte en sus apodos y sus chistes, es de esperarse que al sur del ecuador terrestre se produzca caracterología similar, pero naturalmente invirtiendo el proceso de imaginación a razonamiento, de emoción a voluntad, a la manera que el remolino o vórtice del agua corriente ocurre en el hemisferio sur a la inversa que en el norte, y de modo que se vislumbra en el temperamento de los países sudamericanos, de Ecuador a Perú, de Perú a Chile, o de Brasil a Uruguay, pongo por caso, en los que van creciendo la temperancia y el orden en proporción de su australidad, por así decirlo. Esto me permitiría avanzar hipótesis acerca de la advenidera cultura austral, cuanto a índole y presuntos logros, que infortunadamente no son para este breviario de ideas, imaginaciones y noticias.

Comoquiera que la tesis geopolítica hubiera ya sido duramente controvertida, y que accidentes históricos de otra laya, como los de religión, comercio e invasiones de conquista, amén de la benevolencia climática de ciertas zonas, pudieran aducirse en favor del azar, logré definir que cada continente aporta a la cultura modalidad, si no sui generis, sí prevaleciente, supuesto que sin mayor disputa se puede adscribir a Asia el sentimiento, según lo confirma su casi exclusiva virtud de engendrar religiones, su predilección por las leyendas, el mito y la metáfora; que a Europa corresponde la capitanía de la razón, con sus filiales de filosofía, historia, ciencia y derecho; que Africa del Norte, única porción histórica hasta ayer, fue pasional en grado sumo, si la conmensuramos por sus personalidades eminentes: Aníbal, Tertuliano, Atanasio, Orígenes, Plotino, Agustín, Mónica, Cleopatra, o en otras edades, Menes, Imhotep, Ramsés, los Thutmosis, Hatshepsut, Nefertiti: Cartagineses, númidas, cirenaicos, beréberes, egipcios. Sin necesidad de atiborrar de nombres este párrafo, bastaría ver la pasión que presupone construir la pirámide de Khufu (llamado Keops), los hipogeos del Valle de los Reyes, el templo de Ammón del gran Amenofis y los de Ramsés en Abu-Símbel por la antigua Assuán (Swan: emporio) del sur, o la lucha religiosa de Akhenaton: "Oh Dios único, cuyos poderes nadie posee", contra los cuatro mil diosecillos de la fantasía popular, el más genuinamente nilótico, Osiris-Khentamentiu, o el arcaico Amun-re... América del Norte, a pesar de sus complejísimas raíces étnicas, es el continente de la voluntad, y sus hombres, Franklin, Lincoln, Washington, Jefferson, Edison, James, Ford, Roosevelt, su puritanismo religioso y pragmatismo filosófico, son paradigmáticamente volitivos. Nuestro continente iberoamericano, que abarca Centro y Suramérica, con mucho del Caribe, es el reino de la emo-

tividad, cognoscible en su devoción por la oratoria, la lírica, el periodismo, la liturgia, la danza, la voluptuosidad y el exuberante gesto: mírese, si no, que la religiosidad norteamericana es ético-social, y la "latina", como ellos dicen, teológico-ritual. Su comportamiento es idiosincrásico de la emoción, intelectualmente basado en el "a mí me parece", colmo de las sinrazones, y caracterológicamente en el "a mí me da la gana", o imperio del capricho: dos andaderas pueriles, que solas no llevan muy lejos. "Otro día será", decimos a menudo para eludir los compromisos.

Tengo, sin embargo, que detenerme en la despectiva o superlativa consideración de estas actitudes temperamentales que engendran los continentes como *habitat* humano u hogar de pueblos, pues sería concluir a sin razón de lo dicho el máximo mérito de la inteligencia sobre el sentimiento o del sentimiento sobre la voluntad o de esta sobre la emoción en la génesis de las culturas. O de las modalidades de la cultura, como parece mejor decir. Yo de mío tengo por perfecta la dosificada mixtura de todos estos ingredientes de la personalidad, ora del individuo, ora de las naciones, ora del mundo entero. Tampoco aisladamente pudiera afirmarse que es más feliz el científico europeo que el aladinesco asiático, el acérrimo norteafricano que el tecnólogo yanqui, el individualismo romancesco de iberoamérica que el mágico hombre tribal. La emoción hace surgir soterradas energías psíquicas y fisiológicas, ideogénicas en grado eximio, augurales de extraordinario porvenir para los pueblos que adecuadamente los gradúen y asocien. Previsión que justifica este prolijo examen suyo y algo me exime del literario remordimiento atinente, que ya con cierto pudor me asedia. Me asedia y hasta induce a insistir en ello desde otro punto de vista. Y es que tales relaciones genéticas entre

geografía y temperamento humano pudieran parecer confirmar algunas muypreciadas hipótesis sobre la existencia de varias culturas aparte o sociedades de cultura sui géneris, cuando lo verosímil es pensar que si los factores específicos de tal engendramiento cultural, naturaleza física y naturaleza psíquica, o sea, *physis* y *psychée*, etimológicamente dicho, son iguales en esencia, el producto natural que sigue de su interacción podrá tener, y desde luego tiene, diferentes modales mas no construir especies distintas, y así, más discreto sería decir que existe una cultura fundamental con características regionales de ser. Ello se advierte al considerar que cada una de tales organizaciones más o menos estancadas de la cultura recorre en su proceso evolutivo las mismas interpretaciones del mundo y del hombre que las otras, con solo cierto énfasis diferencial en este o esotro aspecto de su ejercicio y vigencia: materialismo, idealismo, escepticismo, sincretismo... verbigracia, y aun cierto aroma de eclecticismo que se advierte en todos los magnos escolarcas del orbe.

Precisamente, vale la pena replantear la antañona litis entre el valor del sentimiento y el valor de la idea como reveladores de los callados mundos del ser, y hasta de premonitorias vislumbres de lo arcano. ¿Quién nos introduce a mayor hondura del destino, un Kant socarrado de metafísica o un Shakespeare vidente de pasiones, un Francisco de Asís, inmerso en el amor de las criaturas o un Tomás de Aquino, astronauta de todas las sutilidades del nóumeno? Atrás nombré al héroe Tristán del ciclo arturiano o de la Tabla Redonda, y aquí me acorre su símbolo para una exploración abscondita del alma. Con buída intuición para su tiempo, el inventor de la leyenda, aunque atribuyéndolo a un brebaje de hechicería, nos informa del repentino fogonazo de pasión que incendia los corazones de Tristán

e Iseo, arrebatada enloquecidas sus mentes y en uno abismal funde el destino de sus nobles hados. Un momento antes eran ajenos el uno para el otro y aun esquivos a todo cordial acercamiento. Mas de pronto, sin añadir nada a la esencia y la apariencia de sus seres, se imantan prodigiosamente atractivos, refulgen con extraña luz expresiva y son inmenso raptó mudo. Isolda, Francesca, Beatriz y Laura, ya no parecen hembra común, mujer ajena, episodio transeúnte, sino epifanía del misterio, Eros fulmíneo. ¿Cómo es este unirse y consumirse en una hipóstasis o supuesto ser sin esecidad, onírico apenas? Probablemente su atómica potencia, por decirlo en voces contemporáneas inteligibles, es trasunto de la indescifrable realidad que engendra el mundo, la vida y el espíritu par uniones de positivo y negativo, de masculino y femenino, de sentimiento y de idea: nada en sí y todo al conjuntarse. De donde presintieron, sin noción, todas las culturas que en el amor hay divinidad y que la divinidad absoluta es mero amor.

No obstante esas lucubraciones, el proceso cotidiano es más humilde. A la base de todo amor está el anhelo de la estirpe, conjunción o conjugación de los elementos fundamentales de la vida, que los biólogos denominan gametos, así llamados del verbo *gamein*, casarse, a cuya función acompañan ciertos jugos u hormonas dichos técnicamente esteroides, femenino y masculino, como el ginecógeno y la testosterona, que con su minutísima presencia en el ser humano mueven el mundo. Polaridad instintiva, a la que se añaden el atractivo estético, de tan alto coturno en los pueblos civilizados, la gracia social del buen trato, la finura de la imaginación, la bondad de la conducta, la generosidad del criterio..... la alteza del espíritu, en fin, sintéticamente hablando, con que la mera incitación de la libido se aureole de esplendorosa lumbre ideal. ¿Có-

mo, de cierto, es dicha exaltación en su máxima cumbre? De una encuesta pausadamente analítica apenas sí he logrado un vago informe más vocabular que conceptuoso. Desde luego, varía enormemente de individuo a individuo, y aun de raza a raza, y hasta de una a otra época. Un frenesí de toda una vida, estilo Dante o Petrarca o de los románticos de menor alcuña y más ambiente, del siglo XIX, verbigracia, no es posible sino como reconstrucción lírica de espaciados momentos, y eso mientras dure la tensión afectiva insatisfecha en el orden material, pues esto ocurrido, la ebriedad del sentimiento tórñase equilibrada ternura, gratitud o aprecio, ya no desorbitación del ánimo, ni eso tan preciso que llamamos enajenamiento. Por lo general, la máxima vivencia del amor dura apenas un segundo, es a modo de un relámpago de total y deleitosa impregnación del ser amado en el amante, un arrobamiento, un raptó, un transporte, un sentirse fuera de sí en la cautividad de un emblema voluptuoso, en la embriaguez de un arrullo suave y limpio, como un lecho de algodón inmaculado. ¿Queda el alma fuera de sí o habita los sentidos el alma del amado? Difícil interpretar las experiencias de un sentir absorto. Parece como si fuera la integración de dos en uno en un plano de ensueño, en un extramundo que solo a los dos perteneciese. Muchos me dijeron que tal sublimación de los sentidos solo la hallaron por dos o tres instantes de contemplación o recuerdo en su total vida amorosa, que tal vez, tal vez solo sumaran un minuto. Ese desasimiento de la realidad e integración del yo en otro yo anhelado, que supera la vida y la muerte y los totales vínculos del mundo, fue lo que, advertido por los griegos los llevó a considerar el amor como un encendimiento de la divinidad en el corazón del hombre, flecha o llama ineludible, Eros invicto.

La crónica amorosa del Zeus-Júpiter sensual greco-romano atestigua que el amor solo surgía al estímulo de las cuatro virtudes de su ensalmo o sortilegio: juventud, belleza, virginidad y candoroso asentimiento, que pues ya fuese cisne o lluvia de oro, escondites para Hera-Juno propiamente, las cautivadas doncellas siempre complacidas cerraron los ojos al ansia divina del seductor oculto, presintiéndolo. Sobre todos los pueblos historiados, el griego se destaca el más simbolista y mitógeno, y así, a él debemos la encarnación del terrible sentimiento de los celos, contraparte del amor y su mortal halcón zorzalero o neblí alígero, que el Heracles-Hércules de Deyanira e Iola ejemplifica sobre modo trágicamente. Mito solar, el héroe desposa la mañana refulgente, Deyanira, para luego —bajo el *démon de midi*, dirían treinta siglos después los franceses, o tentación de la edad madura— enamorarse de Iola, el morado crepúsculo vespertino y morir envuelto en llamas, como el sol occiduo, a causa de los celos de la inquieta cónyuge. ¿Más fuertes que el amor, los celos? Sin duda. Arrebatado por ellos, y por ellos sacudido como un guiñapo de las Furias, le agitan al hombre las carnes hasta retemblarle los músculos crurales inconteniblemente y las manos ceñirse. La mente se estanca en una sola imagen, la imagen amada con odio del infiel o la infiel, como si un barreno se le hubiese aferrado a las sienas, y la voluntad, aturdida, no sabe si matar de cólera o gemir de asolación humildemente. Porque a eso conduce el amor, a un temerario reto de cuanto se le opone, o a un rendimiento parálitico de todo el ser, y a mayor abundamiento su irrazonable hijastro, los celos terribles, que en griego *zeelos* son justamente sinónimos de quemadura, ardiente hervor.

Afortunadamente existen otros sentimientos para enaltecer la vida del hombre y serle gratificante refugio: los afectos familiares, digamos, o la sociedad del prójimo, o la nobilísima amistad que prefirieron los antiguos, y aunque todos ellos decaen y aun se desvirtúan torpemente en nuestro mundo aturbonado y loco, todavía acendran retributivas virtudes de alto mérito. Quien en la oscuridad de la noche, viajando por ignota ruta, solo y perdido, haya de pronto hallado otro ser humano con quien compartir el riesgo de las horas difíciles y hablar con él para atenuar la angustia y con él esforzar las soluciones, entenderá lo que significa el prójimo, el ser en sociedad, el ser con otro ante el mundo. Basta que la mente finja la situación de ser solamente dos seres humanos ante la infinitud del universo, bien sean los primeros o los últimos que existiesen, para intuir la inconmensurable importancia que el uno tendría para el otro, parigual a la entera magnitud de ese cosmos en que estuviesen. Porque es la muchedumbre de prójimos lo que nos ha disminuído el portentoso valer de la proximidad y desviádonos el juicio de ser ella la base de todos los otros sentimientos y afectos que rigen las relaciones humanas. Dicho así, proximidad, puesto que proximidad, humanidad ni aun sentimiento de humanidad, no expresan lo mismo.

Entre los afectos familiares, uno hay que el ejercicio de la medicina me facilitó conocer en sus más entrañables vivencias y hondura punto menos que inverosímil, divinal en cierto modo, la psicología de las madres, en cuanto comprende mucho más que los afectos y sentimientos a ella comúnmente adscritos. En la dinámica de todas las pasiones y afecciones —incluso de los animales— ocurre polaridad entre el dar y el recibir, o sea que todos se determinan y ejercen retri-

butivamente, aun en la ascesis de los santos, así afirman el "No me mueve mi Dios para quererte"... de un poeta místico cimero, ya que ninguno renunciaría a la unión con la divinidad, de suyo máximo galardón y máxima buenaventura que, según el dogma, pueda concebirse; en tanto que la madre, como se piensa de Dios por este aspecto, suele dar hasta la vida y heroicamente resistir hasta la muerte, sin expectativa de compensación que no sea el darse. Madre protectora que aun herida de asolación por el comportamiento injusto o mal sentimiento de su hijo, calla en abisal silencio de renuncia a condenarle, sin justificarle tampoco. Madre sobrehumana que resiste días y noches la inedia y el insomnio muy más allá de lo que fisiología supone posible, en la guarda de su hijo enfermo, y que —otra vez divina— detiene la muerte horas y horas, la propia muerte, por salvarlo o solo despedirse de él. ¿Exóticamente acaso, acaso por milagrosa excepción circunstancial? No lo pienso así. Más aun, creo poder afirmar que cada uno de nosotros conoce de su madre actos de superación, intuiciones inexplicables y heroicidad de ternura que la constituyen aparte, poderosa, intransferible.

Amistad

También de la amistad es ineludible hacer renovado justiprecio, por cuanto la cultura contemporánea, parece ignorar o pretermitir al menos, las excelencias de su virtud, que los antiguos practicaron y entendieron entrañable y hasta heroicamente, según se conoce por la literatura greco-latina y se deduce de la gesta idealizada de la caballería medieval en Percevales, Alanzores, Cides, Oliveros y Bayardos. Oscuro el viaje de la vida, imprevisibles sus azares, flaco el juicio del hombre y débiles sus fuerzas protectoras, poco seríamos e indefensos si fuésemos solos en el mundo. Por ventura la comunidad nos refuerza y a menudo nos re-

dime de abrumadoras adversidades acaecientes, pero solo en el frío orden del humanitarismo solidario: cumple a la amistad enaltecer de afectos e idealizarnos esa protección contra infortunios y ese acogimiento de nuestras aspiraciones. Es, por tanto, gentilísima ampliación del yo, un yo asociado, cual lo entendieron y practicaron los antiguos y la obnubilada cultura moderna desestima torpemente. Porque no es apenas baluarte de conflictos y refrigerio de derrotas, proíz contra naufragios inminentes, pero algo más útil al espíritu, en cuanto de nuestro natural, por incertidumbre del propio entendimiento o derrumbe de la voluntad íntima, nos es consoladora la confianza de nuestros errores, en una a modo de catarsis sin riesgo de traición, detergente del agobio y vitamínica de nueva euforia: analéptica, dicen los médicos. Es como una fraternidad que no consiste en la comunión de sangre, a las veces inarmónica, sino en la similitud de espíritu, indeficiente, incaducante, que si es preciosa en el perihelio de la vida, a la hora del atardecer, en la soledad de la sombra viniente, constituye el mejor alero del alma.

Entre los afectos personales de la amistad y los universales de humanidad ecuménica se colocan los del patriotismo, que tantos vaivenes hubieron en el multimilenario transcurso de la civilización, ora restringidos al agrupamiento tribal, ora estructurados en la polis, o bien laxamente adscritos a la difusa conglomeración de los imperios, egipcio, babilonio, persa o romano, verbigracia, hasta su confusión definitiva con el concepto de nacionalidad que del renacimiento hasta la segunda guerra mundial se consolidó infrangible y heroico, se nos ofrece ahora en proceso de atenuación y casi amortiguamiento, a causa de la inextricabilidad de los intereses humanos, de la mancomunidad de la cul-

Patria
tura y del encogimiento físico-social del mundo. Hasta el punto de que ya no es la patria un historial de hechos regionales ni un santuario de sepulcros, ni una genética aparte, ni una fe religiosa vinculante, ni un idioma inteligible, sino un ambiente de trabajo, una simpatía de anhelos, una cordialidad de caracteres. Las gentes se naturalizan donde hallaron fácil subsistencia, los sabios son atraídos a nueva patria más comprensiva o más retribuidora de su esfuerzo, y los artistas son adoptados universalmente, cualquiera que sea su origen. Y con todo, creo intuir un fondo irreductible de patria en esta universalización del hombre contemporáneo y una misión imprescriptible de su entidad histórica. Somos trasunto del suelo en que nacimos, con peculiaridades de su composición química, tan propias y diferentes que engendran faunas y floras de su índole, porque gea, flora, fauna y psique constituyen naturaleza, inconsútil textura, urdimbre infraccionable, armónica vida sui generis: ello es que los vinos de una región no se dan idénticos en otra, ni las almas, por ende. A mayor abundamiento puede aducirse que el conocimiento y el sentimiento del mundo están determinados amén de cualificados, por el paisaje de su génesis, y así, al ejercer nosotros nuestras facultades, bien sea creando conceptual o estéticamente algo, bien evocándolo sentimentalmente, lo hacemos *in solidum* con nuestro mundo inicial ambiente: de él somos y él nos pertenece, de él derivamos virtudes y a él confluye la virtud de nuestras obras. Psique y physis: sinapsis insoluble, por así decirlo en términos fisiológicos, o sea, juntura funcional ilimitable. Correlativo de estas situaciones y conformidades del ser social que somos, es la tesis de que la patria, de consuno con su virtud timogénica o formadora de temperamentos, es asimismo recipiente y repositorio de nuestras realizaciones perdurables, más adecuada y más fácilmente que

otro desembocadero posible. Y supuesto que el yo se compone del individuo y su tarea, la perduración de esta, así mejor posibilitada, es prenda de salvación, sosiego de incertidumbres o "alivio de caminantes", como el clásico definía bellamente esta actitud religiosa del espíritu a seguir siendo.

Todo lo dicho nos permite enmarcar nuestra generación centenarista en su alcance histórico y un si es no es discretamente, nuestra obra personal dentro de aquella. Las cuatro columnas maestras de su estructura ideal son, a mi entender, la ecuanimidad, la honestidad, la justicia y el señorío, por lo que, así como abrió las puertas de la cultura patria a las inquietudes universales del momento literario, según dije antes, abrió su espíritu a los problemas de la justicia social y supo ser equitativa con las generaciones precedentes sin prejuicio partidario ni segunda intención personalista. Sus reformas constitucionales, su tecnificación del periodismo, su literatura señera en tres magnos ejemplos, su gobernación administrativa incólume y su revolución industrial del país la distinguen agregia al modo inolvidable de la emancipadora de 1810 y de la enaltecedora de 1870, cada una con cincuenta años de hegemonía moral indiscutible. Empero, si su culmen (excúsame el precioso latinismo) o cumbre distintiva, fue la moral y por adehala el carácter, tengo que admitir que su aportación filosófica es débil: ni una idea propia original ni una gran dilucidación de foráneas ideas. Fuera de algunas vocaciones insólitas, y admirables por cierto, como la de Julio Enrique Blanco, solo ocurre el inconspicuo mercadeo de los sistemas actantes en la rutina del cotidiano discurso literario o tradicionalmente pedagógico, con un tintecito de Bergson, de Darwin, de Mercier, de Spencer o de Nietzsche, según los agrupamientos cenaculares más visibles enton-

ces, y así, lo convido a que en esta para nosotros insuperable coyuntura discurramos un poco acerca del mundo conceptual que nos cupo en suerte. ¿Temeridad acaso? Sin duda, señor y amigo, sin duda. ¿Mas no es también el vivir, todo el vivir humano, una temeridad del misterio?

- II -

Sí, señor profesor y noble amigo, era natural que ocurriese y fuese imposible evitarlo: con la seductora tentación de esta efemérides, como hogañó, un poco traslaticiamamente, decimos, rememoración de nuestras iniciales labores juveniles, he cometido la imprudencia de releer algunas páginas filosóficas de las que con tanto alborozo e inocultable orgullo publiqué entonces en CULTURA, y ya puede usted imaginar la aflicción con que me descubrí imperdonablemente ilegible. ¿Que la juventud, que el ambiente, que la hora exculpan la insostenibilidad de algunas de mis tesis, lo entiendo, pero cómo absolverme de la incuria de no aquilatarlas un tanto o siquiera conmensurar sus juicios con nociones que sí estaban a mi alcance? Psiquiatra y psicólogo al fin, siquiera a hurtadillas, esto me indujo a remirar algún ensayo inédito que diez años antes elaboré para mi bachillerato en letras y descubrí muy similares defectos de mi actitud mental y pariguales deslices de premura, pero un no sé qué de estimulante anhelo de entendimiento esencial del ser que soy y de su mundo, que me trae caviloso. Reconstruí mentalmente la intensa preocupación con que en mi adolescencia y primo esfuerzo de filosofar a solas y a mis anchas en un apacible aislamiento rústico, con breves lecturas apenas de la historia de la filosofía, a mis quince años lucu-

bré ideas que fundamentalmente coinciden con las que a los setenta expuse, luégo de un caudaloso informe de la evolución metafísica de la cultura, y sin que actuara en mi conciencia el menor recuerdo de aquel primerizo discurrir adolescente.

Ello es discordante con otras revelaciones de la introspección reminiscente, por así decirlo, que nos dice a menudo que fuimos muy otros de lo que ya somos y aun contrapuestamente, aun dolorosamente disímiles en nuestro comportamiento. Hasta el punto de que a veces nos preguntamos cómo fue el haber sido así, contra toda razón de nuestro propio razonar, sin que nos valga la presunción de una esquizofrenia o esquizotimia por algún corto lapso incidente, cual ocurre bajo el influjo de ciertas drogas, algunas intoxicaciones por deficiente catabolismo de las proteínas y aun procesos inflamatorios de las meninges o de mera compresión cerebral.

A este accidental desajuste de nuestra conducta con su yo íntimo se añade el inseguro vínculo entre nuestro ser percipiente y la realidad del mundo, que nos produce un estado de vaguedad de conciencia respecto de ser exactamente definidos en ese ámbito externo, pues la clarividencia de nuestra individualidad estanca es muy discutible, ya que a más de dicha imprecisión de las impresiones sensoriales adolecemos de una mayor incertidumbre cuanto a la propia conciencia del yo íntimo, pues que solo la tenemos de lo que nos ocurre, o sea, de los fenómenos en él acaecientes, pero nunca de la "eseidad", de ese fondo de la experiencia o sustentáculo de tal fenomenología.

De ahí que desde el alba misma de la historia al hombre le haya impresionado la similitud de su exis-

tencia con la ensoñación. Homero nos dice: "consultemos a alguien que interprete los fantasmas del ensueño, mensajes de Zeus"; Píndaro habla de que "la vida es el sueño de una sombra"; Calderón decide "que toda la vida es sueño"; el mago Shakespeare insiste en que "nuestra corta vida está llena de sueños"; el inderogable Heráclito afirma que nada conocible es real sino transeúnte: *pánta choorei*, y entre místicos es adagio que la verdadera vida acaece en otro mundo, esta de nosotros... peregrina y tramposa. Para el hombre primitivo, el prehistórico y aun el cohistórico, es decir, el que inicia la historia, los sueños ocupan porción eminentísima de sus preocupaciones, ora como desligamientos del alma para divagar en otro ambiente, cual se dice en las biografías de algunos santos de todas las religiones; ora pasivamente, como visión de los muertos familiares que regresan a comunicar su presencia con los vivos; ora, en fin, a manera de mensajes de la fortuna, premonitorios de un acontecer futuro o meramente cordiales. De ahí la importancia de los shamanes, brujos y adivinadores, sibilas inclusive, de todas las crónicas del mundo hasta muy reciente data, que no es sino recordar la Biblia o las epopeyas más ilustres para hallarlos a rodo. Y aun esto de "hasta muy reciente data" no es sino efugio, pues que de veras subsisten bajo las tecnologías del psicoanálisis con boga casi superchera, o cuasi al menos, y la indestructible creencia popular, aun académica hoy día, en los sueños telepáticos, de una parte, ya muy abscóndita, o antevidentes de lo futuro, esta sí enigmática del todo en nuestro orbe espacio-temporal, o estéreo-crónico, según la novísima ciencia.

Paréceme, con todo, casi impertinente extremar estas lucubraciones cuando tenemos a la vista la irrecusable concordancia entre el proceso de las vivencias

que constituyen la urdimbre del devenir personal y la serie de ocurrencia de las imágenes oníricas que actúan en los sueños, ya que en el curso de la existencia constantemente llegan a nuestra vida episodios imprevisibles, surgidos de un mundo ajeno a ella, que la conforman diferente, modificándola, orientando su destino y disipándose luego en otro mundo aparte, a la manera que en la dormición las imágenes de la fantasía van emergiendo, asociándose simbólicamente, trabajando intensamente nuestra emotividad y desapareciendo al fin en otros procesos sucesivos, en otro mundo: un mismo hacerse, pues, y deshacerse del suceso "real" de la vigilia y el suceso hípico de la ensoñación, tan embaucadoramente ilusorios ambos, y tan radicalmente improbables, que desde la aurora misma del pensamiento el hombre los tuvo por "asímiles", como diré plagiando al genial Lucrecio, o afines, si usted prefiere nuestro gentil romance.

¿Fantasmagoría acaso, todo aqueste discurrir, y sólo albergue de una diéresis o falla conceptual de nuestra cultura?

Yo no soy quién para un juicio categórico en materia que compromete tan enorme caudal del patrimonio espiritual del hombre, o cimental anhelo suyo de perduración inextinguible. No lo soy, seguramente, pero no resisto la tentación de escarmenar un tanto la cautivadora madeja de su enigma.

Sean primero las nociones elementales.

Desde luego, la humilde confianza de que a estas horas de la muy hábil fisiología contemporánea nadie conoce el *quid* del sueño, con ser que lo han estudiado asiduamente observadores insignes. Ni la hipótesis de

la fatiga celular, ni la de un principio estimulante de él, a modo de "hipnina", ni aun la de un hábito que el ritmo "nictemeral" —día y noche— presupone, ya que vegetales y animales existen que lo alteran sin consecuentes perturbaciones orgánicas. Tentativamente pudiéramos admitir que es un modo de ser de la vida en sí, de suyo, que ordena su actividad rítmicamente, sin la continuidad, aparente al menos, de la materia inorgánica. Un proceder por acciones y reacciones, como la atención mental, como las secreciones endocrinas, como el músculo, en fin. Intermitir la acción para que tenga espacio siempre nuevo en qué cumplirse, como antes dije de los silencios musicales e internodales de toda vibración. Ello es que el sueño ocurre en seres tan primitivos como los insectos y los peces, y es de esperarse que él o un equivalente suyo, se descubra en los primigenios por antonomasia, como las bacterias y los virus.

Mucho se ha buscado también el órgano específico del sueño, y no pocos son ya los tejidos asociados funcionalmente con él, como la región del infundíbulo hace algunos años y la del piso del cuarto ventrículo ahora, con enfoque preferente de la enlabiadora formación reticular con que Magoun, Moruzzi etc. nos tienen últimamente cavilando. Solo que el caudaloso y muy refinado estudio que doquiera prosiguen hoy los neurocirujanos y neurofisiólogos, nos obliga a sofrenar las conclusiones prematuras o incompletas tal vez, conforme la historia de la medicina nos lo dice para las mil y una hipótesis de su elenco. Yo mismo he meditado en un posible juego de combinación neuronal —y excúseme el término tan estrictamente técnico—, como sería una atenuación funcional de la corteza en sus regiones temporales más especializadas a la percepción y la memoria, con predominio concomitante de las precitadas

estructuras reticulares del tallo o tronco cerebral, diencefalo-mesoencefálicas, anatómicamente dicho. Ello es que el decúbito lateral izquierdo nos permite conciliar más aprisa el sueño, como si —y estoy muy supositivamente hablando— el leve edema de posición o estasis que así se produce en esa porción meningo-encefálica, amortiguara un tris su actividad vigilante.

Asimismo, la acción de algunas sustancias somníferas se ejerce en la corteza cerebral, en tanto que otras actúan en los núcleos centrales, a la manera que ciertos fármacos, de los llamados tranquilizantes y analgésicos sobre todo, morigeran ideación y fantasía a la vez, probablemente entorpeciendo las asociaciones interneuronales del cerebro, a la inversa de sus contrapuestos, los excitantes, que desvelan, sin duda apresurándolas, a modo de las anfetaminas y xantinas, café inclusive. Es lo que se adivina en los confusos procesos de narcolepsia paroxísmica que ocurren en los albores de la esquizofrenia, de tipo paranoide o de curso místico, apenas advertibles en su tenuidad, como recuerdo haber observado varias veces. Ataques de sueño tan intensos que el paciente requiere de toda su fuerza de voluntad, con fatiga consiguiente, y a veces fracaso, para no caer dormido en la calle, y comoquiera que en dicha enfermedad parecen obrar toxinas autógenas de deficiencia gastro-entero-hepática, metabolismo incompleto de los aminoácidos, trastornos casi característicos de las gónadas o glándulas sexuales, con "disfunción" (desviación perturbante o disergia) de los esteroides reguladores del normal temperamento, amén de un posible desorden estructural de la conducción energética córtico-diencefálica, es decir, de la superficie del encéfalo a los centros suyos medianos, que rige la síntesis del yo, en estos pacientes tan hondamente pertur-

bada, es de presuponer que el sueño y su causalidad es algo muy difícil de esclarecer y definir precisamente. Dígalo si no el hecho de individuos que por lesiones cerebrales, como ocurrió en las dos magnas guerras de Europa, quedaron de por vida insomnes. O casos de inversa índole que confirman la opinión de que el hombre —“cet inconnu”, este incognoscible, como decía Alexis Carrel— posee inescrutables poderes, conforme la medicina y la literatura nos lo revelan cotidianamente. De mí sé decir de un meritorio personaje que fumaba ciento ochenta cigarrillos diariamente hasta los setenta y ocho años de edad a que murió, ni cardíaco, ni canceroso, antes de recia voluntad, actividad inverosímil y fresquísima memoria, sin dejar de dormir normalmente. Y otro que también dormía bien a pesar de consumir todos los días cuarenta tazas de café, que de suyo desvelarían una legión de marmotas hibernantes. Y no se diga de toxicómanos que rompen la frontera de las más incontrovertibles leyes fisiológicas.

Sea de ello lo que fuere —y muy pronto lo sabremos— lo que me preocupa en este momento es discernir la significación de los sueños, o ensueños, como más convendría decirlo diferencialmente, ya que la medicina, la psicología, el arte y aun la religión tienen cartas en este asunto, y muy valiosas.

Del ensueño común y corriente se dice ser constante, o punto menos que constante, en toda dormición normal, e íntimamente relacionado con tres motivos, a saber: el estado fisiológico del durmiente, posición inclusive; sus preocupaciones mentales particularmente comprometedoras de su inquietud, moral o sentimental sobre todo, y las vivencias más recientes de su espíritu, así sean aparentemente perfunctorias y casi

inadvertibles. Sino que el “subconsciente” aprovecha toda oportunidad de intervenir e inmiscuir en el proceso onírico surgente representaciones de sucesos, aun remotos, que lo afectaron a ocultas o no, y hasta juguetonamente insignificantes, e una a modo de actividad lúdrica, o dramatización desinteresada, muy de cariz artístico, a mi ver. Porque, en tanto que las imágenes mentales voluntariamente evocadas o no, aparecen con cierta estabilidad de forma, las oníricas, hipnagógicas incluso, son característicamente mutables, con rapidez y veleidad sumas, y en ningún caso solo representativas, sino esto e ingeniosísimamente creadoras además, con laya de símbolo casi siempre o signo al menos. Su aparente caos otra cosa no es que esa indetenible simbolización de estados fisiológicos o fisiopatológicos, mentales o emocionales, sensoriales del momento o cenestésicos, entreverados de recuerdos que la similitud, la propincuidad o el contraste inextricablemente les asocian. Mas por modo tal que un buen perito en este análisis nunca se equivoca en descifrar su enmascarado origen. De tiempo atrás los onirólogos clásicos, o sea, prepsicoanalistas, descifraron gran copia de esas simbolizaciones, y nos revelan, por ejemplo, que la repleción de cada emuntorio tiene su signo peculiar, como la vejiga con sueños de agua corriente, ríos torrentosos a menudo; el colon con carencia de sitios adecuados a su exoneración e inadecuada limpieza atinente; la vesícula seminal con toda libidine, satisfaciente o frustránea según los recuerdos concomitantes y la coexistente cenestesia; la fiebre y estados congestivos de la cabeza con incendio o fuego en general; la opresión respiratoria y la asfixia con peso abrumador o vado difícil de obstáculos; la angustia cardíaca con ascenso de abruptas pendientes o imposible fuga de algún peligro, *et sic de ceteris* en cuanto a la repercusión fisio y fisiopatológica, tan evidentes en situacio-

nes de hambre, de sed y de erotismo insatisfechos. Para las motivaciones psíquicas, la gama es inexhaustible —por así enunciarlo con atrayente neologismo— conforme se deduce de las ensoñaciones del anhelo, la colaboración de nuestra moralidad íntima, y más que todo en el terrible influjo de cuanto deprime nuestra personalidad, comoquiera que la frustración es el *leitmotiv*, o tema orientador, de la mayor parte de las pesadillas, como desde el siglo XVII el castellano llama lo que la técnica fisiológica conoce con el exacto nombre de onirodinia, es decir, sueño penoso.

¿Qué entra en todo este maremagno de la fantasmagoría onírica como símbolo del pansexualismo freudiano o de remotas impresiones de la especie en sus jornadas prehistóricas, o del planteamiento de un yo imperial, según escuelas psicoanalíticas subsiguientes a Freud? En pura sindéresis uno tiene que aceptar un poco de todo ello y cuidarse, esto sí, de no encasillar el pobre ser humano en tan estrictos moldes: en la praxis, como ahora se dice con reavivado arcaísmo, de estos sistemas yátricos, suelen hacerse transferencias de causalidad para curar las adoptadas por incompreensión de las ignotas, y así apelando a la catarsis que siempre alivia, remediar éstas. Es pues a menudo un terapéutico *quid pro quo*, útil a ocasiones, pues ya sabemos que la acción mental obra en casos no solamente psiconeuróticos sino de vero virogénicos, o sea, en enfermedades causadas por virus, de muy difícil acceso a la terapéutica, entre otras razones, por ser intracelulares y tremendamente susceptibles de mudanzas genéticas inmunológicas.

La muy amena literatura que ha engendrado el psicoanálisis y los eximios talentos que lo siguen y defienden, no autorizan un pasarlo por alto o eludirlo a

la ligera, pero es otro tanto discreto atemperar cierta boga y fanatismo que exageradamente lo exaltó a una cuasi filosofía médica de este medio siglo XX: Todo lo que produce un sentimiento de minoración de la propia estima, o de frustración de la amatividad, o de inseguridad personal social o biológica, o aun de contradicción de las estructuras morales, angustia al ser viviente, animales superiores y hombre en primera línea, con un denominador común de peligro, ante el cual el "subconsciente", de los humanos sobre todo, responde simbolizando esa angustia en alguna fabulación compensatoria, en alguna inhibición funcional histerica o en alguna lesión psicosomática. Y en consecuencia, todo lo que restituya la seguridad, consolide la propia estimación o satisfaga el frustrado anhelo, así solo sea en la catarsis de una confidencia, en la certidumbre de una opinión autorizada o en un vicario ejercicio de la función cohibida, curará el paciente y merecerá deontológico asentimiento. Interino al menos, naturalmente, porque siempre será preferible una terapéutica de más estricta dilucidación causal y menos laberintos psicológicos; de más precisión patogenética, o patogénica, como dice el lexicon académico.

Todo este discurso nos introduce en uno de los más alucinantes problemas de la psique humana en sí y del ensueño propiamente. Y es el de discutir la validez de los sueños proféticos o meramente telepáticos, que tanto han preocupado al hombre de todas las edades de la cultura, desde el primigenio tal vez que pudo hablar un poco y dibujar sus preocupaciones. Hasta el siglo XVIII, el de las luces escépticas, nadie dudó de ellos, y el mundo en general acató su enigma. En nuestros días se les somete a severo escrutinio por desentrañar su posible impostura, su verosímil recomposición-postonírica o su aceptable ocurrencia, última-

mente sometiéndolos a las normas de la más severa experimentación, leyes de la probabilidad de coincidencia inclusive. En contra suya, para los telepáticos primordialmente, milita su mayor infrecuencia a medida que avanza la civilización con su exigente criterio de litigantes, y la inanidad o parvedad de sus revelaciones, que no se compadece con el universo de problemas mentales e intereses económicos cuya insolubilidad nos aflige. En el orden físico nos desconcierta el que su fuerza de comunicación no se amortigüe con las distancias, como las otras naturales, ni se desoriente en un espacio incógnito careciente de palaridad específica para el sujeto vidente. Y en cuanto a las revelaciones proféticas de algunos ensueños, tendríamos que aceptar que nuestro cosmos espacio-temporal está inmerso en un ambiente intemporal en que no rige la posteridad de lo futuro sino la absoluta contemporaneidad del devenir, un ser todo en presente de indicativo, o una antelación del efecto con relación al orden físico de su causa. Un estar presente en otra órbita del acontecer distinta de nuestra órbita común. Sin duda que esto tan abstruso y técnicamente, discutible, apoyaría las, para nosotros, incongruencias del milagro ante las leyes naturales, pero sin duda también, que todo esto le quitaría la base de sustentación a toda posibilidad de certidumbre en el estado mental actual del hombre. Y sin embargo, sería punto menos que un cargo de conciencia rechazar el testimonio de gentes dignas de nuestra más justa estimación de honestidad y buen juicio. A estar a lo cierto, nunca fueme dado comprobar con irrecusable estudio los pocos casos que conocí de cerca, por así decirlo, inmediatamente, mas ello no empece la convicción de realidad que su relato me produjo. Generalmente se trata de personas emotivas y un tanto ricas de imaginación, de esas que intuyen los sucesos de su afectividad con más presteza y más fi-

nura que el común de la gente, pero en el caso que escojo para este informe, de veracidad eminentísima y ningún problema sentimental acuciante de su fantasía. Niña aun, por los 10 años quizás, dice una vez a sus padres, con quienes habitaba en una hacienda de la altiplanicie: "¡Qué raro! soñé anoche que mis hermanos —niños aún y ausentes en Bogotá por entonces— habían escrito, mas no a nosotros sino poniendo en la cubierta sus nombres, con tinta morada". Y conforme lo dijo, esa tarde recibieron la carta exactamente enrevesada como ella lo había soñado cuanto a dirección y en la tinta de su prenuncio. Otras veces presagiaba visitas de amigos, con precisión de hora, o acaecimientos graves, como un accidente de su hijo, cuando ya era mujer casada y vivía en la ciudad en un ambiente holgado y amable. De otro "paciente", digámoslo así, sé que "se anticipaba" a sus mismos actos, apareciendo antes de llegar, o llamando a la puerta, que entonces se hacía golpeando un picaporte, minutos antes de su real arribo. Lo que su novia consideraba muy feliz ocurrencia, no así los sirvientes, que perdían el tiempo en atender a ese primer llamado. El fenómeno se intrincó extraordinariamente cuando ya no fue un prenuncio de visita con los golpes reglamentarios del aldabón, pero la aparición suya a caballo, en su caballo alazán, buen espacio de tiempo antes de que efectivamente lo realizara, cuando su novia y familia veraneaban en su hacienda de tierra caliente, porque entonces no se producía sugestión a distancia en determinada persona sino en varias a la vez allá lejos, y no se proyectaba una imagen que estuviese en la mente del transmisor, porque mal podía él verse marchar a caballo siendo el jinete: De ahí que en este evento contra toda ley conocida de comunicación extrasensorial, yo guardase siempre actitud dubitativa, aunque no entendiera el porqué ni el para qué de un fraude "sine

materia" apetecible o halago de interesante propósito, pues era primo de su novia y muy cordialmente aceptado por toda la familia de la que fue después su cónyuge.

Indudablemente nos falta mucho para descifrar las virtudes e intrínquilis de la mente. Todos los psiquiatras conocen las imágenes reales que algunas personas ven en proyección externa, diferentes de las alucinaciones de ciertas enfermedades, mas no sé yo de observaciones del tipo de la que una vez pude investigar, que consistía en poder reproducir voluntariamente escenas vividas antes como si otra vez ocurriesen a sus ojos, espacialmente. Era mujer joven, muy inteligente, grandemente visual y observadora, aunque a mi juicio de temperamento hipomaniaco, cuanto a su desconcertante actividad y no poca verbigeración, ambas, esto sí, bien concatenadas e útiles. Honesta también, y verídica sobre modo. Esta escenografía a voluntad de lo ya visto, sin la vaguedad de las imágenes mentales ni la veleidad de las oníricas, me planteó un problema de memoria, desde luego, y de procedimiento imaginativo estupendamente intrigante. Ella lo hacía para regodearse en lo que le plugo, y lo suspendió por orden médica, pero ¿qué tal que todos pudiésemos algún día reproducir nuestras vivencias, viajes, por ejemplo, o nociones sensibles, con tan informativa precisión? Todo esto, y mucho más, muchísimo más, que un epítome no puede reconstruir, nos enseña que en nuestra mente existen inactivos los que los legisladores denominan en sus códigos "bienes ocultos", y con mencionarlo solo intento predecir futuros tesoros de sabiduría para las venturas generaciones. Un paciente mío alcanzó en un ataque de esquizofrenia con recalcitrante mutismo un tal grado de agudeza mnemónica o hipermnesia visual de lugares remotamente conocidos en la infancia, que

una vez convaleciente viajó quinientos kilómetros para verificar, como lo obtuvo, la certidumbre del fenómeno. Fenómeno que abarcaba minutísimos pormenores, a su conciencia ocultos antes, a la manera que en casos de hipnosis es frecuente descubrir. Y un médico afectado de hemiplejía luética me relataba entre sus informes anamnéticos —o anamnésicos, como sería preferible decir para significar los datos antecedentes a una enfermedad, en terminología médica— que un día despertóse, más temprano que de costumbre, tan eufórico y ágil como nunca, evacuó sus tareas consuetudinarias en un santiamén, dilucidó mentalmente con portentosa lucidez problemas que otrora parecíanle abstrusos, platicó con suma gracia e inverosímil agilidad con sus amigos y le sobró tiempo para promisorios planteamientos de futuras labores, hasta el límite de decirse introspectivamente que todo eso era a modo de un raptó genial inexplicable. Sino que esa noche le acaeció el ataque apoplético, así confirmando que había vivido doce horas de hiperemia o superactiva circulación cerebral, efímera por ende.

Ni es insólito sorprender en sueños y delirios la mecánica, entre asociativa e inventiva, de las creaciones mentales: En un proceso de congestión meningoencefalítica durante una tifoidea hipertóxica, un pregraduando en jurisprudencia, con abundantes lecturas de filosofía, deliró estar en ultratumba entre seres espirituales que solo eran diminutas luces que se entendían sin hablar —a solo "mirarse"— y se alimentaban con meras gotas de ambrosía, encanciadas de pequeñísimos cálices de zafiro, esmeralda o rubí, en despliegue de imágenes encantadoramente micrópsicas, a saber: visión empuqueñecida de los objetos. Lo que nos permite seguir paso a paso las transferencias de concepto a imagen que el cerebro del febricitante iba en-

treverando en un drama mental coherente. Sobre poco más o menos de lo que a mí me acaeció soñando hacia los siete años de edad, probablemente en algún tenue acceso febril, al ver una remota ceja de fuego hacia el ocaso, que se movía sobre la haz de la tierra avanzando y creciendo de polo a polo hasta definirse como inmensa barca (de Noé, posiblemente), que por abajo todo lo consumía en cenizas (fin del mundo), y por arriba, incombustible, rescataba a los justos (redención), que ágilmente saltaban inmunes a ella, en tanto que yo, la nave enorme ya encima, saqué de entre una cajita de juguete el memorial de mis hechos (confesión), y acepté con la más ecuánime certidumbre de justicia el espontáneo veredicto de que me correspondía desaparecer en el fuego (infierno, sin duda), de la quilla o fondo abrasador de la inmensa nao. Pura edad media, y yo dramaturgo infantil de un auto sacramental.

Entre esta balumba de la ensoñación hay una suerte gratisima de evocaciones afectivas que misericordiosamente nos traen a la memoria la imagen de los seres queridos arrebatados al corazón por la muerte o peripecias del inexorable avatar del mundo, y son tan gentiles sus presencias, tan precisas sus figuras y tan cordiales sus hechos que superan la realidad y constituyen en nosotros inefable compensación y hasta sublime, de lo que no pudo ser o no pudo seguir siendo. Callado goce íntimo y recatado mundo propio que redime nuestras carencias de triunfadores atributos y las fallas suple de cuantos anhelos se nos quedaron trancos en las esquiveces de la vida, por donde bien pudiera decirseles demiurgos de una felicidad suplente, esforzadora del ser que quisiéramos haber sido, y misteriosamente gratuita.

Lo que expresado así al azar de la imaginación reminiscente y casi, casi lúdrica, como antes dije, me coloca delante del enigma del yo y la imperativa exigencia mental de discernir lo que ontológicamente es o lo compone, pues ni filosofía ni religión ni ciencia tienen sentido cognoscible y virtud normativa sin esta base recóndita de todo entendimiento.

Principiemos dicha inquisición por los rudimentos científicos de su estudio, así sea deshilvanada y muy someramente, como cumple a un breviario de opiniones del humilde alcance ideológico de este ensayo-epístola.

Entre la creencia de que constituimos unidad evolucionada de las fuerzas físicas de la naturaleza, positivismo o materialismo, sobre todo, y unidad de doble origen, corpórea-espiritual, como sostienen las religiones y varias filosofías, cabe buen porqué de hipótesis más o menos defendible acerca del ser que somos esencialmente. Quizás a influjo del diálogo interior —que no monólogo— en que discurre nuestro pensar íntimo, de los ensueños de viajes o “desplazamientos” en general de nuestra experiencia onírica, vuelos inclusive, y de la respiración pulmonar y circulación de la sangre, los pueblos primitivos imaginaron muy pronto la presencia de un doble nuestro inmortal e invisible, que comenzó a delinearse conceptualmente como aún algo material que requería alimentos y plegarias, fantasmas de los muertos entre los aborígenes, manes y lemures de los romanos, divinidades chtónicas de los griegos, etc. La evolución semasiológica de las voces respectivas marca el derrotero de la espiritualización con micrométrica exactitud, en toda lengua culta, según se ejemplifica en el egipcio entre *Ka*, apenas sombra, y *ba*, principio viviente; en el griego entre *pneuma*, respira-

ción, y *psychée* o *noós*, potencias mentales; en las lenguas germanas y anglosajonas entre *geist* y *ghost*, verbigracia, y *selle* y *soul*; en las latinas y romances, entre espíritu (respiración) y ánima, ánimo (aliento vital), como en sánscrito *aniti*: el que respira, y en griego *ánemos*: viento, soplo, movilidad. Para la mente "prelógica" o pre-filosofante, ese doble era trasunto, espectro, fantasma, icono o efigie que emergía del hombre al morir como el ectoplasma que los espiritistas suponen emanar de los "mediums" o "médiunes" en ciertos trances, supositicios o no, de sus experimentos metapsíquicos, según la palabra preferida de su jerga, universalizada hogaño.

Paradigma ciertamente de sublimación conceptual este clímax de encantador enaltecimiento, que condujo a la idea del alma espiritual en la línea histórica greco-cristiana y a la de una participación del hombre en lo divino para religiones y filosofías sutilmente "arcanizantes". Su flaqueza inicial consistió en los escasos y erróneos conocimientos científicos de aquellas edades, pues que sus místicos no cayeron en la cuenta de que no a nueva y perdurable vida iban los muertos, sino a una parálisis del devenir, a un estar quedos en la situación en que murieron o en la conspicua de su trayectoria existencial, como se advierte en los relatos legendarios acerca del reino de Plutón entre griegos y latinos, y en la epopeya del Alighieri con gran por menor de informes. Los mismos helenos anotaron a menudo el aburrimiento de tal morada inerte y supusieron para empeorar su dislate, que tenía sitio en las oscuras entrañas de la tierra. Los cristianos no adelantaron mucho en esta ubicación con respecto al averno suyo, el limbo de los infantes no bautizados y el purgatorio de las ánimas benditas. Tanto que estas tres últimas fórmulas de su maravilloso credo parecen hoy algo

desteñidas y como débilmente elaboradas, a modo de ideas inconclusas o embriones de idea que no emparejaron con el desarrollo de la cultura en que subsisten. Aquí, como atrás lo insinué para otra dilucidación de ocurrencias psíquicas, tendríamos hoy que concebir nuestro mundo físico inmerso en otro orbe inespacial donde hubiesen ubicación meramente psíquica el empyreo de las divinidades gentiles y la morada o moradas de sus muertos.

Es un inacabado proceso ideogenético que padeció también la idea de relación entre nosotros los vivientes y los ángeles guardianes, que no se sabe cómo transmiten su protección o advertencia a la mente humana, si haciéndose *per accidens* conciencia suya o usando con el alma algún lenguaje meramente intuible que escapa a esa misma conciencia.

Otra de las formulaciones del ser *post mortem* que la ideología tradicional nos heredó inmaduras fue la del período vital con que seremos perdurables, pues que la personalidad biológica puede considerarse definida a los treinta años, pero la intelectual, la afectiva y la vivencial suelen ocurrir antes o después. En las tesis religiosas, un feto y un infante recién nacido tienen alma, mas no personalidad todavía, y un anciano decrepito pudo haberla tenido, mas ya solo es un de-mente: presuponer que todo se soluciona con adoptar una edad media y una personalidad idealmente sintética de nuestro haber sido o posible ser, daría ocasión a que tuviésemos identidad irreconocible si no es para la mente divina. Seríamos personalidad de ficción dramática —*dramatis persona*— y no ser circunstanciado en un momento realmente suyo. Además de que una síntesis de los contrarios, opiniones contradictorias, voliciones contradictorias, afectos contradictorios, que

ocurren casi característicamente en la vida del hombre y su veleidosa índole, no puede darse en ningún modo: sería un ser-no ser indefinible, un concepto andrógino.

El paralogismo en que nuestra mente se debate en la interpretación de este grave negocio de saber qué somos ni qué seremos, estalló el día en que el jonio Anaxágoras sentó las bases de la dualidad cuerpo y espíritu como inextricable complejo del yo. Su célebre *nous* que anima y aporta inteligencia al conjunto de partículas o futuros átomos de Leucipo que constituyen el cuerpo, fue abriéndose camino a través de Platón y Aristóteles, con Sócrates entre bambalinas, de un lado, y la teoría hindú del Atman, auto-conciencia intuitiva de Dios y de los hombres, del otro lado de las culturas aryas, hasta el pleno concepto de espíritu que tan sutilmente analiza el poderoso genio de Hipona, casi un milenio después —siglo V antes de Cristo, siglo V posterior a él—. Paralogismo, dije, pues que metió la civilización occidental en el callejón sin salida, en que aun trastabillamos confusos. Porque si la tesis materialista de Demócrito, valga el ejemplo, de alma o psique constituida por átomos más sutiles que se intercalan —permean sería mejor decir, si el verbo existiese en castellano, como lo exige el adjetivo permeable y el latín lo tuvo— entre los mayores o grosezuelos, es un tanto elemental en su gestación ideológica, o la tesis brahamánica de que todo es ilusión —Maya— de la virtud expresiva de la suprema divinidad Prajapati, nada ilustra el problema gnosiológico o epistemológico en sí, obedecen, ello no obstante a derroteros lógicos del razonamiento. Es el caso de la idea o pseudo idea, del mundo como ilusión, que a primera vista parece el colmo del escepticismo, casi, casi, pues, un nihilismo filosófico, y con todo, sigue la línea conceptual que estudié antes, de concebir la vida como ensueño, y la

más técnica aun de entender el mundo cual si fuese un pensamiento en sí o un pensamiento de la divinidad abscondita. Solo que en el caso de presuponerlo ilusión, mera ficción de la virtud expresiva, es decir, de la necesidad de manifestarse de Dios, surge la objeción de ignorar, por petición de principio, qué es o quién es el sujeto sustentante de dicha ilusión una vez fuera de la mente divina que la finge. Si solo ocurre en dicha mente, se confunde con el ser mismo, con la entidad misma de Dios; si es acto suyo, algo conservará de la conciencia de su hacedor, y no será tampoco mera ilusión, mero fingimiento de una realidad, a la manera que la ficción artística posee a un mismo tiempo entidad aparte, o sea, un ser obra artística con solo realidad estética. Y encarnar un trasunto del ser mismo que la engendró, ser en algún modo proyección suya o inequívoca transferencia de sus potestades conforme la entropía de Carnot-Clausius, en física, y la empatía, *emfühlung*, de Lipps en estética, analógicamente la apoyan. Es un discurrir de los pensadores de todas las épocas que nos embruja más que nos convence, deleitosamente, como cuando estudiamos a Carneades de Cirene, a Hume y los fenomenistas modernos, con espíritu socarrón de asistir a un teatro de magia. Un fraccionar de conceptos y un multiplicar de acepciones semánticas que más prueba la virtud de fantasear de la mente humana que la certidumbre de sus descubrimientos. Y una irrefrenable tendencia analítica que distingue al período cultural que nos cupo en suerte. La misma ciencia contribuye al prestigio de la fenomenología, del mundo-ilusión y de la realidad-pensamiento con aportaciones físico-matemáticas como el principio de indeterminación de Heisenberg y algunas consecuencias de la relatividad de Einstein, sin que los afiligranados remallamientos conceptuales de algunos escolarcas como Kant, Husserl, Bergson o Heidegger, perínclitos del

filosofar, sin duda, remedien estas tarascadas de la incertidumbre. Mas la hipótesis de una comunión de esencias físico-psíquicas adolece de la insoluble dificultad de concebir visagra alguna de transición o engoznamiento entre lo material y lo mental. Admitida la presencia de un principio espiritual en el curso del pensamiento o génesis de la ideación, es ineludible también admitir alguna conciencia de sí mismo en ese elemento espiritual, o "auto conciencia" como antes dije en voz lexicológicamente híbrida pero muy útil. De suyo, el espíritu no puede ser enclaustrado y hecho ciego por ninguna envoltura material, y así, no solo se conocería a sí mismo con intuición inmediata sino a toda otra entidad de su especie, humana o no, e infortunadamente, nada de ello abona nuestra experiencia íntima.

Esta enorme barrera que la filosofía de los gentiles impuso a la credibilidad de las religiones espiritualistas exige de nuestra actual cultura grande esfuerzo de superación, que a entrambas, religión y filosofía, salve de la parálisis que las conturba hogaño, pues no solamente como dignidad de sus valores supremos, sino también por sus vinculaciones con la ética y cual robustísimos soportes, por ende, del comportamiento humano, deben estar en la cumbre de nuestras inquietudes conceptuales, ahora cuando ya superamos, en parte al menos, la inconsistencia de las nociones científicas en que los antiguos cifraron su respectivo discernimiento. Con la desasosegante certidumbre de que filosofar sobre datos científicos —y ello es insoslayable— nos expone a rectificaciones deletéreas de nuestra obra, como puente sobre río que a menudo cambia de cauce, según el añejo símil, y esto es ahora vertiginosamente frecuente en el mundo de la experimentación. Mas, ¿qué le vamos a hacer, si es ineluctable vi-

vir uno en su espacio-tiempo, sin alegaciones ilusorias ni quiméricos efugios?

Lo que, de atenernos al interés práctico del acaecer histórico, no acarrea catástrofe alguna o desorden, ya que una desprevenida exégesis de los hechos fundamentales que rigen el destino de la civilización nos informa que nunca la verdad presidió su curso sino el mito, y el mito siempre, pero que ese embuste inicial engendró adelante hechos positivos bondadosos, se trocó en génesis de verdades haciéndose con ello, retroactivamente, relativa verdad él mismo. Para el historiador ecuánime, es seguro de toda plenitud que Mahoma no habló nunca con el Angel San Gabriel ni obtuvo de Alá o Al Ilah, mensaje misional *intuit personae* en un retiro de oración, *Tahannuth*, o ejercicios espirituales de su gente árabe, y quién duda, sin embargo, de la preciosa modalidad de la cultura que engendró su mito y se hizo verdad sublime en tantas obras suyas, que no parece sino que este portento histórico fuera el último *sura* o capítulo de aquella fantasiosa invención de su corán o "relato". No habló con Al Ilah, repito, porque no se concibe de Dios tan parvo conocimiento de sí, del hombre y del mundo, tan deleble y caediza sapiencia. Así como sorprende la ironía de los hados que puso a pelearse a musulimes y nazareos, según primordialmente se les llamó, durante mil años por el predominio de sus respectivas deidades, sin percatar unos ni otros, que el Elí a quien el Cristo encomendó su alma, otro no es que Ilah o Alá a quien Mahoma proclamó único. Tampoco sería difícil extender este concepto de la mitogénesis histórica a los griegos, los hindúes o los chinos, verbigracia, para comprobar que donde quiera que hubo historia, desde el Cromagnón hasta Hegel, valga el ejemplo, esa historia no trasluce el "proceso de la razón en cuanto espíritu",

como este sostuvo, sino del anhelo del hombre en cuanto encarnado en mitos: anhelo de ser, anhelo de conocer, anhelo de sentir, anhelo de perdurar, cual lo definen los triviales modos conjuntivos "por qué", en filosofía, "como qué" en ciencia, "para qué" en religión: ¿Qué y por qué es la realidad; de dónde y cuándo fue el mundo; para qué existimos los humanos?

Todo lo cual nos coloca ante la superestimación del hombre y de su historia como ocurrencia cósmica aparte, eminentísima, pues se le atribuyen la inteligencia, la conciencia y el destino con pertenencia exclusiva, cuando a la verdad, no es sino locura negar a los animales ciertas virtudes de entendimiento y aun de comportamiento moral incontrovertibles. Quiquiera que conozca un adarme de psicología animal, y no escatimo el término psicología, recordará casos evidentes de inferencia en la conducta de ellos, como el de entender una situación y consecuentemente aplicar la solución adecuada, según se observa de continuo en elefantes, perros, lobos, ratas y zorras, o en general en los que luchan por atrapar o defenderse, inclusive muchos tenidos por lerdos, como los reptiles y los ruminantes. En las aves, de tan parvo cerebro, es notoria la astucia de los cuervos, la centinela defensiva de los loros y el proteccionismo alerta y valeroso de los tentes amazónicos, o la curiosidad de los lince y los simios. La capacidad de gratitud y afecto no es meramente instintiva, y el modo de adiestrar a sus crías, es admirable de buen sentido, como la osa y la tigre, que los empujan al atrevimiento útil mas los castigan si impertinente o peligroso. Demuestran orgullo y pundonor, como el caballo de carreras, o remordimiento de acciones malévolas, y ocultan con malicia sutil sus robos, cual lo sé de especies tan torpes como las vacunas. Ahora bien, inferencia y conciencia moral, en cualquier

mínimo grado que se reconozca su ejercicio, no son ni de hábito ni de instintiva laya pero de lo que denominamos psique. Y si a estos testimonios añadimos la revelación —que yo no me atrevo a reconocer por definitiva— de un simbolismo en las abejas, con exacta expresión e intelección de señales, como ya lo teníamos por seguro en el lenguaje propio y el humano a veces, de muchos animales domésticos, y no por sistema de reflejos condicionados, entrenamiento especial o solo efecto de lo que los ingleses llaman *trial and error*, o sea, el método informativo de ensayar hasta vencer el error, si, pues, todo esto es indeclinable ante el criterio científico y el razonamiento imparcial lógico, conviene que rectifiquemos algunas lucubraciones filosóficas poco ceñidas a la técnica de la observación y la sindéresis de las contraposiciones. Es, por ejemplo, decisivo en estas materias, predicar de algunas especies animales la intencionalidad o propósito planeado, de que yo tengo indicios, contra la aseveración de que solamente corresponde a los humanos, como distintivo de la psique, según los valiosos planteamientos de Franz Brentano y su escuela. El tenue grado de estas virtudes no obsta para aceptar su esencia, pues no se trata de que alcancen los niveles geniales de un Goethe o un Sócrates. Hasta conviene anotar para posteriores esclarecimientos de este asunto, que antes que la inteligencia, el instinto y los tropismos elementales, en protozoarios como la amiba y elementos cuasi protozoicos como los leucocitos, ocurre que cuando por error atrapan otro microorganismo o un cuerpo inorgánico que les sea dañoso, luego de breve lucha interior se declaran químicamente vencidos y lo expelen, con un modo de comportamiento que sin ser inteligente —y mal podría aún serlo sin célula nerviosa intermedia—, lo parece en lo saludable de su repulsa.

En los protozoarios las funciones de relación se cumplen por movimientos protoplásmicos ameboides, ondulación o vibración de fibrillas y operaciones químicas de atracción o repulsión que comprenden la asimilación de sustancias útiles y la eliminación de desechos. Ya en ellos se producen fenómenos de sensibilidad o irritabilidad al menos, sin que presenten indicios de elementos nerviosos. Muy adelante en la serie animal, los poríferos o esponjas que constituyen *phylum* independiente o clase propia, ocurre una modificación del ectodermo que se denominará célula nerviosa o neurocito, y que en estos animales servirá de mensajera o "efectora", es decir, transmisora de impulsos, eferente en español técnico. Un paso más y la anémona marina, o anemone, como lo trae el diccionario, de la *file* o *phylée* de los celenterados o sea, animales que ya tienen tubo digestivo, concurren la célula aferente y la eferente, con esbozo de arco reflexivo. En los gusanos, como la lombriz de tierra o ascáride, tenia, sanguijuelas y otros anélidos, se produce una red nerviosa entre los dos citados neurocitos, prenunciando la formación ganglionar que en los insectos logra tamaño relevante en la porción cefálica, con funciones psíquicas que desde remotas edades cautivaron la admiración del hombre, se hicieron casi poemáticas en el entomólogo Juan Enrique Fabre, y punto menos que metafísicas en los sutiles análisis del filósofo Bergson, preciosa muestra, mas solo muestra, de los miles de sabios y de artistas que desde mucho antes de Salomón y mucho después de Maeterlinck amaron este estudio.

En el hombre contemporáneo se ha hecho tan caudaloso el número de neurocitos y tan intrincadas sus interrelaciones que los citólogos de esta rama de la anatomía calcularon hasta ayer apenas ser su número entre diez mil y doce mil millones, cifra últimamente

elevada a ciento setenta mil millones, por técnicos tan peritos como el profesor Rahner, pero de seguro sujetas a prudente confirmación. Y comoquiera que las conexiones o sinapsis dendríticas o dendrito-axónicas de tales elementos suben a cosa de quinientas para cada neurocito (a miles, dicen otros), es de pasmarse uno de tamaña riqueza de posible funcionamiento, cuando una abejuela o un termes, con cerebro no mayor que la cabeza de diminuto alfiler, acopia el milagro de tantos conocimientos ingenieriles y orientadores de su espacio-tiempo laboral, cálculo de distancias inclusive.

En estudios anteriores aventuré la tesis de que en equivocándose la naturaleza de ruta filogenética en los insectos al imponerles su sostén orgánico por fuera —quitina— y no interno óseo como en los vertebrados, los condenó a límites de crecimiento y les impidió adquirir el dominio del mundo orgánico que ya estuvieron a punto de obtener por su número de especies, el mayor de la fauna, por sus dotes de adaptabilidad y mimetismo, por su fecundidad abrumadora y por su genial inventiva. De ese caparazón, si muy útil, insuficiente como punto de apoyo o palanca de las masas interiores, les vino su estancamiento, y a los mamíferos la disposición ósea interior, con su configuración vertebral que protege el sistema nervioso, avance, ya que el cerebro se alberga en la vértebra superior ensanchada y cerrada a propósito, como lo intuyó Goethe. Dicha esqueletización interna habilitó al hombre para la actitud erecta que le permite mirar al lejano horizonte, así tornándose idealista y ambicioso, y a sus miembros superiores desarrollar la mano prensil con qué hacerse de todos los instrumentos de la civilización y colaborar en tándem con el cerebro para afinamiento de la psiquis.

Son los callados portentos de la vida, que aúna su misión de ser abierta al espacio-mundo y al tiempo-sucesión, dominadoramente, con la belleza de sus formas presentes y la ensoñación de lo posible. Muchas veces me he solazado y extasiado casi en la imaginación del remotísimo instante de la era mesozoica, cuando convergen a la realidad del devenir terráqueo la primera flor, la primera gota de leche, la primera celdilla de miel, las vagueantes mariposas y el primer silbo de las aves. Fue cual himno de gratitud al sol ese mudarse el verde gris de los follajes en corolas de múltiples matices y perfumes, para que las abejas pudiesen enjambrar, las multicolores mariposas sustentar su breve vida, y el rumoroso colibrí libar el nutricio néctar. Exacta hora del trías inferior, doscientos millones de años hace, en que el diminuto *Microlestes antiquus*, aun menor que el humilde musgaño y la breve musaraña de ahora, inició el milagro de adaptación y superación incontenibles que nos deparó el imperio de cuanto hoy existe. Esa gotica de leche que endilgaría el hombre hacia el hogar protector y la comunidad culta. Bello amanecer de aquel primero día en que la vida unció a su incógnita realidad, belleza y espíritu, y fue arúspice.

Galanía de las flores, dulcedumbre de la miel, ternura de la leche, festivo canto de las aves, vuelo zigzagante de policromados lepidópteros... peregrina invención fueron del amor-divinidad y de la luz-naturaleza, en arcana conjunción de sus enigmas para producir el poema del ser. Enigmas ciertamente, porque esa esencia de polaridad genitora que constituye el amor, no es de negativa-positiva índole, ni de atractiva-repulsiva laya, sino de complemento de potestades o virtudes que fueron unidad en el origen y retornan a la unidad en su destino, metafísicamente. Así como la luz es solo

la epifanía de una vibración sin sujeto vibrante, a la manera de un ser que surgiese de su propio existir, trastrocando el efecto en causa.

En el inasequible intento de elucidar este *quid* de la sabiduría, el hombre ha desbrozado un poco y transitado a medias, cinco rutas o más bien meandros de la ruta fundamental, que el español, como antes dije, enuncia a su manera en modos conjuntivos, a saber: el qué y el por qué de los seres, las cosas y los hechos, que incumben a la filosofía; el cómo y como qué de su ocurrencia real, que corresponde a la ciencia; el para qué útil de esa averiguación, a que la técnica se dedica; el para qué final de ello, o última meta, que es del supremo resorte de la religión, genéricamente considerada. A esta parcelación de la sabiduría por sus propósitos, corresponden los seis más definibles espacios en que se cumple la actividad del hombre, o sea: la familia, espacio de los afectos, cuya norma es la protección; la comunidad o sociedad, espacio de la convivencia, cuya norma es la moral; la patria, espacio del destino, cuya norma es el derecho; la humanidad, espacio de la historia, cuya norma es la ciencia; el universo, espacio del ser, cuya norma es la filosofía; y el mundo ideal, espacio del anhelo, cuyas normas son la religión y el arte.

Para el manejo ideológico de este orbe del ser, su peripecia existencial y su destino, el hombre posee un conjunto de actividades conscientes que enmarca el término, primordialmente griego, hoy día casi universal, de psique o psiquis, precioso sobre toda ponderación estimativa, pero punto menos que inescrutable en su propia entidad o constitución del ser que es o se supone sea. Y como el sistema nervioso le sirve de asiento, según unas escuelas filosóficas, o de génesis, según

otras, quisiera exponer siquiera a vuelo de pájaro los componentes materiales anatómicos y fisiológicamente funcionales suyos, por ver de adentrarme un ápice a lo menos en la "problemática" de este valentísimo negocio de la cultura, o elenco suyo de cuestiones.

Lo primero será decir que yo no conozco diferencia de composición química especificante entre el neurcito y las otras células orgánicas que le provea de la virtud de sentir, de imaginar, de anhelar o de entender; aunque sí disfruta de dos cualidades de enorme consecuencia: la de no reproducirse a pesar de poseer cromosomas de pilotaje, por así decirlo, y proteínas de nutrimento, con toda la red de membranas dializantes y de enzimas gestoras de cambios químicos como cualquiera otro elemento "tisular" o textilar vivo, y segunda, la de entrelazarse en redes comunicantes con sus congéneres o simplemente conexas de otra índole funcional, como glándulas y músculos. La permanencia cromosomática que la distingue de las células de la generación o gametos, sugiere la idea de que sus genes o elementos últimos de la estructura cromosomática, en un caso, generación, conducen caracteres impresos en ellos, como la tarea suya organogenética, es decir, directora de la formación de órganos y la tarea ergogenética, o sea, orientadora de funciones, como el caso de comportamientos e instintos; mientras que en la permanencia o estabilidad de los genes del neurcito, neurona altamente especializada sobre todo, garantiza la memoria indispensable para la continuidad y repetición de los actos psíquicos. Hasta donde mis conocimientos me ayudan en esta carmenadura o desovillamiento de tan recónditas nociones y teorías.

A nuestra actual generación le cupo en suerte descubrir algunos hechos que seguramente trastornarán

milenarias hipótesis, tesis aun y hasta "evidencias" milenarias de la cultura. Ya tendré adelante ocasión de contemplar unos cuantos eminentísimos. Por ahora inquieta mi mente la coincidencia, de origen experimental atendible, de que el ácido desoxirribonucleico constituya el núcleo fundamental de los virus, la mínima porción de materia viva que conocemos, y tan "genial" en su comportamiento que en el breve tracto de una hora se multiplica de uno a cien millones, se desnuda "astutamente" de sus proteínas para poder introducirse en las células que ataca, y una vez adentro reconstruye su envoltura de aminoácidos proteínicos mediante su agente especial, el ácido ribonucleico no desoxidado, y luego toma el timón de la dicha célula hospedante para vivir de ella. Expuesto a las adversidades del tiempo o de la falta de elementos alimentarios suyos, regresa, como en el espécimen de su clase conocido con el nombre de mosaico del tabaco —y de otras solanáceas—, a la estructura cristalina que hasta hace poco se tuvo por exclusivamente propia de lo inorgánico, atribuyendo la naturaleza coloide a la materia orgánica, en una contraposición irreductible y enormemente rica en deducciones conceptuales, religiosas incluso. Todavía recuerdo el grandísimo deleite que la obra de J. Duclaux me produjo en mi juventud, inmensamente superada hogaño, pero aún legible, y el fecundo hallazgo de los ácidos nucleicos con que Friedrich Miescher abrió las puertas al milagro de la microbiología hoy imperante. Este mismo ácido desoxirribonucleico constituye los genes de la reproducción de los vivientes, cual si en él se aposentara la vida, ordena, a modo de arquitecto, las estructuras funcionales que decimos órganos, en su complejísimo trance de óvulo a embrión y de embrión a feto, con tal especialización de tareas que si en su posición dentro del cromosoma se le destruye, conforme la microcirujía in-

tracelular de Thomas Hunt Morgan, o se substituye su molécula por otra inerte, como la talidomida, el hijo nacerá incompleto. Y como si esto fuese poco, últimamente se ha comprobado en universidades inglesas y americanas que la memoria de los reflejos adquiridos, en infusorios, y nemátodos, verbigracia, se sitúa en él y la trasmite a los no educados que se alimentan de su enigmática molécula.

De este resumen podemos colegir —hasta donde hoy día nos autorizan tales informes— que materia, vida y psique no parecen ser hechos estancos, ocurrencias inmiscibles o irreducibles a comunidad de ser, sino que son prístinamente coesenciales. Porque este revolucionario ácido desoxirribonucleico otra cosa no es, cuanto a química, se entiende, que un derivado del ácido nucleico, cuya rica molécula se compone de un azúcar, la ribosa en el caso que contemplamos, de un ácido fosfórico y de una base, en cadenas definidas de desoxirribosa-fosfato ligadas a una base purina (adenina o guanidina) o base pirimidina (timina o citocina), lo que nos autoriza a presumir la caudalosa abundancia de sus posibles fórmulas, recordando que a otro cuerpo químico, la penicilina, descubierta por Alexander Fleming en 1929, ya en 1964 se le conocían diez mil variedades, de laboratorio al menos, y que para las combinaciones de las cuatro bases del desoxirribonucleico se han calculado dos mil millones de posibilidades.

En dicha célula nerviosa pues, provista de tales elementos gerentes como el ácido desoxirribonucleico, agentes suyos como el ribonucleico formador de proteínas y enzimas, que no son sino proteidos catalizadores, de aminoácidos arquitectónicos, por así expresarlo, de sustancias nutritivas, hidrocarbonados,

agua y oxígeno, sobre todo, amén de otras específicas, como el nucléolo, los microsomas, los corpúsculos de Gólgí, de Nissle y las mitocondrias o plastídulas aplicadas al metabolismo intracelular, de fibrillas de conexión, en fin, o interneurosinápticas, ocurren los supremos fenómenos del mundo, sentimiento, entendimiento, voluntad y conciencia, que desde el albor mismo de la cultura llevaron al hombre a concebirse sujeto de un mundo aparte y suyo, el orbe espiritual: vamos a escudriñar un poco, primero, los fundamentos físicos y funcionales de esa psicofanía o emergencia del espíritu en el hombre, y después, el análisis de esos fenómenos en sí, como percepción, reconocimiento, razonamiento y memoria, con sus gigantes asociados, anhelo, voluntad, propósito, inventiva, etc. ¿Que ello es difícil? Pues mejor, como atractivo. ¿Que ello es de vastedad abrumadora? Pues seductor, para la tentación intelectual del resumen. Por algo resumen y símbolo se hermanan, el uno como abreviatura del anhelo de representar, y el otro como la abreviatura del anhelo de interpretarlo expresivamente. Lo confirma el hecho de que en el orden intelectual, el símbolo es el resumen por excelencia, en tanto que en el orden de la imaginación es el resumen del anhelo. Dos mundos pues de su doble valencia, el sentimental y el ideológico, lo que justifica que la capacidad simbolizante de nuestra psiquis se considere la suprema en el orden del entendimiento, matemáticas, poesía y religión en primer orden.

La disposición que el sistema nervioso ha adquirido al correr de los millones de años que lleva de servir a los vivientes, es compleja en grado sumo, y desde hace un siglo, exactamente desde 1861, cuando Paul Broca informó que había hallado el centro del lenguaje al pie de la tercera circunvolución frontal izquierda, hoy relacionado con la anartria más bien o

impotencia de articular voces, y no afasia, como él creyó, que es la perturbación del lenguaje en otros sentidos a más del meramente motor o anártrico, la neurología en íntima asociación con la psicología ha logrado establecer clínica, quirúrgica y anatomopatológicamente que en los lóbulos frontales se asienta la habilidad del juicio, el razonamiento y la sindéresis o buen criterio de conducta, que la percepción y la memoria se aposentan en la parte anterior del lóbulo temporal, que el entendimiento del lenguaje oral o escrito ocurre en la zona parietal, la apreciación del tacto y el sentido de la posición espacial se perturban con la ablación de la circunvolución postrolándica, varios centros analizan las sensaciones de sonido y luz, pero no exclusivamente, el lóbulo temporal compara sensaciones presentes con pasadas, así contribuyendo extraordinariamente a la síntesis del yo, que ahora se considera ubicada en la formación reticular del tronco cerebral, cuya porción "rostral" dirige la atención, y en su conjunto se integran las funciones mentales en juego con el núcleo dorsal mediano del tálamo para la conciencia y de las circunvoluciones frontales posteriores para la iniciativa, la planeación, etc. La lobotomía o corte de haces conectivos de la corteza frontal, o del cíngulo solamente, con el tálamo y regiones subtalámicas y circuntalámicas ha evidenciado la prodigiosa importancia de los núcleos centrales del cerebro, o porciones meso-diencefálicas, que pues con ese aislamiento se alivian el dolor y la angustia, verbigracia, y con la excitación o inhibición de algunos de esos núcleos o pseudo ganglios centro cerebrales se obtienen fenómenos psíquicos de la más relevante importancia: en el complejo amigdalóide, pongo por caso, reside la regulación de la ira, la libidine y los olores, muy cerca de la amígdala propiamente, hay un determinante de la amabilidad o suave comportamiento, todos los psi-

quiátras conocemos las perturbaciones del sentimiento, bondad inclusive, de la parálisis agitante o mal de Parkinson, que corresponde a alteraciones del cuerpo estriado, sustancia nigra y regiones conexas, en el hipotálamo se sitúan reflejos emocionales de defensa-ofensa, cólera, verbigracia, antes citada, en relación con el sistema simpático, que tanto tiene que ver con dichas emociones, hasta el punto de que para ciertos psicólogos, Carl Georg Lange y William James, por ejemplo, las manifestaciones emotivas, temblor, rubicundez, palidez, horripilación, sudor o lágrimas, preceden al hecho psíquico y lo producen: miedo, cólera, arrobamiento, parálisis, etc., tesis respetable sin duda, pero que aún no logra resolver ciertos fenómenos contradictorios, como las emociones de origen imaginativo que ocurren en los ensueños, aun más patéticas que las normales de la vigilia, la risa y llanto sin acompañamiento emocional que sufren los pacientes de la enfermedad de Wilson, por afección y degeneración del cuerpo estriado, arteroclerosis avanzada, etc. En este orden, recuerdo el impresionante síndrome de una hermosa y culta joven que, probablemente por un tumor centro cerebral —así lo diagnosticué clínicamente al menos— no podía, durante la más seria conversación, contener los accesos de risa que a cada instante la atacaban, penosos para ella y penosísimos para el interlocutor, así, desde luego, los excusara científicamente, porque semejaban arrebatos de burla de lo que se estaba diciendo. Risa espasmódica, enseñan los psiquiatras, de seguro, pero que indica un divorcio entre la expresión física, gesto hilarante, y la situación psíquica o percepto aflictivo.

Por de contado, al exponer estos puntos de la emotividad, dejo aparte las novísimas indagaciones filosóficas acerca del valor de conocimiento confuso que la

emoción puede entrañar y de su más convincente importancia teleológica, es decir, lo que los modernos psicólogos denominan cualidad intencional, que bien pudiera más bien llamarse tensional, neologizando un poco. En verdad, simpatía, antipatía y su neutro la apática indiferencia, son sentimientos tan cargados de tensión —o en juego de vocablos, de tensión tendiente— como ocasionados a emociones, y complejos en vario modo, pues se originan ora de atracciones o repulsiones químicas que en algunos casos pueden llegar hasta producir fenómenos alérgicos; ora físicos, como los eléctricos, los olfativos y los táctiles; ora estéticos, de figura, porte y gracia; morales a veces, de armonía o incompatibilidad de opiniones éticas, religiosidad o comportamiento, e intelectuales, en fin, por similitud de vocación, u orientación ideológica, sin pretermittir, por supuesto, vínculos de patria, estirpe o tareas. La simpatía, núcleo pristino de tantas consecuencias y relaciones vitales o sociales o artísticas, en su módulo afectivo, *páthée*, actúa en los antaño dichos cuatro reinos de la naturaleza, el mineral, con sus atracciones de valencia molecular; tan potente en hidrógeno, oxígeno, azoe y carbono, o conjunciones intratómicas tan caudalosas como en los cuerpos de la escala de Mendeleev con más de noventa electrones en órbita, sin considerar la enorme energía congregante de protones, neutrones, mesones, omegas minus y neutrinos intranucleares, misteriosa aún, ni ese efímero átomo sui generis recientemente denominado positronio, rara combinación de un electrón negativo y un electrón positivo, que se disuelven, por así decir, o resuelven, en un par de fotones. El vegetal con sus asociaciones protectoras en *arhérotumes* o *arboreta*, como dicen los botánicos y en hileas, desde las fanerógamas hasta el arcaico líquen. En los animales logra tal compenetración funcional, que los comejenes no podrían subsistir

sin su simbiótico huésped la amilobacteria, muy a usanza de lo que ocurre entre algunos basiomicetos y las orquídeas, o entre las nitrobacteriáceas y las leguminosas en el mundo vegetal, o el nexo vivencial entre las abejas y la polinización de las flores. Es admirable la cordialidad instintiva entre algunos animales, aun de especies adversas, y el don especial de ciertas personas para hacerse al pronto amigas de caballos o de perros y aun de fieras, que no parece sino que los tales brutos tuviesen intuición de la bondad de estas, o estas poseyesen algún olor o aspecto atractivo, ya que el fenómeno se conoce hasta en castradores de colmenas. Química, pues, simbiosis complementaria, instinto de asociación, intuición de congeniamiento, o sus contrarios, constituyen sentimientos en que a más de la afectividad se descubre confusa comprensión, o adivinación, como dicen las mujeres, estupendamente, dotadas para ello en la esfera de sus relaciones humanas. En general, el sentimiento pudiera definirse, si pretendiese ahondar en su análisis, concepto o imagen acompañado o acompañada de un correspondiente juicio de valoración, un estado afectivo y una tendencia atractiva o repulsiva, según el caso. En líneas anteriores expuse el concepto actual acerca de que el sueño tiene punto de suscitación o "déclanchement" en estas formaciones reticulares, piso del cuarto ventrículo —antes se le atribuía a la región infundibular y tractos que unen el tálamo con la hipófisis— o, dicho en la terminología inglesa de los descubridores de esta red nerviosa, en el *ascending reticular activating system* de Magoun-Moruzzi, en juego quizás con la zona temporal, con cierta amplitud hacia la parietal y la occipital, donde tienen su sede las ilusiones, alucinaciones, ensueños y memorias. Hace medio siglo se consideraba zona cerebral silente precisamente esta, que hoy se dice fundamental del psiquismo, por lo anotado acerca

de albergar funciones tan esenciales como la percepción y la memoria, con la porción mental, diferente de sus localizaciones sensoriales, de lo visual y lo auditivo.

Entre los dos aposentamientos de la psique, el antiguo o paleoencéfalo y el moderno —por así decirlo— neoencéfalo o telencéfalo, que una misma cosa son, paleoencéfalo y neoencéfalo que en términos coloquiales traducen cerebro viejo y cerebro joven, o mejor, antiguo cerebro y cerebro reciente, si es que por reciente aceptamos no pocos millones de años, entre ellos, repito, conocemos un intrincado grupo de fibras de asociación, individuados en haces específicos, como las córtico-talámicas que unen la mitad del lóbulo frontal anterior con núcleo dorso-mediano del tálamo, la circunvolución prerrolándica con el núcleo lateral-ventral; la post-rolándica con la porción posterior del núcleo ventral, la región córtico-parietal con los núcleos dorsal, póstero-lateral y el pulvinar, o bien, los que conducen la visión desde los núcleos geniculados laterales a la región estriada y zona calcarina del lóbulo occipital, o los que del geniculado medio llevan a la corteza auditiva las sensaciones correspondientes.

Todo ello dicho con las prudentes reservas de un nuevo concepto de localización neurofuncional que luego consideraré en detalle, y para lo cual conviene sobre modo definir en pormenor las estructuras esenciales del neurocito, o neurona, como se denomina al conjunto del cuerpo celular y sus ramificaciones axónica (o del cilindroeje), y dendríticas (de interconexión). El tamaño suyo oscila entre las 5 micras de las menores hasta las mayores de 70, con un término medio de 10, un peso ídem de 10—10g, o sea de solo diez mil billonésimas de gramo (de la numeración española), dentro de una membrana específicamente permeable de

unos cuantos centenares de angstroms (o angstromios, como sería mejor decir para uniformar la nomenclatura), hasta 2500 en las células mayores de Deiters, por ejemplo. Contiene un jugo citoplásmico entre redicillas fibrilares, tipo coloide, con un 75% de proteínas (más o menos 16.600 pg, o sea billonésimas de gramo, de la numeración inglesa), un 5% de lípidos (4.200 pg), un núcleo con 800 pg de nucleoplasma, un nucléolo de 100, un citoplasma de hasta 20800 pg, dentro del cual los cuerpos de Nissl, la estructura de Golgi, las mitocondrias y los microsomas, de varia función, respiratoria unos, genética otros, nutricia, en fin, como los minerales y los azúcares. En ella dominan el ADN (ácido desoxirribonucleico) de los cromosomas, concentrado en núcleo y nucléolo, combinación —por tríadas— de cuatro aminoácidos fundamentales, una ribosa y un componente fosforilado, que rige la herencia mediante dilatadísima doble cadena molecular en espiral con travesaños a modo de escalera de albañil, constitutiva de los genes, unos cien mil, aproximadamente, que imponen al ser vivo a que pertenecen, hombre, virbigracia, las formas y cualidades sui generis que lo constituyen, y que dentro del neurocito engendra, con elementos que la circulación le aporta, el ARN (ácido ribonucleico no desoxigenado), en cantidad de una billonésima de gramo (nomenclatura española) y por célula, compuesto también de 4 aminoácidos, pero en diferente proporción y alguna substitución (el uracilo) más o menos así:

Adenina	19.7
Guanina	33.5
Citosina	28.8
Uracilo	18 (en vez de timina, el

cual recibe del ADN uno a manera de molde ARN mensajero, para que produzca las proteínas que por

el momento requiera la función celular y las enzimas (proteínas especializadas en función catalítica), para que el nucléolo y los microsomas cumplan su tarea quimiogénica. Recuerdo la investigación de Robert W. Holley, por ejemplo.

La neurona está envuelta en un tejido denominado neuroglía, con sus células especiales y su material de lípidos (grasas) predominante, dispuesto en correhuehuelas alrededor del neurocito, sino es en sus conexiones o sinapsis y en sus capilares de aportación alimenticia. La reviste muy tenue membrana de apenas 200 angstromios, y su contenido proteínico de ARN es solo de un 10%. Con sus enzimas, la adenosintrifosfatasa en primer término, toma nutrimentos de la membrana capilar y los transmite a otra enzima (del mismo género pero no la misma especie) de la membrana neuronal, para que citoplasma, núcleo etc. actúen sus funciones y ejerzan su propio metabolismo. La respiración necesaria a todo ello ocurre por modo diferente pero acoplado, neurona y neuroglía, en aquella (mitocondrias), mediante glutamatos (derivados del ácido glutámico), y en esta por succinatos y piruvatos (ácidos succínico y pirúvico respectivamente), conforme a oxidaciones. Es tan sutil todo este engranaje de plasma, corpúsculos, fibrillas y membranillas divisorias, que algunas de estas, dializadoras desde luego, solo alcanzan el cuasi metafísico espesor de once ángstroms, como en los endoplasmáticos ribosomas.

Esto, sin mencionar las aglomeraciones cromatínicas nucleares, y citoplasmáticas en cuanto genéticas, ni el centriolo o esfera atractiva, ni la recientemente estudiada medialuna gris (creciente gris de la mem-

brana celular), de función cariocinética porque el neurocito no se reproduce, ya que el número de ellos es constante desde el nacimiento hasta los sesenta años más o menos en que se inicia su disminución. En cambio la actividad eléctrica sí conviene destacarla en primer plano, pues acompaña y probablemente suscita todas las operaciones nerviosas, con transferencia de aniones y cationes (K^+ y N) de dentro a afuera de la membrana y de fuera a adentro, según la fase energética respectiva, o sea, de actividad y de reposo, como también ocurre en la membrana de Schwann o neurilema, para el funcionamiento neuro-muscular sináptico. Y aun más importante para la hipótesis que adelante plantearé acerca del tránsito de lo fisiológico a lo psíquico, la presencia de innumerables anticuerpos que se forman en el citoplasma y se vierten a la corriente sanguínea, formas proteínicas, asociadas a complementos, con que el organismo responde defensivamente a los antígenos que lo invaden, y que en el plasma sanguíneo tienen sitio propio en su gammaglobulina, de muy socorrido empleo en terapéutica.

Son estas estructuras tan abundantes que en el dicho suero sanguíneo existen cosa de 472 albúminas diferentes, que a cada proteína citoplasmática corresponde una enzima disolvente o proteinasa específica, y que a cada función endocelular atiende un ácido ribonucleico engendrador, de que puede inferirse individuación casi infinita en los seres vivientes, ya que las posibles combinaciones de los cuatro aminoácidos que entran en cada uno de ellos sube a la cuantía de 10^{15} , o sea, la unidad seguida de quince ceros, es decir, a mil billones de la numeración española, equivalentes a un cuatrillón de la anglonorteamericana. Así entiende uno como existen setecientas cincuenta mil especies de hongos, por qué entre los seis mil millones de

homo sapiens que ha habido del pleistoceno hasta nuestros días ninguno es exactamente igual a otro, ni siquiera entre gemelos univitelinos.

Es asimismo oportuno en este punto recordar que los ácidos ribonucleicos se pueden fragmentar en cuatro nucleótidos y que cada tres nucleótidos pueden absorber un nucleótido extraño, así estableciendo su proceso de nutrición viva, en tanto que el ácido desoxirribonucleico se desliga de uno de los largueros de la escalera que forma y lo reproduce idénticamente con nuevos materiales, así, esta vez, ilustrándonos acerca de los fenómenos de la herencia: de donde es permisible adscribir al ARN el registro de la experiencia, y al ADN el registro de la herencia, como adelante intentaré dilucidarlo mejor, y en todo caso desde ahora decir que esa minúscula celdilla que es el neurocito, esa cajita de protidos inadvertible a simple vista resume el misterio de la naturaleza y cuanto presupone mos del espíritu.

Todo este dilatado mundo de la ciencia puede ser, y seguramente es, alucinante prodigio y una a modo de magia del ingenio humano, que de gusanillo de la tierra poco a poco reptando se sube al escabel de los dioses y por sus obras —leure obras— los mide. Con todo, soterraña inquietud nos advierte que hemos traspasado (*depassé*), la linde de la prudencia en este analizar incontenible y sutilizar a ultranza en que se agobia el pensamiento contemporáneo, por donde alertada sindéresis nos dice que quizás convenga regresar a las síntesis, o parsimoniosa "hipotetización" al menos. Sin duda, sin duda que física y químicamente existen las diferencias que apartan unos de otros individuos y especies, comportamientos y resultados, mas no estoy

tan cierto de que esas disimilitudes no surjan de los instrumentos de mensura humana, órganos de los sentidos, proceso peculiar de nuestro devenir en su espacio-tiempo. La medicina y la farmacopea, verbigracia, como la pedagogía en su genérico orden, están a punto de romper valladares y disolverse en la infinitud de sus exigencias, carecientes ya de espacio mental para su volumen, y peligrosamente embocadas a una complementación de *robots* que pueden a la postre suplantarse la mente individua por una comunitaria, *communiter*, alopsíquica por ende.

De ahí que ahora intente coordinar en modalidades más bien que en especies, las funciones que desempeña el sistema nervioso pensante.

Si contemplamos, por ejemplo, la sensación, umbral de todas ellas, vemos como se relaciona con el fenómeno biológico más amplio, de la irritabilidad, a la manera que la absorción, otro hecho vital, se enlaza con la afinidad, y en círculo mayor aun, con la valencia química. Uno tiene que partir en este portentoso asunto de un hecho básico, el de que todo en el mundo aparece en polaridad, algo y su contraparte, anterior y posterior, positivo y negativo, macho y hembra, antígeno y anticuerpo... acción y reacción siempre: A intenso o prolongado estímulo responde la naturaleza con otro modo de ser: el protoplasma de los vegetales, por ejemplo, que bajo la energía solar fue surgiendo de procesos catalíticos más y más sutiles en el seno de los hidrocarbonados elementales o los hidrocarburos abiogénicos, es decir, no emanados de los vegetales o animales primitivos, plancton o fitón o selva de las edades remotas. Ese mismo fenómeno de estimulación adecuada, fue engendrando flores y frutos, de un lado, u órganos de los sentidos, del otro, cual

las manchitas de los protozoos, que cursando centenares de millones de años se hicieron tacto, ojos u oídos al pasar de un gusano a un insecto, de un pez a un anfibio, de un anfibio a un reptil, de un reptil a un placentario o a una ave, verbigracia, filogenéticamente.

Es lo que verosímilmente acaeció en el trance de la irritación "tisular" o tejidal para hacerse sensación defensiva y luego, esta devenir percepción clarividente: en última esencia, a virtud de un estímulo, acción ocurrente, ora sea lumínico o sonoro o meramente táctil, se verifica algún cambio más o menos intenso en las estructuras sensoriales receptoras, que a través de los respectivos nervios aferentes lo transmiten a la región cerebral que le corresponde. Este cambio se acompaña de una corriente específica nerviosa, de relativa lentitud, unos pocos kilómetros por segundo, y de un trastrueque electrónico por el cual los iones Na^+ se interiorizan con relación a la membrana axiónica y la celular propiamente dicha, para después, en el reposo, los iones K^+ exteriorizarse a su turno. Dentro de la célula, este estímulo, acción ocurrente, produce cambio a su vez en la composición del ácido desoxirribonucleico (ADN) de la substancia cromática nuclear y nucleolar y citoplasmática difusa, probablemente. El dicho ADN engendra entonces ácido ribonucleico (ARN) mensajero, es decir, marcado con un molde particular correspondiente al trance en que la célula se halla, como antes dije, y este, con la ayuda del nucléolo, la tal cromatina cromosomática difusa, ora en los microsomas de las fibrillas endoplásmicas mencionadas en página anterior y en la concentración cromosomática pericariónica, es decir, del rededor del núcleo, proteínas enzimáticas, o sea hábiles para una función especial catalítica, y proteína en fin, características del cambio acaecido o trance sensorial. Materia

abstrusa para el profano en biología, pero ineludible en la exposición de este proceso.

¿En qué consiste, entonces, el sentir, o sea, la dicha sensación? El precedente análisis físico-químico —disposiciones nuevas y nuevas combinaciones moleculares— define el sujeto de la operación sensorial, pero no nos explica la operación misma del fenómeno sensual, y cualquier hipótesis atinente corre el riesgo de entreverar este hecho con el inmediato suyo de la percepción. Veámoslo más a espacio y profundamente: En la célula no existe porción —sujeto ni objeto— aparte que advierta el antedicho cambio de los tejidos que padecieron la alteración denominada por el uso sensación. Más todavía, las células cerebrales registradoras de estos cambios son de suyo insensibles al tacto directo, zona post-rolándica para los sentidos hápticos, por ejemplo, o la calcarina para la luz, así planteando a nuestras cavilaciones una de las más desconcertantes paradojas y un consiguiente paralogismo: Una materia sensitiva insensible. ¿Siempre...?

Tampoco nos sería de provechoso recurso entremeter un sujeto —ánima sensible— para escapar a dicho embrollo, pues subsistiría la imposibilidad de explicarnos el engoznamiento de lo físico a lo psíquico en tal *deus ex machina*.

De ahí, pues, que debamos recurrir a otro efugio.

En primer término, aceptar la certidumbre fáctica, la sentencia de los hechos, diciendo que en las antenominadas proteínas se cumple la reacción sensibilidad a la acción estímulo, y que la presencia de tales cuerpos es la sensación. ¿Pero cómo nos damos cuenta de dicha presencia-sensación? Desde luego, en térmi-

nos psicológicos es una atribución, un referir el cambio interno advertido al cambio externo suscitante, la reacción a la acción, la sensación al estímulo. Otra cosa no casa con ello, sino el que por experiencia habitual o herencia atávica conocemos que los dichos cambios suceden en nosotros a la presencia de los motivos aparentes, que una serie de correspondencias de los sentidos externos y los internos ajusta bien en esa interpretación: un sosiego o desasosiego orgánico por armonía o inarmonía funcional. Químicamente se comprueba este postulado de ser la sensación mera presencia de una reacción —proteína equivalente— cuando pensamos como sustancias extrañas que entran en la célula y se combinan subrepticamente, por así decirlo, con moléculas de las citadas proteínas, morfina, barbitúricos, mezcalina, alcohol, éter etc., anulan o trastuecan la sensación, y hasta estados mentales, como la hipnosis, o meramente físicos, como las vibraciones ultrasónicas. Asimismo apoyan esta opinión otras concordancias químico-psíquicas, como el hecho de que en la senectud el ácido ribonucleico decrece hasta en un 25%, que a los 40 años es de 670 pg (millonésimas de gramo) y a los 60 es de 540, para continuar descendiendo hasta la demencia senil, ora simple, por desaparición de gran cantidad de neuronas, regreso a la infancia: ingenuidad, locuacidad, amabilidad e incoherencia del juicio; ora arterioesclerótica por defectuosa nutrición, probable detrimento de las membranas dializantes que ya no aportan 0.2×10^{-4} de oxígeno enzimático por (según mediciones del Pr. O.H. Lowry) célula-hora y así se establece relativa anoxia, pesimismo, irritabilidad, fatigabilidad, insociabilidad y aun malevolencia, como, en parte al menos, surge en toda situación cerebral de carencia, y es supremamente notoria en el ciclismo de la psicosis maniaco-depresiva, en la que durante un período de inhibición de estimulantes

todo es lento, triste, inútil: bradipsiquia o lentitud de pensamiento, bradipraxia o lentitud de acción, bradiesesia o torpedad de sensaciones, desinterés, en fin, por la vida y sus presupuestos afectivos; en tanto que en la inversa etapa eufórica, que va de la exaltación a la ebriedad y aun al paroxismo, como en la intoxicación alcohólica o la estrícnica, sorprenden al psicólogo, en tanto que el paciente no llegue a la disociación aguda, la presteza mental (taquifrenia), la fluidez del discurso (taquilalia), la agilidad práxica (rapidez de acción), la gracia aun, y la generosa afectividad en todo: de tal manera que uno no puede eludir el suponer que en el primer estadio predomina parálisis o al menos parvedad de flujo, de los hormones que regulan la actividad somática, Acht, adrenalina, tiroidina, esteroides, pongo por caso, entre un cuasi-orbe de secreciones endocrinas que mantienen la eupragia o buena situación funcional del hombre, y que en el otro estado o período fluyen torrencialmente. Quimismo, pues, en todo caso.

Esto se predica hoy de la memoria, según antes lo enuncié, como situada en las moléculas del ácido ribonucleico, a modo de genes de la actividad mental, y ya no como "engramas" meramente físicos o de disposición estructural. La tesis es aun precaria, pese a los estudios terapéuticos confirmativos del Pr. D. Ewen Cameron de la Universidad de Mc Gill, verbigracia, pues si el enorme caudal de anticuerpos de otro género que alberga el organismo y pueden comprobarse —detectarse— objetivamente lo abona, ello es que para una célula no parece posible acumular los billones de "proteínas-mnésicas", o portadoras de recuerdo que el acontecer existencial de un hombre presupone, y así, sería más defendible presumir que la mayor parte, si no el conjunto, permanecen como disposiciones

genéticas en el ácido desoxirribonucleico, para surgir a medida y tiempo —*au fur et á mesure*— que los correspondientes estímulos lo demanden. A la verdad, no estoy lejos de concebir el funcionamiento de la memoria sobre el modelo de la herencia mendeliana, que establece caracteres recesivos de progresiva eliminación: la fantasía de que a ocasiones —preagónicos asfixiados, o intensamente conmovidos por la angustia— vemos en uno a modo de panorama la totalidad de nuestra vida, no pasa de ser ilusión: bastaría con que se nos manifestasen un centenar de recuerdos temporalmente espaciados en el cuadrante de la existencia —en el *dial* mnémico o mnemónico— para obtener una imagen aparentemente total, conforme aparece el movimiento de una serie de imágenes rápidamente sucesivas. Ni habría en la neurona suficiente ARN para tal cúmulo de proteínas estables. Existen datos más recientes.

De ahí que sustente la tríada hipotética de que la neurona, y entiendo que todas las células del organismo en cierta proporción descendente, actúan por acción y reacción —antígeno— anticuerpo; que la sensación, los perceptos y conceptos se fijan —memorización— en modalidades de composición o disposición molecular de los ácidos nucleicos, y que reaparecen, en fin, o se eliminan, conforme a las leyes mendelianas de la herencia. Subsiste la incertidumbre del proceso peculiar de la atención que al fatigarnos cuando se la aplica o ella se aplica tenaz e intensamente sugiere la similitud de un esfuerzo físico, y ya sabemos que la reurolgia posee tenues contracciones y dilataciones amiboides, y que el protoplasma neurocítico es fibrilar, pero también pudiera ser un fenómeno de carencia como el hambre y la sed que llegan a ser dolorosas, por agotamiento de los materiales aminoácidos, fosfóricos e hidrocarbonados con que se fabrican las proteínas.

Ello es que un recuerdo insistente, como los del amor o la angustia o la frustración se torna insufrible cual si fuese una neuralgia recóndita, y ello es, otrosí, que bajo el influjo de tranquilizantes o somníferos, ciertas pirimidinas del género barbitúrico, valga el caso, como si se substituyeran a alguna molécula de la correspondiente proteína-recuerdo, no permiten concentrar en ella el pensamiento, no admiten su presencia o su existencia en ese instante, aunque sí en el sueño y aun con ensueños muy coloridos, como si en un caso trabajasen ciertas neuronas —corticales, por ejemplo— y en el otro fueran substituídas en otro sitio. En el agotamiento nervioso por exceso de estudio, que antes decíamos anemia cerebral, frecuente en el período de exámenes de nuestra antigua escuela nacional de medicina, imprudentemente agobiante, el cerebro exhausto, de sus específicos nutrientes: aminoácidos de reparación y funcionamiento, fosfatos conjugados, azúcares de composición y oxidación etc., entraba en una a modo de anoxia, no podía atender ni memorizar ni discernir ecuánimemente, antes producía un síndrome de insomnio, irritabilidad, distimia o mal carácter, con depresión melancólica y cefalea insistente, a la manera que la fatiga muscular, por agotamiento de glicógeno y recargo de residuos funcionales deprimentes, causa dolor y lasitud invencible, somnolencia y desasimientto de la vida.

Así, entonces, que tales síntomas casan bien con la idea de que las funciones psíquicas tienen un substrato químico. ¿De qué parte y en cuántas células a un mismo tiempo? Adhiero a la tesis, en parte experimental hoy día, de que todo el organismo participa en las funciones mentales, como es evidente para la atención, la emoción y la concentración reflexiva, pero no por igual: ciertas porciones del encéfalo reciben preferen-

temente los mensajes aferentes o elaboran los eferentes, mas no con la exclusividad de ser centros únicos, como antes lo juzgamos casi, casi a ultranza. No. En la corteza se dan muchas de esas porciones funcionales en serie, como es el caso para la visión, que va del receptáculo cuneal de la mera sensación a sitios de elaboración conceptual y aun de especialización, como ocurre en la lectura, que inexplicablemente ha constituido centro aparte en el curso de pocas centurias y así, con ser tan pocos los leyentes del mundo hace apenas un siglo, ya la alexia se enorgullece de casa propia. Dudoso ello, sin duda. Lo cierto es que muchas de tales localizaciones específicas pueden substituirse, caso emergente, y en todo evento denotar que la cuantía de los tejidos importa más al ejercicio de la tarea. Ello se presiente al ver que la excitación de un *locus memoriae*, para no repetir tanto lo de centro, revive minúsculo incidente del pasado y no la riqueza mnémica que era de esperarse. Porque, vamos a ver, ¿en cuántas neuronas está ubicado ese evento "reminiscible"? Lo ignoramos. En cada milímetro cuadrado de corteza cerebral existen 50.000 neurocitos, que probablemente son activados por la corriente eléctrica excitante, y no parece que a esa proporción quepan en el telencéfalo todos los recuerdos. Ni es fácilmente defendible, así digan lo contrario eximias autoridades, que en cada neurona pueden coexistir varias memorias a un mismo tiempo. Para mí, que en cada momento solo funciona un fenómeno, sea de atención, sea de recordación, sea de reflexión, o de voluntad consiguiente, y que lo presupuesto como simultáneo solo es ilusión de la rapidez con que se suceden a menudo: en la sinapsis neuromuscular las operaciones se cumplen con la brevedad de millonésimas de segundo, imposibles de individuar mentalmente aunque química y fisiológicamente estén individuadas. Lo que acaso ocu-

rra es que a diferentes grados de excitación surjan diversas imágenes.

¿Y cómo son dichas imágenes? ¿Corresponde lo que vemos con lo que ello es de suyo en la naturaleza? No parece factible. La más atractiva hipótesis es que nuestras representaciones son meros emblemas de lo representado. El verde vegetal que tanto nos deleita, corresponde al reflejo de quinientas cincuenta mil vibraciones de la luz, y probablemente un ojo dotado de pigmentos retinianos, conos en este caso de cromatopsia, vería "el verde" con otra apariencia, y por supuesto su representación cerebral ni es una vibración ni un colorido, como —*pari passu*— en la fenomenología del rojo o del azul. Algunas sustancias —fármacos sobre todo— suscitan, conforme ya lo dije, ensueños de color, de gratísimas tonalidades a veces, como ciertas noxas o estados patológicos acarrearán visión colorada, a manera del tinte rojizo o eritropsia de la epilepsia, confirmando lo antes expuesto de que la representación imaginada del mundo exterior —ni del interno, naturalmente— no es genética, transmisora de un semejante de su misma entidad, cual un hijo, pero solo ocasionada, a modo de reacción, es decir lo que ocurre a consecuencia de tal fenómeno y no la continuidad del dicho fenómeno: antígeno-anticuerpo, según mi hipótesis, dejando para posterior análisis el estudio de las ideas, mientras considero el magno problema psico-metafísico de la conciencia intelectual y su concomitante la autognosia, sin lo cual todo este discurso inútil sería y punto menos que ociosidad retórica.

Empero, ante todo, concluyo esta lucubración sobre el fenómeno de la presencia-psíquica, preguntándome: sin duda una presencia, mas ¿cómo es esto de advertirla? Porque parece que el experimentar la sen-

sación no se confunde con el percibir el fenómeno sensible, ya que en el cerebro los centros funcionales respectivos no coinciden, y ya, sobre todo, que en ciertas perturbaciones mentales puede el paciente sentir el estímulo, tener la sensación: una persona presente, una frase escrita, un objeto tocado —agnosia; esterognosia, alexia, por ejemplo— y no percibirlo.

Y comoquiera que esta línea divisoria entre el sentir y el percibir no parece muy definible en nuestra psicología, desde ahora conviene adelantar la hipótesis de que si la sensación es una atribución —una presencia que atribuimos a un estímulo— la percepción puede concebirse cual definiciones de dicha presencia: esta presencia, esta sensación, este estar así, corresponde a esto y no a otra cosa. Diferente, a su vez, del fenómeno mental denominado reconocimiento, que avanzando un poco el eslabonado proceso, ya no solamente tiene una presencia —sensación—, definida —percepción— sino relacionada, es decir, ajustada a su significación en el conjunto de la mente. Lo que nos sitúa en la subsiguiente categoría del pensar, o sea, el juicio, que mide las proporciones y méritos del fenómeno psíquico intercurrente, sus cualidades, finalidades, intencionalidades y perspectivas de cumplimiento: ni más ni menos que el mundo, el inmenso mundo de la voluntad y los afectos; tan indisolublemente entrañados en la tesis brentanosiana de la intencionalidad, como discrepante de las encantadoras novelorías de un "estar ahí", un "situado en el mundo", o un "ser para la muerte" de los modernos sofistas, ya que, como en otro aparte lo expondré, la vida y el pensamiento no son juguete del azar indefinible ni de ociosas divinidades de escondrijo, pero exactitud, pero autenticidad, pero autoría.

Y puesto que el fenómeno conciencia está en el meollo de todo psiquismo y todo posible filosofar, quisiera aventurarme un buen porqué en sus alcances. Porque no uno sino muchos alcances tiene, según ya dije.

La diferencia característica entre psique animal y psique humana consiste en que, si bien, como el hombre, el animal se da cuenta de lo que le ocurre u ocurre en su redor, nosotros hombres nos damos cuenta de que nos damos cuenta, a saber, que psico-filogenéticamente, tenemos una capacidad de reflexión, una virtud por la cual volvemos contemplativamente sobre lo que ejecutamos, o nos acontece, o lo que somos. De hecho a hecho sucesivo pasamos a hecho "consecuencial", a potencia de engendramiento o causa, luego de causa a motivación, de motivación a responsabilidad, de responsabilidad a destino, de destino a significado óntico o sujeto de la destinación: Un bumerang de la vida, que partiendo de exteriorizarse actuando, regresa a interiorizarse pensando: conciencia intelectual.

Sino que en el intervalo nos hemos ensoberbecido más de la cuenta, y afirmado que esa reflexión, esa gnosis, realmente es un saber y no meramente un advertir; no una conciencia fenomenológica de puras epifanías sin sentido, sino usialógica, interpretativa del ser íntimo de esas epifanías o fenómenos. Aquí el problema sigue dos procesos diferentes de dilucidación: el histórico-científico y el intuitivo filosófico, pretermiando el tradicionalmente tenido por tercero, la religión, excelentísimo y amabilísimo sin duda en su órbita, pero no anclado en la razón, por cuanto es sentimiento sui géneris que surge del anhelo, se justifica con las nociones de orfandad cósmica y de fundamental solitud del hombre ante la muerte, y se apoya, en

fin, en un acto de voluntad, en un "porque sí", tertulianamente.

De tiempo atrás —y muy remoto— la conciencia intelectual ha preocupado eminentísimamente al hombre, y acicateado la lucubración de todos los magnos pensadores del mundo. Su nombre es una abstracción, substantivada o "entetizada" diré mejor, intensamente. A nuestro romance nos llega del latín, pues la voz griega, *to syneidós*, no proliferó ni se transmitió siquiera, y así la nuestra continuó el proceso lingüístico latino de *scire*: saber, *sciūs*: el que sabe, *consciūs*: copartícipe de un saber, *conscientia*: capacidad de darse cuenta, advertencia intelectual, traducción ciceroniana del vocablo griego *syneideesis*, inglés *awareness*, alemán *beidub tsein*, *bewubt werden*: hacerse cargo, caer en la cuenta, que nada tienen que ver etimológica, pero sí ideológicamente con las raíces sánscritas *ci*, *ki*, que dan *citi*: espíritu y *citte*: inteligencia, revelándonos que ya desde el segundo milenio antes de Cristo los arios emparentaban conciencia y espíritu, mil años antes que el muy lúcido jonio dodecapolitano Anaxágoras enseñara a los atenienses la propia jurisdicción y señorío aparte del entendimiento *autokratées* o *nous demiúrgico*, que aún rige nuestra cultura latino-greco-cristiana.

Contradiendo el ingenuo apotegma de José de Maistre sobre que "nada hay tan evidente a la conciencia como la conciencia misma", veamos como la definen letrados y filósofos, al azar de mis lecturas: fenómeno psíquico, epifenómeno de la actividad mental, atributo del espíritu, aspecto de la realidad, correlación del pensamiento, acompañamiento de los actos, incógnita del hombre, sentido interno, sentimiento del yo y sus tareas, sentido de los sentidos, trama del mundo íntimo, luz intelectual, campo de proyección psico-

lógica, centro del yo, testigo de lo que ocurre en el alma, visión íntima, vigilancia, acto central, principio de todas las operaciones mentales, intencionalidad, vivencia intencional, última forma de lo existente, amalgama de impulsos "psicónicos", facultad unificante, sucesión de estados conscientes, síntesis de estados psíquicos, percepción interna, intimidad pura, unidad, entidad, unidad viva sin solución de continuidad, propiedad del espíritu humano de reconocerse, substancia espiritual autónoma, manifestación específica de la energía, facultad del entendimiento y entendimiento facultad del alma... acontecimiento perceptor, memoria "pura", *res cogitans* o realidad pensante, historicidad. Al parecer, nadie lo sabe: *nemo unus sciens*, hubiera dicho el melancólico Lucrecio.

Lejos de mí repudio vanidoso, o desestima ingrata, o desamor siquiera, de los magnos conductores del pensamiento. Ellos me heredaron la dignidad de ser hombre y modelaron el criterio mismo con que recuso algunas de sus tesis. ¿Cómo cancelar por el humilde sistema mercantil de "pérdidas y ganancias" y un cero de valoración al cociente, egregios espíritus que hicieron del filosofar su forma de existencia y aun aceptaron el martirio de muchas renunciaciones o incomprendiones, cual el incansable Estagirita, cual el asceta Orígenes, cual el batallador Agustín, o el escolarca Tomás, o Kant el recluso, que hasta murieron en la liza a la manera heroica de Sócrates y de Cristo? Todos, sin duda, padecen hoy de frustración en la médula de sus indagaciones ideológicas, pero cuánta riqueza colateral en sus discursos, elación en sus mensajes, provecho en su actitud. ¡Oh belleza artística indeleble por el luminoso decir de un Platón, de un Bergson, de un Goethe o un Nietzsche! Nada, nada, entonces, irreve-

rente, sino inclinada cabeza discipular y gratitud de espíritu.

Pero la verdad es señora *suzeraine*, inenfeudable o señera, que no admite desvíos a su debida sumisión, y en este caso yo me he preguntado con la mano al pecho si en los treinta siglos que lleva de filosofar la cultura de occidente ha intuído una sola verdad esencial del ser o del devenir, como supone Bergson que la conciencia puede hacerlo, o el entendimiento cogitante revelado un sistema indefectible de nociones, como la espiritualidad del sujeto racional cartesiano presupone, y a mi pesar he de decir que ni lo uno ni lo otro ocurrió nunca. Que tan incierto de su propia significación óntica murió Einstein como el zinjántropo de Olduvai o el primer troglodita dordoñense. La conciencia intelectual —o consciencia, como debiéramos escribir para diferenciarla de la moral, especie aparte hoy día— o autognosia, solo registra los fenómenos del mundo externo a través de los sentidos, del interno que vagamente aporta la cenestesia y las operaciones que de ellos en ella se cumplen, sin que este decir "ella" sea otra cosa que un decir coloquial de nuestros discursos, un préstamo funcional semasiológico.

Lo cual no implica irreverente negación del espíritu, sino nueva conceptualización de él, nuevo punto de vista suyo.

Empero, con formular tales glosas a nuestra común psicología nada prospera nuestro patrimonio mental: es de todo punto ineludible, si es que aspiro a cumplir tarea útil, escudriñar ahora la conciencia, en cuanto fuere asequible a mi parvo entendimiento.

Decir en primer lugar y prima instancia, que de entrambos mundos, el interior y el externo, solo advertimos los cambios: fenómenos dicen los eruditos. Mas yo añadiría que no los fenómenos en cuanto emanaciones o derivaciones o representaciones de las esencias, sino en cuanto ocupantes de nuevas posiciones, en cuanto transeúntes o correístas, portadores de mensajes que ellos mismos no leen o descifran. Correos, pues, de un cambio que no es suyo.

En la seductora hipótesis de que la conciencia es función —y algunos decían antes facultad— del espíritu que en compenetración individuante con la materia del cuerpo constituye el ser del hombre, cortamos el nudo gordiano de mil dificultades de la interpretación psicológica, pero creamos con ello asimismo, otras mil en otros órdenes del discernimiento. Pues no dejaría de ser incongruente el que nuestra alma en el instante, o más exactamente, en el acto de su creación, espíritu que se halla ante otro espíritu, su creador, no lo vea con visión espiritual, con intuición inmediata, y lo reconozca y lo recuerde además, puesto que la memoria es también pertenencia natural suya o virtud de su esencia, sino que venga a luz del mundo físico con tal ceguera —*sicut tabula rasa*— y aun lo niegue por boca de eximios entendimientos. Que no exista visión cognoscitiva de sí mismo, en el tracto común de la vida humana, ni después del morir al mundo persista vínculo protector, voz premonitoria de peligros de la madre para sus huérfanos o del doctrinante religioso para sus continuadores, sino aislamiento afectivo, tiniebla conceptual y aniquilación histórica. El constante tejerse y destejerse de las ideas fundamentales de la sabiduría denuncia la precariedad del entendimiento, y el nacer y morir de los dioses —Esquilo lo intuyó— atestigua que la real presencia de lo divino

en la historia es insostenible. De ahí que parezca más discreto imaginar que el mundo y el hombre, en vez de venir de una espiritualidad conclusa en sí y ya perfecta, constantemente se espiritualizan en un abscondito regreso a su origen.

Y advertir que aún no existe conciencia en el sentido de autognosis, de un verse a sí misma o a sí mismo, en una reflexión intuyente. Los cambios que experimentamos como emanación del ambiente físico circundante o fisiológico interno producen reacciones físicas y químicas que alteran quizás un poco la disposición de las estructuras elementales del sistema nervioso y aun, por difusión de los influjos, de todos los tejidos orgánicos, pues sabemos que la función integradora —armonizante— de dicho sistema nervioso así se cumple, ora en corriente peculiar mensajera, ora en hormonas de mensaje funcional definido —díganlo, si no, las emociones— pero más fundamentalmente producen, aquellos cambios y fenómenos, modificación de la estructura molecular de las cromatinas del neurocito, probablemente añadiendo algún átomo a otro de la cadena desoxirribonucleínica o substituyéndolo por su mayor afinidad. Dicho ácido desoxirribonucleico se constituye así en un gene-memoria, o repositorio de genes-memorias, en un registro, pues, de la modificación adquirida, que en llegándole luego otro estímulo igual o similar o próximo a su modo de ser, y aun actuante sobre él por contrariedad, reproduce su prístina situación, engendra nucleínas del orden correspondiente y renueva la situación que antes se produjo con el estímulo inicial.

Esta es la memoria, y ello es demostrable experimentalmente. Por lo que hace a la conciencia, la solución del problema es todavía más sencilla aunque por

el pronto desconcierte nuestros hábitos de apreciarla, pues otra cosa no es que la misma presencia de la representación, ora se trate de la sensación, de la percepción, del reconocimiento, del juicio, de la voluntad o de una idea abstracta. La impresión que una forma perceptible produce en los elementos celulares, conforme lo expuse del ácido desoxirribonucleico, no es propiamente imagen suya, como en espejo, sino alteración que la representa, al modo que un grito de alarma no es la imagen del peligro, un tigre al frente, por ejemplo, sino la reacción suya. Mucho se ha cavilado en torno a este fenómeno de la manera como las impresiones se graban y retienen en el organismo receptor, desde los supositivos engramas facsímiles, del orden fotográfico, las indefinibles imágenes de la mente espiritual, hasta las novedosas de mera función del ácido ribonucleico en sus proteínas atinentes que suso denominé mnémicas o mnésicas, para destacar su origen, hacimiento y finalidad de respuestas a un estímulo, anticuerpos de un antígeno, mediante proceso molecular sui géneris e intencionalidad o, propiamente dicho, tensión al servicio de la economía vital, de la conveniencia para el subsistir del respectivo sujeto.

Consecuencia de este análisis es mi tesis psicológica de que la conciencia intelectual otra cosa no es, repito, que una presencia, la presencia de la representación, así sea sensorial, así perceptual, o más sutilmente alquitarada, de solo idea y afecto. Es esa misma representación química, producto de la primera impresión, ora del mundo externo, ora del ambiente íntimo de nuestra economía la que en apareciendo y siendo presente constituye el *quid* de lo que suponemos o suponíamos ser "visto". Porque no existe nada orgánico que lo "vea" ni puede concebirse que nada del espíritu logre interfuncionar, combinarse, unificarse entre el

supuesto atómico —la materia, la neurona, verbigracia— y el supuesto espiritual simple, sin engranaje de moléculas, sin corrientes homólogas de energías, pues que sumandos de distinta especie nunca fueron posibles. En cambio, la introspección nos confirma en un ciento por ciento que la mente en cada instante está constituida por una representación. Es algo que está presente y no algo que "presencia". Lo dice irrefragablemente el que nadie tuvo ni tiene "visión", percepción ni noción directa alguna de ese que atrás denominé *deus ex machina* de la psicología académica, enlabiadora por cierto y muy útil al entendimiento y aun al comportamiento de la muchedumbre, no tan filistea e inculta como se dice, pero sí aislada de estos menesteres por imposiciones de sus tareas, sus hábitos mentales y defensiva esquivez. Justificada por cierto.

El hecho de que el lenguaje hablado interponga sus propias representaciones, sea él mismo representación simbólica y vinculación de otras representaciones, da a nuestra mente la ilusión de alguien parlante, de alguien discurrente, cuando a la verdad es solo el discurso el que se presenta y representa a la vez. Arduo el problema, sin duda, mas no insoluble. Los psicólogos reconocen que en todo acto mental, desde la sensación, la percepción, el razonamiento y el juicio hasta la volición y el afecto, hay un juicio de valoración o de atribución implícito, y naturalmente uno se pregunta quién o qué produce ese juicio. Es, a parí, el caso ya discutido del fenómeno consciente, pero aquí planteado en el epicentro de las dificultades, en la pura almendra del asunto.

Mirémoslo a fondo,

Las representaciones mentales no ocurren en compartimientos estancos, cada una en su casa, cual mera acumulación de partes libres, sino en organismo integrado, correlacionado, funcionalmente comprometido en cada uno de sus actos, y cada uno de estos copartícipes del todo. Es de la esencia misma de la vida esta correlación interfuncional, y en los animales, de cierto punto filogenético hacia arriba, esta integración, según dije en otra página, corresponde al sistema nervioso, y del sistema nervioso a las neuronas dirigentes. Ahora bien, cuando una representación ocurre, armoniza con las otras o las perturba en algún modo, se ajusta a los procesos establecidos o los trastorna. Esto lo advertimos como bienestar en el primer caso, como molestia o inquietud o angustia, según el grado de importancia del suceso orgánico acaeciente, en el segundo, y así tenemos un juicio, no de discernimiento sino de sentimiento, ya definido. Cuántas veces al querer recordar una palabra nos viene otra que en algo se le parece, pero que nos deja insatisfechos, aun inquietos, apenados aun, si es intensa la frustránea búsqueda, hasta que de pronto surge la exacta con intensa "sensación" de tranquilidad y hasta de gozo. En eso consiste el reconocimiento, en ese ajuste preciso. Pasando esto de las representaciones sensibles a las abstractas, que ya no emplean imágenes de los sentidos sino representaciones simbólicas, pero representación en todo caso, nos explicamos el proceso de la ideación superior, como lo atestigua y comprueba el que los ajustes se hacen a diversos niveles, ya que un analfabeto de pobres estructuras ideológicas se satisface con acoplamientos de falsa exactitud, y así nos explicamos la engañosa certidumbre de los ignorantes, mientras que un erudito o un sabio especialista hace sus ajustes conceptuales en niveles superiores, bien lexicológicos, bien estrictamente significativos. ¿Hasta un nivel absoluto,

como la temperatura, como la velocidad, como la infinitud? Lo ignoro, pues la historia de las ideas nos las ofrece de plena certidumbre en ciertas épocas, luego apenas discutibles y al fin abandonadas. Es porque ensamblan bien o ensamblan mal o no ensamblan del todo en el conjunto estructural de la respectiva cultura, o modalidad de cultura, como propuse antes que dijésemos. Otros cambios pueden advenir en ese tal proceso que modifiquen la estructura ideológica del ambiente, y aquellas ideas fenecidas —sistema atómico de Leucipo, sistema astronómico de Aristarco, por ejemplo— reajustarse, rearmonizarse, y ser verídicas de nuevo.

Esto se entiende mejor cuando pensamos que aunque cada representación aparece o reaparece sola en un momento dado, nunca lo está funcionalmente, sino que preside a una como constelación que la acompaña, tanto más compleja cuanto más amplia y bien cultivada sea la respectiva mente. En dicha constelación el espacio, el tiempo, los incidentes y afecciones concomitantes entonces vuelven a enmarcarlo en su ocurrencia, a la par con los datos de nuestro organismo, y así, se precisa el fenómeno memoria, el poder situar un hecho de representación presente como acaecido en un pasado, su pasado. Ello resulta elemental si recordamos que el tiempo es posible y advertible solo cuando los eventos tienen puntos de referencia: un móvil absolutamente solitario —fuera de que ello es imposible—, no podría tener un antes o un después sin otro móvil al cual pueda referirse. Esto se aplica a la memoria, como algo que solo surge y solo se puede medir en un juego de eventos, en la constelación de representaciones de que antes dije, en esta galaxia de hechos que constituyen un yo.

Por de contera, y continuando mi tesis de que las otrora llamadas facultades del alma o funciones psíquicas solo son fases de un proceso único que constantemente se enriquece y afina, podemos concebir el reconocimiento, el razonamiento y el juicio partiendo del supuesto de la constelación funcional de las representaciones, que sin necesidad de añadir un sujeto aparte, de complicar la naturaleza, sino siguiendo la ley de economía de esfuerzo que la distingue en todas sus manifestaciones, con que se aleja del mero azar, en esto también opera lo más sencillamente posible dejando que las representaciones espontáneamente se sitúen en su orden de importancia propia o importancia relativa de su momentáneo interés para el organismo sujeto suyo. Toda la astronomía, toda la geología, todas las sociedades se estructuran así, conforme a sus pesos, volúmenes, actividad, interés, ni más ni menos que las representaciones en la mente hallan preferencia y subsistencia de acuerdo con la carga de afecto e importancia que en su instante de surgir o resurgir posean: ellas mismas se miden, por así decirlo y de su propio natural son preferidas, o sea, que juicio y volición los traen ya hechos. La intervención del lenguaje para las representaciones más sutiles de la abstracción y el símbolo, nos enmaraña esta evaluación del proceso genuino, que ellas inextricablemente entreveran, alambican y punto menos que tornan diferente. Dicho lenguaje en su propio devenir hízose un día de la cópula, preciosísimo avance suyo que lo organiza esencialmente: hombre... astuto: el hombre es astuto, y le dota de representación para lo abstracto, pues sin su auxilio el concepto de la divinidad, pongo por caso, o el de eternidad, o el de virtud... sería imposible, como imposibles los morfemas de enlace que nos ofrecen las preposiciones, las encantadoras incongruencias de los idiotismos, como

"a ojos vistas", "a topa tolondro", el "váyase ir yendo", que usamos en Colombia con inteligible e indefinible significado (marche usted mientras yo puedo hacerlo, marche usted mientras es la hora precisa para ello, marche usted mientras se obtiene lo necesario para su misión...), a veces reduplicando el idiotismo, como en "váyase *ir yendo*, que *ya* lo alcanzo", o "que horita lo alcanzo", con implícita significación de que ande poco a poco mientras tanto. De la misma laya de representaciones que solo el lenguaje engendra, son las voces de sentido traslaticio, inmensamente socorridas, como "*sed* de gloria", "*hambre* de justicia", aun contradictorias, como las que usan los poetas "ardiente hielo", "tenebrosa luz" ... y qué sé yo más de estas sutilidades, cual la preciosísima riqueza semasiológica con que nos regala la abstracción peculiar de los adjetivos de negación inconmensurable, a manera de disforme (más que amorfo), "ilímite" (más que ilimitado), inefable (más que inexpresable), y no se diga de los fililés, ataujías semánticas y *quodlibets* de los filósofos.

Un paso decisivo en este supremo negocio intelectual sí creo que merece detenida exégesis, y es el de la captación o intuición de la mera fórmula del juicio sin palabras, una a modo de cimbra ideal o molde, o el vacío que llena una cosa, y que ilustra prodigiosos mundos del pensamiento, como cuando decimos "yo tengo la idea de eso, pero no sé expresarlo"; o como cuando el inventor adquiere el "presentimiento de una solución" sin poderla aún concretar en su precisa idea. Esta representación de la mera forma "proposicional" ha conquistado adeptos muy ilustres a la tesis del pensar sin palabras, es decir, del pensar por intuición directa de las significaciones, que hasta los místicos la adoptan para esclarecer lo que les ocurre en sus vi-

siones y comunicaciones celestiales, según dicen, por ejemplo, Santa Teresa de Jesús, la insigne española, y entre nosotros la extraordinaria Francisca Josefa Castillo y Guevara, monja asimismo.

Esto me conduce a proponer la tesis de conciencia-presencia en dos etapas de refinamiento psíquico.

Dilucidémoslas por aparte.

Que es una presencia de fundamento químico este juego maravilloso de la conciencia y la memoria nos lo confirman muchos hechos de la patología nerviosa, que no es sino nombrarlos para entender su valor probativo. Aduzco el de la anoxia, que a ocasiones ocurre en las anestésias quirúrgicas dilatadas o mal balanceadas, de que se sigue que intoxicado el neurocito ya no puede formar sus proteínas-mnésicas y el paciente se hunde en sueño o modorra invencible; lo característico de la psicosis de Korsakoff, en la que por excesos etílicos la neurona se halla a la postre definitivamente privada de sus naturales vitaminas y demás nutrientes y por lo tanto cae en amencia, irreversible a menudo. Ni es menos probatorio el caso de las carencias de hormonas para el temperamento y carácter, para la afectividad y el interés, que observamos en las deficiencias de estrógenos para el amor o de adrenalina para la agilidad o de tiroidina para el razonamiento, conforme en página anterior lo expuse con otro motivo, anotando ahora, para mejor esclarecimiento del asunto, que no todas las sustancias estimulantes o nutritivas se distribuyen por igual en el organismo, puesto que unas prefieren el cerebro, otras las glándulas de secreción interna, otras el hígado, o los "fane-ros", o la osamenta, según nos lo dicen el fósforo, el yodo, el arsénico, el calcio irradiantes, con célebres

incidentes como para el estroncio 90 y la talidomida, informándonos de que a veces una molécula exótica substituye a otra normal, un gene en el caso de la talidomida, un nucleótido probablemente, en el caso de las proteínas cerebrales alteradas con los tóxicos vegetales de la coca, los *strychnos*, *hyosciamus*, *papaver*, y nuestro *banisteriopsis*, o exultante y alucinógeno yagé. Quién sabe —pues no es bueno desenfrenar la imaginación a trochemoche en tan abstrusos temas— quién sabe, repito, si moléculas disímiles del organismo perturbado no adhieren a alguna cadena estereoquímica del ácido ribonucleico-mnésico y se coligan con él para engendrar representaciones cenestésicas insólitas, que no pudiendo armonizar en la constelación neurónica respectiva o *psicón* —como neológicamente dicen algunos autores— llevan al padeciente a desconocerse y concebirse como otra persona o como súcubo y huésped de otro sujeto, al trance de despersonalización que exponen y mucho discuten los psiquiatras.

Sea lo que fuere, con lo ya expuesto, no embarcante lo elemental aún de las nociones y prenociones aducidas, puede uno formular la tesis de la conciencia-presencia como sigue: en los animales inferiores, protozoarios, por ejemplo, la reacción al estímulo es químicamente representativa, pero no psíquicamente aún, por carencia de órgano especializado; en los superiores, que conceptuamos inteligentes, como el elefante, el perro, el zorro y los antropoides, ocurre conciencia de segundo grado, pues el animal reconoce que su presentación corresponde a una realidad, como el perro que a la vista de su amo y amigo *se da cuenta* de que tal es, con intensidad afectiva sorprendente. Mas no se da cuenta de que se da cuenta, no cae en la cuenta de su propia capacidad de conocer, en tanto que el

hombre, no solamente sabe que lo representativo corresponde a una realidad sino que tiene conciencia de ser consciente. Ha avanzado en el orden de la gnosia, del conocer, heterognosia, autognosia, mas no ya por presencia de una reacción química suscitada por el estímulo externo o interno sino por una representación verbal que dice: "esto es tal cosa", o "este soy yo". Sin dicha intervención del lenguaje esta conciencia de tercer grado, conciencia intelectual, es imposible, pues la que denominamos intuición inefable, intuición directa sin voces interpretativas, no es más que una representación del facsímil de la representación, uno a manera de molde de la oración gramatical: sujeto, predicado y cópula, que solo la evolución del lenguaje hablado adquiere para nosotros, y adquiere de suyo, a saber, como ineluctable proceso de ser su ser, de realizarse.

De la misma manera podemos definir brevísimamente las demás operaciones psíquicas, prosiguiendo este punto de vista de las presencias de reacción a interacciones, y así diré, recapitulando, que la sensación consiste en una modificación de las estructuras químicas y disposiciones físicas (eléctricas sobre todo), de la célula nerviosa bajo la acción de su estímulo, y que:

a)- Si esta modificación es perturbadora, como en la irritación o la presión excesiva, hay dolor, representación significativa de daño;

b)- Si es armónica con las estructuras y su normal funcionamiento, constituirá bienestar inconsciente o tenue euforia, como la buena salud;

c)- Si es además exaltante de esas funciones armónicas, biológica o psíquicamente apetecible, será placer, como en la alimentación, la reproducción o el buen éxito;

d)- Si aun más allá, esa exaltación es intensamente inusitada, puede llegarse al raptó o éxtasis, como en el amor sublime, la gloria, la elación mística o anagoge.

En todo caso, la conciencia de la sensación es meramente el estar ésta *presente* en acto directo o en su reproducción representativa.

La percepción: es esta misma modificación, cuya presencia es su conciencia, en cuanto se ordena en el cuadro que le corresponde entre otras presencias actuales o representativas de su constelación peculiar o *psicón*, es decir, el ajustarse a una significación conmensurándose con ella. Puede haber sensación consciente sin percepción de su significado, como en la alexia, la amusia y la agnosia, y desde luego existen centros funcionales distintos para cada una de ellas.

Reconocimiento: tan próximo a la percepción y ello no obstante, distinguible de ella, es la presencia consciente de la *relación* de esa significación en el cuadro de las otras significaciones, un ajuste de su significado según su ser funcional: me ocurre un sentir, advierto en qué consiste, sé a qué corresponde, es más o menos el proceso de sensación-percepción-reconocimiento.

Razón: un paso más en este proceso de intelectualización nos aporta el razonamiento, que es la presencia consciente de esos empalmes, de *relación* del reconocimiento para la armonía del conjunto: un ordena-

miento de sus valencias, una conmensuración de méritos, estructuración, en fin, ora sensibles, ora inteligibles, ora abstractos pero siempre vitalmente intencionados.

Afección: es la representación, presencia-conciencia, de un estado de atracción o de repulsión que acompaña a todo fenómeno vital, ideológico inclusive, y que denota la perturbación o la armonía que los cambios de su actuación producen en el organismo, y cuya expresión de pena o placer no es más que un hábito adquirido, o sea la emblemización psíquica de esos cambios útiles o dañinos.

Pasión: Tendencia perdurable, violenta a veces, hacia un afecto o una idea o un hábito, que domina la voluntad y la razón misma, acompañada de su correlativa imagen, imperiosa, monopolizante y consciente.

Sentimiento: Afecto suave, equilibrado y perdurable, sin tensión impulsiva, cuya permanencia satisface nuestras aspiraciones. Con referencia a nuestro espíritu, es un "estar en", como la pasión un "darse a", vicio o virtud.

Atención: Es una imposición íntima o voluntad decidida a permanecer contemplativamente en algo, sensación, sentimiento, discernimiento, idea o mera imagen, que los fisiólogos sitúan en la porción rostral del sistema reticular intratalámico. La atención es el *sine qua non* de la percepción. Sin embargo, se dice que percibimos —puesto que luego recordamos— inconscientemente, según datos de la hipnosis, y tanto que este conocimiento inconsciente modifica nuestra mentalidad y comportamiento. Con todo, percepción

solo hay cuando ese subconsciente se enfoca en la conciencia, se hace presencia. El interés y la afectividad fijan la atención aun más que la voluntad, pero esta, adiestrada, puede superar al interés y a la afectividad, como en el yoga y el misticismo. Su gasto de energía se advierte en la fatiga y hasta físico dolor que causa cuando es sobre modo intensa, como en los celos, la frustración, la expectativa angustiada, o el sumo anhelo, y esta intensidad nos la distingue de la reflexión, que contemplada a la ligera parece confundirse con la dicha atención continua, cuando de vero la una, atención, fija la actitud, y la otra, reflexión, escudriña el proceso, valorativa y no solo contemplativamente, con cierto quietismo en un caso y cierta actividad en el otro.

Intuición: Proceso mental muy enaltecido en ciertas filosofías modernas y aun tenido por el *sésamo ábrete* del maravilloso mundo de la psique y los misterios mismos de la arcanidad. Hermana gemela de la inspiración artística y de la invención técnica, es como una luz repentina del entendimiento, o instantánea aprehensión de las soluciones anheladas. Ocurre lo más a menudo cual una revelación con caracteres de alegría, certidumbre y aun sorpresa, debido a largo proceso de elaboración consciente-subconsciente. Pero asimismo se dan intuiciones instantáneas como de adivinación, que no han tenido elaboración previa, voces, por ejemplo, que nos abren nuevas provincias del querer o del conocer, otrora imprevisibles. Con todo, dudo mucho del énfasis bergsoniano que la exalta por sobre la inteligencia y la supone entrañada en las cosas mismas. A la elemental introspección o humilde sindéresis, es una representación del cambio ocurrido en la estructura molecular del ácido desoxirribonucleico bajo el estímulo de algo externo que llega al neurocito

aportando nueva orientación funcional a sus elementos de trabajo, ora algún informe de la percepción, ora alguna sustancia química, ora, en fin, el surgimiento de algún recurso catalítico auxiliar, con lo que se produce mutación en dichos genes, parigual de las que con decisivos antecedentes en las "variaciones espontáneas" de Carlos Darwin y las experimentales hibridaciones de Gregorio Mendel, Hugo de Vries descubrió en la filogenia de los vegetales y ahora tanto nos inquietan en la conducta de los hongos, las bacterias y los virus. Dicho cambio estructural en alguno de los eslabones atómicos de la molécula desoxirribonucleica suscitará diferentes nucleínas enzimáticas y morfogenéticas componentes de una disposición representativa del estimulante que la determinó, y cuya presencia-conciencia, emblema suyo, es lo que denominamos imagen, idea o concepto, y que en su hacimiento o surgimiento sigue las normas de la hipotética o efectiva —luego lo estudiaré— asociación de ideas. El hecho incontrovertible de que altísimo porcentaje de dichas intuiciones resulte equivocado nos testimonia que no hay tal idiosincrasia suya de elaborar soluciones dentro del ser mismo de su comprensión, del sujeto que intentan entender, sino que son resultante más rápida y atractiva del proceso normal de la inteligencia. Para Bergson sería pues una manera de conocer distinta del entendimiento científico, sin caer en la cuenta de que él mismo, con ser tan hábil pensador, al fin y al cabo no intuyó nada incontrovertible y perenne, sino elegantes y sutiles hipótesis.

Para otros, en sentido cartesiano, sería sentimiento de evidencia que proviene del acuerdo del pensamiento (?) consigo mismo, lo que aplicado a la mente de un salvaje, argüiría yo, nos llevaría al absurdo.

Algunos más caviladores aun, distinguen entre intuición racional e intuición intelectual, asignando a aquella el acto de ver la relación de los significados, y a esta el de ver verdades íntimas supremas, conocer, no realidades que aportan los sentidos sino realidades del "espíritu". Quienes, como Schelling, llegan hasta decir que aislándonos absolutamente de lo sensible —*Dieu merci*, exclamaría un francés— podemos ver en nuestra alma la eternidad.

Todo esto anda un poco engrapado con las teorías del pensamiento sin imágenes, de que ciertos autores aducen como ejemplo la duda, la certidumbre etc., calificándolas de actividades específicas del pensamiento, sin sacarnos muy airoosamente de la indefinición de lo que llaman pensamiento. La ilustre escuela de Würzburg (o Wurzburg), ha creído llegar a la conclusión de que el juicio y el razonamiento no son conclusiones de procesos asociativos de imágenes (digamos representaciones, para ampliar el concepto), sino "esencial" virtud del pensamiento. ¡Otra vez el pensamiento!

Muchas de estas ideas sin imágenes apenas son lo que, un tanto abusivamente, pudiéramos llamar "presentimientos conceptuales", prenuncios informes aún de la noción, como acaece con frecuencia a los inventores, en quienes podemos discernir tres etapas de elaboración mental, a saber: algún "entrenamiento" o hábito mental previo; una elaboración subconsciente, como cuando ocurre en el sueño o después de algún reposo; y una síntesis, es decir, un ajuste de relaciones, mediante algún excitante revelador (*declanchement*, en francés), a modo de aporte de la justa relación mental... y naturalmente don de genio especial o general, es decir, capacidad sui géneris del entendimiento individual. A pesar de todo esto, yo tímidamente diría que

la intuición es el repentino descubrimiento de una relación, que puede ser, o fáctica, es decir, de hechos, o ideológica, es decir, de conocimientos, o afectiva, es decir, de sentimientos, inefables a menudo.

Carácter y personalidad: Las células forman tejidos; los tejidos, órganos; el organismo, constitución; la constitución, temperamento, y este, en cuanto educado, constituye el carácter. Tal conjunto se revela fisiológicamente como idiosincrasia, moralmente como índole, y sirve de fundamento a la personalidad, en cuya integración interviene la cultura, dicho sea pensando un poco en la definición de persona que trae el insigne Boecio: *substantia individua rationalis naturae*, más ingeniosa que exacta hoy día.

Juicio: Juzgamos con lo que somos y hemos sido, con lo que tenemos o lo que nos falta, con las normas y costumbres de nuestra comunidad, las peripecias de la historia y la ocurrencia incidental del momento, con el saber de nuestra cultura y el temperamento de nuestra constitución, con el aliciente del triunfo o el presentimiento de la derrota, con la agilidad de nuestra mente o el breve alcance de su torpeza, con el clima circundante y el proceso digestivo, con la euforia del descanso o la fatiga del esfuerzo, con la música que aplace o el ruido que exaspera, con el sosiego que predispone o una mosca que importuna... y hasta por el mérito en sí de la cosa sometida a juzgamiento. Sin que nada de esta retahíla nos informe que el vocablo "juicio" signifique una misma idea, pues diferencia hay y extremísima en lo que sugiere el decir muela del juicio, hombre juicioso, estar en su juicio, en tela de juicio, abrir un juicio, juicio de París, juicio de Juana de Arco, acto del entendimiento que precia un valor, capacidad de apreciar los seres, las cosas, y las

cualidades y los hechos, juicio instintivo de atracción o repulsión espontánea, juicio afectivo de preferencia o repulsa irrazonables, juicio de creencia, por libre adopción, lógica intelectual o intelectualística, en fin, que abarca docenas de diferentes hipótesis acerca de como actúa el pensamiento en sus modos de discernir la realidad y las ideas. Lógica pues de varia índole, psicología, filosofía, jurisprudencia, moral y gramática más o menos discrepantes que trascienden el propósito de este mero esquema conceptual, y así, me circunscribiré a decir del juicio en cuanto fase del pensamiento, sin inmiscuirme en cualidades o modalidades suyas, como las de problemáticos, asertorios o apodícticos, etc., ni menos aun en sutilezas tales como los juicios sintéticos a priori de Kant, o en su estimación como virtud esencial del pensamiento que mantiene la escuela Würzburgo.

En este sentido y dentro de mi tesis psicológica diré que juicio es la representación de una relación entre algo que gramaticalmente denominamos sujeto y algo que gramaticalmente denominamos predicado. Mas como en nosotros esos algos no existen en su calidad de entidades sino de representaciones, la fórmula puede traducirse por la representación de una relación entre dos conceptos, de los cuales el uno hace de sujeto y el otro de predicado. En otros términos: representación de una relación entre dos representaciones conceptuales. Y puesto que esa relación puede ser de lo que el sujeto es o hace o de aquello a que corresponde, el juicio entonces puede definirse como una relación de especie a género: "Soy" equivale a "yo soy viviente", "el hombre piensa", a "el hombre corresponde a los seres pensantes", en que el verbo denota la circunstancia y el modo: yo estoy pensando, yo pensé, yo habré de pensar.

Ahora bien, como en mi tesis de que el yo es el individuo y su tarea, y como los individuos, los noventa y dos átomos de la escala de Mendeleef o ciento y tantos de la físico-química contemporánea, otra cosa no son que modalidades de la energía: un electrón, energía eléctrica, puede convertirse en dos fotones de energía lumínica, y un protón emitir un neutrón y este un cuanto de mera vibración gamma... simetrías matemáticas, dice el físico Heisenberg... pues entonces, individuo y tarea son una misma cosa, lo que es decir que el sujeto es una tarea que corresponde a la especie de tareas del predicado, el juicio expresa verbalmente esto en lo que se denomina en gramática una oración y filosóficamente una proposición, en tanto que la llamada facultad o virtud intelectual que se dice juicio también, es solo ese juego de representaciones psíquicas. Por lo tanto, uno no puede eludir el contemplar el juicio lógico como definición, y distinguirlo de la opinión en cuanto él constituye tarea del entendimiento, que si bien, conforme con todo lo psíquico se acompaña de cierta afectividad e implica un buen porqué conativo de estirpe volitiva, su meollo y razón de ser se confunde con la función de conocer, en tanto que sus hermanas menores, la creencia, verbigracia, no es inicialmente un convencimiento sino adopción sentimental, persuasión sin motivación *ex intellectu*, más ligado al querer que al entender, y la opinión una adhesión del ánimo o convencimiento de la razón por simpatía, interés o preferible probabilidad interpretativa. Es asunto pues de prelaciones, que para el juicio la certidumbre racional se tiñe de afecto y conato; para la creencia la fe se avigora con voluntad y razones plausibles, y para la opinión, en fin, la afiliación de simpatía o conveniencia se aúna a cierta preferencia mental por los argumentos que apoyan su validez, sin entrar por el momento en la valuación, muy pertinente sin du-

da, del don místico de la gracia, ni de la especificidad de "lo santo" como fundamento religioso, ni del fenómeno irreplicable y un tanto étnico, de la "gana", del "porque sí", del "yo mando en mis gustos", tan socorrido de australianos e iberoamericanos, si no yerra mi informe.

Y sin presumir tampoco de refutar ni menos confutar consagradas teorías de eminentísimos pensadores de ayer y de hoy. Mas ello es que cuando me replanteo a solas el entimema cartesiano "pienso, luego existo", o como lo decía San Agustín: "si pienso es porque existo", axiomático en su hora, me pregunto si hoy día podrá alguien entender con plena certidumbre, así apodícticamente, como ellos, ese juicio, y explicarnos qué es el *yo* ni qué es un *pensamiento*. Asimismo quisiera verle la cara a Nietzsche ante un tablero en que se pusiesen de un lado los diez ceros en años de edad que durará el mundo y del otro once mil que se requerirían para que se cumpliera su "retorno eterno". Es que los juicios de certitud absoluta no existen en nuestro comercio mental con la realidad, sino circunstancialmente válidos, o sea, según las nociones con que fueron elaborados, la química de los presocráticos por ejemplo, para quienes cuatro elementos componían el cosmos, o el antropomorfismo de la divinidad en las viejas culturas. Fuera de que muchos conceptos básicos, como las categorías kantianas, sean ahora insostenibles. ¿Cómo, verbigracia, aplicar a la psicología animal y su conciencia el encuadramiento categorial estéreoocrónico o espacio-temporal, que él presupone al entendimiento sensorial, ni cómo concebir hogaño a su manera las categorías de unidad, realidad o causalidad, ni tales categorías en sí o sea, "últimos conceptos de la suprema forma de pensar"?

Abona esta alegación epistemológica la célebre sentencia de San Agustín, uno de los intelectos más sagaces del mundo, sobre que la verdad habita en el corazón del hombre: *in interiore homine habitat veritas*, así repitiendo la respectiva enseñanza del Apóstol Pablo, sin recordar que toda su vida fue un piélago de tremendas vacilaciones —hombre angustiado si los hubo, y modernísimo por ende—. Porque la frase no corresponde al pensamiento de Protágoras acerca de que el hombre es la medida de todas las cosas, indiscutible en cuanto que siendo el mensurador de ellas, su ser y su modo de ser se constituyen en el único patrón de medida, muy otra cosa de suponer que con mirar hacia adentro descubriremos la verdad de nuestro ser y nuestro destino, cuando a él le constaba entrañablemente que vivía y moriría inquiriendo, otra cosa en el caso del genial judío, en cuyo corazón, reverbero de fe, sí moraba la verdad de esa fe, incommovible.

¿Inútil incertidumbre acaso? Nunca tal se diga: ellos, nuestros eximios timoneles de la cultura, lograron, entre muchos portentos, el indefectible de construir en su hora y su empeño, un puente de avance, sin el cual no habría ocurrido proceso posible del saber en sí ni de la misma mente humana, que con ese saber misteriosamente se confunde.

Con lo cual, dicho así perfunctoriamente, me encuentro ante la cumbre de las dificultades psicológicas y mayorazgo de las éticas, conviene a saber, el quid de la voluntad, de que religiosos, moralistas, jurisperitos y filósofos de todas las edades, calañas y regiones acaloradamente disputan.

Voluntad: He aquí una voz que se nos ha tornado "multifacética", o "miltiacepcional" —que de ambas

maneras se entiende aunque entrambas sean neológicas y discutibles— con tan profusa gama de significaciones cuantas son las escuelas y aun los escolarcas que de ellas discuten, desde mero fenómeno de la afectividad y la apetencia hasta demiurgo de la realidad y eón del espíritu, desde la “representación que tenemos del movimiento que vamos a ejecutar”, de Herbert Spencer, en que entra un juicio previo decisorio, según Teódulo Ribot y Pierre Janet, con un sentimiento también de actividad, en opinión de Wilhelm Wundt, unos y otros desarrollando a su modo la tesis de Baruc Spinoza y John Locke que vieron en ella solamente un proceso de determinación y en las voliciones suyas meros actos en que esa determinación concluye, de una parte, y sin abusar de inagotables citas, hasta las enlabiadoras hipótesis de los voluntaristas, que con San Agustín, Duns Escoto y Manuel Kant prefieren la voluntad al entendimiento, con Federico Nietzsche le encomiendan la revaluación del hombre y con Arturo Schopenhauer la definen esencia del mundo y de la humanidad, y aun ente aparte, en su radical “panthelismo”. Todo ello pretermitiendo el laberinto de su consideración como “facultad” libre del alma y “soporte espiritual” del libre albedrío, de los filósofos cristianos, sumamente rica en el orden social y en el basamento religioso de la salvación imperecible, ni en los meandros del otro laberinto de los deterministas laplacenos, del polo opuesto conceptual suyo. Las discrepancias conceptuales son enormes, y temeraria la mente que pretenda sintetizarlas en un resumen, pues que tendría que considerar desde los datos fisiológicos experimentales de que el asunto de su impulso está en la parte superior del tallo cerebral —región del yo más arcaico— y el control en la parte superior e inferior (según los casos), de la circunvolución sensorial postrolándica, hechos físicos, al lado de las lucubraciones

que la consideran nada menos que influjo de la divinidad en los destinos del hombre, y hasta proyección suya.

De mío, yo tímidamente diría que la voluntad es la representación de una tensión a actuar mediante decisión electiva, acompañamiento afectivo y propósito atinente. O sea, en menos palabras, la representación consciente de nuestras determinaciones. Fisiológicamente: tensión a; psicológicamente: propósito... más sucintamente aun.

Reiterando un poco para mejor perspectiva de este magno asunto, conviene preguntarse si la voluntad es resultado de procesos sensori-ideológicos o ella de suyo es determinante de tales procesos, o sea, si es acontecer mental primario o secundario. ¿Es, pues, la conciencia (presencia) de un propósito; o es la imagen de una tensión a realizar algo? Porque para unos, según Santo Tomás, es “decisión natural del alma por el bien preferible”, es decir, un ordenamiento de la razón; o bien, conforme la expone el pedagogo y psicólogo Claparede: “proceso que conduce a decidirse por la mejor de dos incitaciones”. Para otros es subsiguiente a la tendencia natural de la vida a actuar y que lógicamente compromete toda la personalidad. En otros términos, es decisión hacia alguna finalidad, ora interpretativa, ora activa, ora, en fin, imperativa, y aun inhibiente. Encarna el ser algo para la existencia, y no solo para el bien moral, como dicen los escolásticos. Dividirla en deliberación (actitud del razonamiento), decisión (acto del juicio) y ejecución (acto de la finalidad) es embrollar funciones, pues ella es solo tensión a ser, tensión a que algo sea o no sea. Los afectos y sentimientos, hábitos y aun instintos que la acompañan no deben tampoco confundirse con ella,

aunque la determinen o esfuercen. En resumen: voluntad es tensión consciente a... es la presencia de un estado de tensión a actuar de cierto modo, afectiva, intelectual u operativamente.

Representación psíquica de relaciones y determinaciones es muy fácil de decir, mas ¿qué es en realidad, cuanto entidad perceptible, como algo que actúa, esa representación? ¿En qué se parece a un pensamiento sin imágenes, de que hablan los psicólogos? Sin imágenes presentes o precedentes no hay pensar, como sin sensaciones previas no hay imaginación posible. Ocurre, empero, que en el decurso de los procesos psíquicos los elementos causativos se transforman y aun desaparecen, con ello confundiéndonos o "encalamándonos" irremisiblemente: Negar, por ejemplo, que tengamos la imagen motora de nuestros pasos porque andemos sin evocarla, con espontaneidad que parece revelarnos que no existe, es negar la influencia de las imágenes en el pensar porque ya se hicieron indiscernibles, labor mental espontánea inconsciente. Así como negar una representación porque ya no es facsímil, nos llevaría a desconocer las fuentes mismas del símbolo. Cuando en telegrafía escribimos la letra a (.—) no pensamos, si somos ya peritos en ese arte, que es un punto y una raya, sino que oímos punto y raya, pero percibimos la letra a, y cuando, ampliando este análisis, escribimos ana (.— —. —) no pensamos que es a+n+a, sino el nombre completo, no recordado en sus elementos ni aun en su imagen, sino como una disposición significativa de suyo, o sea un nombre propio. Y cuando, tenemos este nombre, automáticamente recordamos a esta o aquella persona que así se llama, ora sea de nuestro inmediato conocimiento, o de personaje histórico o ficticio, y con ello experimentamos todo el haber cognoscitivo, afectivo y conativo que acompa-

ña a ese símbolo Ana, sin necesidad de recorrer otra vez las vivencias que lo engendraron con sus componentes satélites. Proceso vivo, además, puesto que si la experiencia se modifica, la imagen Ana podrá acompañarse de otros estados cognoscitivos, afectivos y conativos diferentes, contrarios aun, o punto menos que insignificantes a veces.

Aquella imagen de una persona Ana, podrá pues ser evocada con su aspecto, ídolo o similitud directamente, como cuando se la tiene presente, o ser evocada con la grafía *ana* de nuestro alfabeto, o los sonidos .— —. — de la simbolización telegráfica de Morse. Asimismo, una impresión química y disposición física concomitante ocurrida en nuestro sistema nervioso, en el neurocito propiamente, se nos revelará, no como alteración molecular o variante eléctrica sino cual la imagen que tales cambios produjo. Mas no uniformemente, ya que poseemos dos órdenes de imágenes, las fijas, estantes, por así decirlo, que la memoria reproduce siempre como son, la hipnosis las suscita y la excitación eléctrica cerebral las hace renacer, quietismo notorio en nuestra ideación vigilante, y otras imágenes que la fantasía, como en los ensueños, fabrica con los elementos de la memoria, los caracteres de la afectividad y la cenestesia en ese instante activas, y tan indetenibles como fuente movediza, como inventivamente lógicas en su acaecer, así prenunciando una explicación de la creación artística que tanto embrolla a los psicólogos. Lógica "vivencial" más que racional, en que los recuerdos próximos se entrelazan con los antiguos más impresionantes, los estados fisiológicos agradables o desagradables con los anhelos o repulsiones vehementes de remotas frustraciones o complacencias, el todo hilvanado en un módulo de acaecer simbólico, de manera tal que las imágenes se deforman o va-

rían de acuerdo con el ánimo prevaleciente. Lo que explico a espacio y reitero por demostrar que acorde con la asociación lógica de imágenes cursa en la psique una asociación de situaciones afectivas, y que de esa trabazón de fenómenos va engendrándose una creación racional o una ficción artística en que la lógica prevalece, al lado de una ficción y a veces creación onírica en que la sensibilidad rige. Cuántas veces en el trabajo "vígil", digámoslo así a la latina, reconocemos que el proceso mental se nos está tornando fantasmagórico, y en el hipnótico reconocemos que estamos soñando.

Todo lo cual manifiesto y dilucidado para encauzarme en el asbtruso tema de la voluntad libre, y con este, en seguida, desembocar en la suprema cuestión de las ideas, que sin estos preámbulos no se entenderían provechosamente. A lo cual nos ayuda sobre modo la tesis de que los fenómenos inefables e inimaginables en cuanto forma espacial —*eídoolon, imago o figura*— como la duda, la certidumbre, que los psicólogos aducen, sí son representables, ni más ni menos que las relaciones no figurativas que unen los conceptos y el juicio hacen posible. De seguro, en el pensar nada se entendería si no aceptamos que las relaciones tienen alguna representación, una prefiguración o molde apenas de lo en que consiste el todo con referencia a sus partes, el antecedente con el consiguiente, la similitud con la diferencia, la apetencia con la repugnancia, la correspondencia con la alienidad o extrañez... Sin embargo, con decir prefiguración o molde poco se gana en lucidez definidora si no se ejemplifica el proceso, y en consecuencia recuerdo que atrás expuse la decisiva intervención del lenguaje hablado para el esclarecimiento de los substantivos abstractos, como virtud, esbeltez, albura, que sin el auxilio de la voz serían inconcebibles, para los cuales no existe molde

prefigurativo, en tanto que al decir "movimiento" repasamos en algo así como un escorzo mental los móviles o seres que se mueven, para luego, desechando la imagen del sujeto que ejecuta el movimiento solo contemplar este en su pura acción, como un molde imaginario de la movilidad. O, invirtiendo la situación considerada, ver mentalmente la quietud, y entender que se la puede concebir, como su contraparte la actividad, cual forma de lo informe, una intuición de lo abstracto, a la que, por falta de término más preciso, yo designaría esquemas ideales.

Ahora bien, regresando al escrutinio ideológico de la voluntad, que asuso definí como la representación consciente de nuestras determinaciones, es indeclinable discutir la "fortuitud" o casualidad de su ocurrencia, o su consecuencialidad, o su espontaneidad libre.

El fenómeno es sobre toda ponderación complejo en sus causas, abstruso en su estructura y peligroso en las posibles aplicaciones de su exégesis. Queremos, como del pensar dije antes, con todo nuestro ser y todo el haber sido de nuestras vivencias, con el legado instintivo de nuestra filogénesis y el histórico de nuestra estirpe, con la circunstancia fisiológica de nuestro organismo y la peripecia dominante de nuestro ambiente, con la cultura y la costumbre de nuestros conciudadanos, con el azar de lo imprevisible y la ilusión de lo apetecido, y así como de un conjunto heterogéneo, conforme expuse en página anterior, surge una esencia individuante —"entetizante" dije entonces— también así de este maremagno de motivaciones resulta una determinación predominante, imperativa a veces, suatoria apenas otras veces, y hasta vacilante aun en su tenue conatividad. El conceptuársela a menudo libre

y hasta heroicamente autárquica, consiste en que alguna o algunas de sus motivaciones sean o meramente ideales, como en conceptos y creencias, o tan entrañados en nuestro ser que actúan inconscientemente. Esto ha sido asemejado al paralelogramo de las fuerzas y airadamente combatido con argumentos de autoridad y de conciencia muy respetables sin duda, mas ello es que no se ha computado suficientemente la aportación de nuestra peculiaridad, de nuestro modo de ser que nos individua y cuya índole añade esa indeterminación y sentimiento de libertad que distingue nuestros actos. Ese ser aparte y distintos que somos, tan compenetrado con nuestros gustos y preferencias, nos da la impresión de ser libres en el escogimiento de nuestros actos. Y el que a ocasiones prefiramos por razones más cautivadoras que esos gustos algo que a ellos contradice, no invalida el argumento sino que implica que valoramos lo preferido superior a nuestro gusto: una superación de valores absolutamente fáctica como la predefinida en mi enunciativo resumen.

Libertad es pues la virtud de nuestra índole en la elección de nuestras determinaciones, cuanto al problema psicológico corresponde, que en cuanto a la libertad moral, legal y consensual, o permisibilidad, es negocio que no entra en mi actual estudio, así sea, como exquisitamente lo es, superlativo. Ello no obstante, urge desde ahora precisar que esta vinculación del libre albedrío a la índole del actuante enaltece prodigiosamente la personalidad. Y por lo que respecta al radio de su valencia, basta recordar que la disimilitud de nuestras índoles humanas es cuasi infinita, del orden al menos, de los mil billones (castellanos), según el cálculo de las probabilidades para la composición química de nuestro sistema nervioso, conjugando solo cuatro aminoácidos del código genético, como en otro

aparte expuse, y digo "cuasi" infinita porque la humanidad no alcanzará nunca esta cifra en todo cuanto ha tenido de existencia real y aún tiene de existencia posible.

El yo y la personalidad: Discurriendo un poco más, tendríamos que admitir que los animales asimismo poseen índole individual y aun determinación consciente, aun deliberado propósito a veces, con lo cual establecido se invalidaría la adscripción de la libertad a dichas deliberación, determinación e índole, anulando así la validez del anterior discurso. Con todo, es solo materia de un leve esfuerzo más analítico, y precisar, como en página anterior lo expuse, que en el hombre no solo se da la conciencia del acontecer, sensación y reacción, sino la conciencia de ser consciente, lo que añadido a sus dos otras adquisiciones evolutivas en esta órbita de la mentalidad, conviene a saber: la abstracción con que lo enriquece el lenguaje hablado, y la simbolización matemática a que le condujo la lógica de los números, entenderemos que su índole es prodigiosamente más rica en indeterminación y recursos de deliberación que ningún otro ser de la naturaleza, y por ende más individuado que todos los que en ella le acompañan.

Y justamente, de ser así, consciente de su conciencia, le viene el ser sujeto de deberes y derechos, como de ser sujeto asimismo consciente de propósitos deliberados le corresponde el título de persona con que esos derechos y deberes le obligan moral y socialmente. Tales conceptos de individualidad y personalidad han dado ocasión a milenarias, prolijas y muy sutiles controversias, deleitosas sin duda como ejercicio mental, pero asaz imaginativas para ser epistemológicamente confiables: Acogiéndonos a la sencilla concate-

nación de los hechos, podríamos más humildemente desovillar un poco tan entramada urdimbre con solo advertir el proceso evolutivo que va de los protozoos de estructura indiferenciada aún, a los metazoarios de aglomeración colonial apenas, como los coralígenos o madréporas; somáticamente asociados, como en la *Taenia solium*, *Taenia seginata* etc., por tenue fibra nerviosa que no empece la autonomía de los segmentos desprendibles o progiótides; individuados por sistema nervioso ganglionar y armónicamente ramificado, como en las planarias, que mencioné en otro capítulo, aunque todavía susceptibles de fragmentación con reconstrucción de todo el organismo en cada mitad seccionada, cabeza y ganglio rector inclusos; o, en fin, en perfecta individuación, como en los ingeniosos insectos. A este proceso de individuación concurre el paralelo fenómeno de que los miembros no bien conglomerados aún o meras porciones somáticas inicialmente indiferenciadas, se constituyen en órganos de función específica, primero boca, luego esófago, estómago, tubo digestivo, hígado, páncreas, órganos de reproducción o respiratorios, aletas, alas, brazos y piernas, manos, en fin, con miríadas de glandulillas en conjunto armónico, que intercambian sus tareas, sus secreciones, contrasecreciones y enzimáticos estímulos, regidos por la acción catalítica organógena de los genes, e integrados en un común destino por el sistema nervioso, conforme lo enuncié en el primer capítulo.

¿Qué recóndita misión rige este dilatado clímax de la individuación biológica? Se ha mantenido que la caudalosa proliferación de los animales inferiores tiene por finalidad el conservar las respectivas especies y a fe que lo consiguen por ese efugio de las mil y mil calamidades que las persiguen, incluyendo la brevedad de su existencia. Yo no me atrevería a sostener este

punto de vista: lo que resplandece evidente desde un primer análisis es que no la especie pero la vida, es lo que con tal empeño y sacrificios tales se consigue. El individuo casi no cuenta sino como transportador de ella, pues nos basta con mirar una hembra de insecto o un anillo de anélido para informarnos de que solo son un saco de óvulos, que su individuación es un artilugio para que la vida continúe, así protegida por la multiplicidad y la dispersión; y comoquiera que unas especies viven de otras en serie de progresiva habilidad, bien se deduce que lo protegido es la vida a través de la especie y de sus fugaces individuaciones.

De donde se sigue lógicamente que la individualidad es transeúnte recurso protector de la vida.

Mas no meramente intermediario. Porque si el individuo es la caseta abrigadora de la vida hasta el límite de la especie humana, en esta adquiere sutilísima función de entendimiento, autognosia, conciencia reflexiva, abstracción ideal, que la constituye persona, le amplía la función reproductiva con la muy más insigne de interpretativa y consciente.

El individuo deja de estar inmerso en la especie para imbuirse en el espíritu; su personalidad es espiritualización mancomunada con la historia y la cultura.

Mas no una espiritualización de la mera individualidad, efímera a pesar de tamaño poderío, sino del cosmos en que vive. Las adquisiciones de la cultura van dejando de ser individuales para tornarse comunitarias, en forma que aún no hemos advertido bien: la memoria de los conocimientos, verbigracia, suficien-

te en los períodos tribuales y aun el clásico, acogiose a los libros, y hogaño las bibliotecas son la memoria —no empee si extra somática— de la humanidad; y las actuales maravillas de la cibernética ni más ni menos son que la virtud humana del cálculo que no cabe en el individuo y se tornó social en las computadoras; como los microscopios electrónicos y los radiotelescopios y los *láser* y los *máser* etc., otra cosa no son que los viejos cinco sentidos del hombre individual. Socialmente extraversos: sentidos sociales ahora.

¿A qué bueno, entonces?

Tan agobiante empresa de millones de siglos, y tan oscura génesis, ¿tiene algún propósito? Porque, al fin y al cabo, las sociedades son también efímeras, y efímera en proyección cósmica es, *stricto sensu*, la humanidad.

Sino que en este altísimo peldaño de mi pesquisa es ineludible enlazar el concepto individuación biológica con el más genérico de la individuación de la materia inorgánica, para así armonizados poder lucubrar sobre una tesis unívoca. Lo primero, pues, será decir que la índole de cualquier cuerpo, desde el átomo hasta el cosmos, lo que lo individua ente aparte, no es sino el aspecto funcional de su comportamiento, como la esencia suya es el aspecto ontológico de esa índole, que una y otra son manifestación, conceptual o real, de su estructura, que esta es la ordenación de meras posiciones elementales, y que dicha posición surge del número, pues la unidad absoluta no la tiene, ni el espacio existe sin la multiplicidad ni el tiempo sin la relatividad de acción de varios móviles: todo se refiere en última instancia a ese factor, el número, sin el cual la existencia resultaría imposible de imaginar,

porque el existir es actuar afuera y ese afuera es otro, *alterius*, número dos. De la presencia del dos se regresa al uno, y el uno abstracto es la unidad, pero no a la inversa, es decir, que de la unidad abstracta, absoluta, pueda concebirse el dos. Lo que individua pues es la existencia y su esencia no es sino su modo de existir, su índole en cuanto ser actuante. ¿Significa esto que el ser único, la unidad absoluta, y el ser simple, el ser ideal o espiritual, carecen de esencia? Ello, difícil. Dentro de mi tesis de que el yo se compone del individuo y su tarea, me es inconcebible ninguna entidad que no se manifieste, es decir, que no actúe fuera de sí, y por tanto, la definición de que la esencia de Dios es su existir me parece mera astucia de diccionario: yo conceptuaría más lógica la hipótesis de que el universo es la tarea de la divinidad, y por ende que dicho universo, si bien no es necesario en sí mismo, puesto que es cosa mudable de suyo y probablemente perecedera, sí lo es en el ser de la divinidad. De ahí que una serie sucesiva de cosmos no repugne a mi entendimiento, ya que la brevedad del que conocemos no cumple con el supuesto conceptual de la eternidad de su creador, es decir, que una exigencia permanente no se satisface con una realización efímera.

En el caso de los seres ideales o particularmente espirituales la solución es más accesible, habida cuenta que los abstractos, por ejemplo virtud, prudencia, justicia, esfericidad, longitud... son meramente significativos y su esencia, como su índole, como su individuación se cumplen en su tarea de significar; en tanto que los seres espirituales, simples por definición, son de suyo tarea, función de amar en los celestes y función de animar en los terrenales, ateniéndome, dicho sea muy enfáticamente, a la terminología usual de

las filosofías y religiones de nuestra cultura occidental vigente. Lo mismo tengo que anotar de las voces que uso por imposición del ambiente, como dios, alma, espíritu, mentalidad, conciencia y un sin fin de similares, que yo entiendo muy diversamente, pero que no puedo prescindir de expresar en el sentido consuetudinario a trueque de ser inteligible. Ya me ocuparé en dilucidar la significación que para mí tienen, en cuanto sea ello oportuno a mi tesis.

Y ahora sí, regresando al punto de partida de esta digresión, y engoznando opiniones difusamente ya expuestas, querría substanciar lo atinente a la individuación en los "reinos" inorgánico, biológico y hominal, diciendo que es el imperativo de la existencia, individuado para poder subsistir, pero que la personalidad añade a la individualidad la función de reconocerse actuante.

¿Reconocerse en qué sentido?

En muchos desde luego, ya que persona se predica del individuo dotado de inteligencia, en primer término, y del individuo asociado que goza de la plenitud jurídica de derechos y deberes, en el segundo y más importante en el mundo. Hay empero una superación de estas calificaciones en que se nos aparece claramente definida la espiritualidad, y es aquella virtud que el hombre tiene de entender más allá de lo que necesita para existir, o sea la individualización, y más allá, de saberse sujeto social responsable, o sea la personalidad inteligente, la espiritualización cuanto a su ser individualmente considerado. Mas comoquiera que el hombre expande su entidad a más remotos menesteres que los de su existencia individua, la dicha espiritualización cobra alcance nuevo. Efectivamente, el

proceso de instrumentación en que se basa el devenir constante de la cultura es una dilatación del yo más allá de lo que le limita su organismo natural, o sea del alcance de sus sentidos, sus brazos y sus piernas, con lo cual pudo subsistir hasta cierto período de su evolución. Mas ello es que hoy puede "caminar" hasta los confines del orbe terráqueo y aun de los planetas aborables, con mayor facilidad y en menor tiempo que inicialmente pudo recorrer el breve circuito de su coto de caza el tataradeudo Cromagnón; que ahora puede "golpear" con su puño devenido cohete, a diez mil kilómetros de distancia, o rastrear el fondo de los mares a doce mil metros de abismo, transformados sus miembros de natación en un batíscafo; curiosar con sus nuevos ojos telescópicos lo que ocurrió en "quasares" e huidizas galaxias que distaban de nuestra domiciliar vía láctea miles de millones de años luz, o escuchar con nuestro recién estrenado oído radiotelescópico la confusa vibración de los iones que estaban surgiendo en los confines del cosmos antes de nacer nuestro minúsculo sistema solar; y nuestra mente, en fin, anda chismorreando acerca de los dioses y husmeando sus dominios con los tentáculos de la matemática, que ya no cuenta en los dedos de la mano sino con logaritmos, letras simbólicas de la cuantía abstracta, signo de infinitud inclusive. Y en todo ello en concatenación que por su tenue eslabonamiento se nos oculta a menudo, cual se evidencia en la historia de la química, o físico-química, según conviene hogaño decir, que partiendo de los sentidos más humildes y molecularmente ceñidos al cuerpo, como son los del olfato-gusto, para ser más precisos, que inician el análisis de las sustancias advirtiéndonos su cualidad de sales, de azúcares, de amargas, de estípticas o de aromáticas, en fin, cuyas especies, grados y matices de olor tan prodigiosamente enriquecen la sapidez y contribuyen

a distinguir las alimenticias de las tóxicas, en que con mucho nos ganan los animales. Con la cocina comienza luego la agilitación instrumental, humectación y solución, la desecación y torrefacción, la ahumación y el salamiento, la trituración y molienda, la maceración, fermentación, la decantación, filtración, ebullición e innumerables mixturas que bien aquilatan las materias nutrientes, bien las aliñan y adoban o aderezan salutíferas. Un paso más, y de la cocina va surgiendo la magia con sus mil infundios que poco a poco conducen a la alquimia, aún embaucante y mixtifieri, pero de muchos modos fecunda en hallazgos felices, como la destilación, la fundición y las aleaciones, fruto de la imaginación babilónica y egipcia, que desde el insigne Synesius hasta el revolucionario Paracelso dominó la cultura alejandrina-arábica-europea. Cuatro siglos después su heredera la química, ya no solo descubre los elementos primordiales de las sustancias que estudia, sino que logra transmutar unos en otros, engendrar nuevas combinaciones sintéticas y colocar la mente humana a la linde del misterio espiritual del mundo. No es sino revistar imaginativamente lo que va del fogonzuelo del troglodita en que soasaba bellotas, o el tosco alambique de los destiladores medioevales al portento de las ultracentrifugadoras, ultrafiltros, colorímetros, espectroscopios, electromicroscopia, isotopismo radiante, cataforesis y demás brujerías que nos permiten ahora seguir la ruta de un electrón y medir una vibración gamma de siete centésimas de angstrom apenas, o calcular la presencia de entidades incorpóreas como el neutrino de Wolfgang Pauli, ya en los linderos de la nihilidad.

¿Qué está pues ocurriendo?

Si nos atrevemos a deducir analógicamente, y en este caso no se ve otro recurso mental asequible, tenemos que admitir que el hombre se está constituyendo en uno como sistema nervioso de la realidad, el sistema nervioso integrante del organismo que intuyó Carlos Escoto Sherrington para el ser fisiológico que somos, transfiriendo el maravilloso concepto hominal a la totalidad del cosmos, y decir que el hombre está deviniendo conciencia del mundo, como esencia, ya no modo de existir o índole, modo de ser o característica fundamental de la substancia, sino esencia de sabiduría, un entendimiento, un alma de la realidad, que la escruta desde la nada de su inicio subatómico hasta la nada de su límite ultra galáctico.

“Muy carboniento pecado”, sin duda, a decir con los clásicos, pero solo aparentialmente. Porque en la etapa estante de nuestra cultura, aunque cavilemos acerca de los posibles millones de mundos habitables del arcano cosmos que nos envuelve e induzcamos que otros seres conscientes de su propia entidad y de la entidad del mundo existan, es lo cierto que solo de nuestra especie tenemos noción, y por ende debemos y podemos “pensarnos” como representantes únicos de la conciencia universal.

Ahora bien, ¿qué nos aporta esa virtud de entendimiento y esa enigmática cualidad de conscientes? En primer lugar, un fenómeno enantes considerado denigrativo y punto menos que nefario: el hecho de que con lo instrumental, el humilde utensilio de los arrogantes abuelos, el hombre ha granjeado más sabiduría en estos últimos cincuenta años que hubo en los veinte (?) mil que transcurrieron desde que se constituyó *homo sapiens*, ganando a las sutilidades de

la introspección filosófica y congéneres cogitaciones, a la denominada intuición inmediata sobre todo, y milenario discurrir de los genios abstrusos, la maratón de la certidumbre fenomenológica y verosimilitud nouménica cimental. Ya pues vamos siendo conscientes de los "fenómenos" o cambios que constituyen nuestro existir, y en mucha parte, del existir del cosmos, y en cuanto acrece cada día nuestro conocimiento de la realidad, tanto la que nos corresponde en nuestra individualidad de existentes y nuestra personalidad de espiritualizados, como la que subtiende el universo mundo, vamos asimismo siendo su conciencia, una a modo de cosmognosis.

Mas no personalmente, sino *sub especie humanitatis*, en cuanto ser histórico integrado por la cultura, pero de cuyo yo somos causa habientes en la ilimitada proporción de lo que nuestro saber alcance. El día que este yo hominal culturalmente integrado, conozca no solamente la fenomenogonía del mundo sino también su ontogenia, no apenas lo que en él ocurre pero asimismo lo que a él constituye, seremos el alma de la realidad, y nuestro saber se confundirá con el respectivo poder que todo entender presupone. ¿Multiplique o unitariamente? Adelante intentaré carmenar el asunto.

Solo que ahí habrá terminado nuestra tarea e ineluctablemente llegado al *proto-nous* metafísico de nuestro origen, en él consumiéndonos, cual ciclo que se cierra en su punto de partida.

Todo aquesto presupone audacísima distinción psicológica, en el sentido de que nuestro yo individual existente y personal-espiritualizado es el sujeto del conocer, en tanto que del "yo-cosmocognosciente" hace

parte "entitativa" o "subjektivante", el patrimonio de ese conocer, la cultura.

Porque cuando sepamos el quid de la realidad que somos, seremos la eternidad del ser, y cuando sepamos el quid de la realidad del mundo, seremos su total poderío, y el devenir que nos hizo espacio-temporales habrá dejado de tener significación: habrá agotado el motivo "existencializante" que lo impulsa. Continuar repitiéndose sería una ociosidad metafísica.

Mas ello es que en la infinitud de la posibilidad absoluta de que surgió él y en él surgimos nosotros-humanidad, un parvo momento de cincuenta mil millones de años que (supositiciamente) tiene el existente cosmos (quince mil es la cifra para muchos preferible), y otros tantos que (supositiciamente también), podrá durar aún, son tan breve episodio en ese abismo de edades, que nuestra fantasía se ve determinada a concebir una serie de cosmos indefinidamente sucesivos y sucesivamente diversos, como necesaria "manifestación" o epifanía de la infinitud de posibilidades que entraña de suyo esa posibilidad absoluta.

Lo demás no tiene asidero mental en un estudio netamente racionalista, y aun en el religioso, el presupuesto de salvación relegado a tan breve cosa como un par de milenios, o dos a lo sumo, en un orbecillo de pigmea magnitud.

¿Cuándo, entonces —temerariamente hablando— concluirá el ciclo físico, paralelo de ese otro ciclo mental que acabo de presuponer? Tal vez, tal vez cuando la velocidad de dispersión de las galaxias llegue a la velocidad de difusión de la luz, a lo que parece estar encaminándose el cosmos, ya que entonces se desinte-

graría su complejidad o estructura gravitacional e ine-
luctablemente se desintegrarían sus propias moles as-
trales, masa atómica corporativa inclusive.

Dicho sea sin entremeterme en otras muy magnífi-
cas hipótesis de la ciencia contemporánea, porque mi
intento ahora es de otra índole.

Tamaño digresión era útil para nueva definición
del yo humano. Hasta ahora han predominado dos de-
rroteros interpretativos, el de la psicología filosófica
que asigna al alma la representación del principio uni-
ficante, enlazándola con la hipótesis aristotélica de la
forma substancial y el dogma cristiano del espíritu; y
el de la psicología fisiológica que lo analiza según se le
percibe introspectivamente y se le vincula a procesos
físico-químicos experimentales, de que antes hice so-
mera mención y reconsideraré luego.

En este último aspecto de la cuestión, ¿qué es lo
que advertimos al contemplarnos introspectivamente?
Tres fenómenos inextricablemente enlazados en unita-
ria urdimbre: el primero, un fluir, al parecer continuo,
de representaciones, suscitadas por los órganos de los
sentidos, la memoria sensorial o ideal y la cenestesia
en caprichosa concatenación espontánea u orientados
por la voluntaria atención. Mas no tan plenamente ocu-
pantes del plano consciente que no se perciba uno a
modo de telón de fondo sobre el cual aquellas imáge-
nes discurren, o que simultáneamente discurre con
ellas, probablemente constituido por la vaga represen-
tación cenestésica de nuestro organismo. Simultanei-
dad discutible, a decir verdad, si se admite la opinión
exprimida antes, de que en cada instante solo ocurre
una representación mental, no importa lo que afirmen
los experimentos en contra de poder percibir dos o

tres impresiones sensoriales simultáneas —fácilmente
explicable— por la rapidez de los procesos fisiológicos
que no permite distinguir la sucesión con que de vero
actúan. El tercer fenómeno que revela el prenombrado
análisis introspectivo es una a manera de tensión ge-
neral que subtiende toda la fenomenología —fenome-
norrea sería mejor decir en este caso— de esta activi-
dad interior o función sensoria, un tender a... como
en su más íntimo fondo de la vida consiste, o sea, cons-
tante tensión a seguir siendo.

Ese continuo curso de las representaciones, en que,
por otra parte, predomina el lenguaje, no acaece por
islotos o sucesos aislados, sino en constelaciones de
asociación significativa, formando así en cada momen-
to mental, no una montonera de imágenes o polipero-
taineano, sino un conjunto armónico de representacio-
nes entrelazadas por similitud o por contigüidad y aun
por contraste o equivalencia, con sus conexos estados
afectivos, sus finalidades y su enmarcación en un es-
pacio-tiempo correspondiente.

A dicha constelación de representaciones imagina-
tivas, afectivas, tensionales y estéreo-crónicas se añade
demarcación adquirida de nuestra superficie, que es
doble, a saber: por serie de experiencias de la sensi-
bilidad que al infante le van inculcando lo que es so-
máticamente suyo y lo que le es ajeno, ya con noción
de alienidad física, inaccesibilidad y dolor, verbigracia,
o alienidad moral, prohibición y disgusto consiguiente;
y de otro origen, por la representación sorda pero in-
confundible, de la tensión de la epidermis, *vis a tergo*
de los líquidos y fuerza de contención en general de
toda superficie. Entrambas dobles operaciones nos cir-
cunscriben nuestra individualidad somática, así apor-

tando a la definición del yo el elemento básico de su corporeidad.

Al realizarse cualquier constelación presente, alguna de sus representaciones enmarcada en su espacio-tiempo evoca la correspondiente de otra constelación pasada, enmarcada en el suyo, y ésta otra y luego otras, en cadena funcional, y así obtenemos doble noción, la de continuidad del yo pensante y la de localización en distintas etapas, o sea el discurrir del pensamiento y el advertir el tiempo en que se cumplió, memoria temporal, *sine qua* no habría proceso pensante sino barullo de representaciones. Esto posee una comprobación neurológica, en cuanto la actividad cerebral se produce en definida porción del cerebro, centro especializado, que constituye algo así como una constelación neurocítica, que a su vez repercute en otras y otras constelaciones, según el grado de excitación y el nivel de la corriente nerviosa respectiva en los canales relativos o ramificaciones (cronaxia de Lapicque, citada en otro capítulo). Seguramente todas las células del organismo participan, así sea en debilísima proporción, de tales estímulos, como se advierte en las magnas conmociones, terror por ejemplo, o júbilo, para el juego aunado y sincrónico de sus actividades, o en la inhibición paralizante de otras situaciones psíquicas, como la sorpresa siderante o el sumo éxtasis. De esto último tenemos noticia fundamental en los estados de pasividad casi absoluta denominados "céreos", o de mero automatismo alelado que la angustia causaba en algunos combatientes de las dos guerras universales de este siglo, como en esfera íntima ocurre también excepcionalmente en gentes nerviosas sometidas a violentos choques morales.

De lo así expuesto se deduce que el yo en cada instante que se le estudie introspectivamente, está constituido por una de esas constelaciones representativas presentes en un fondo o urdimbre continua de representaciones pasadas conexas, que estructuran su unidad: un cambio incesante en una incesante serie. De ahí que intuitivamente nos reconozcamos un yo permanente formado por infinidad de *yoes* cambiantes, a la manera que en el sistema solar ningún astro ocupa en un momento el sitio que ocupaba en el momento anterior, ni las proporciones de sus componentes subsisten invariables, pero, que conservando, como conserva de hecho, las correlaciones estructurales, semeja continuar en un mismo punto espacial con unos mismos componentes.

Esta concepción del yo, de su conciencia, de su memoria y de su modo de entender difiere radicalmente de lo que enseñaron los magnos pensadores de la filosofía tradicional, pero, de atenernos a una visión perspectiva más escrutadora del proceso histórico y enlaces íntimos de la ideación, a la verdad no es sino su complemento.

Veamos algunas, a título de verificación.

Apoyándose en el confuso concepto de que lo igual busca lo igual, o de que cada cosa tiende a su igual, opina Empédocles que del ojo surge algo que busca en los objetos contemplados una emanación correspondiente, y que de esta conjunción nace el sentir y el entender; avanzando gran trecho en esta teoría de las emanaciones, los atomistas, partiendo de que todo conocimiento se efectúa cuerpo a cuerpo, profesaron que toda sensación es una variante del tacto por efluvios (*apporoai* de Epicuro, *effluxes* de Lucrecio), que salen

de la superficie de las cosas y entran en nosotros por los poros de nuestros sentidos, epidermis verbigracia; Demócrito, refiere Aristóteles, sostuvo algo inmensamente mejor, al decir que "el pensamiento no puede diferir mucho del conocimiento sensorial, porque uno y otro son cambios de la substancia pensante causados por impresiones materiales"; el mismo Estagirita da un paso audacísimo suprimiendo la materia de los efluvios epicureanos para dejar solo su "forma", cual sucede en "la impresión del sello en la cera", el sentido común interno conoce que conocemos (conciencia), la imaginación y la memoria son sentidos internos para los fantasmas, con el entendimiento pensamos las ideas abstractas; Santo Tomás de Aquino acepta que los sentidos comunican inmediatamente con los objetos, que el entendimiento no toma de sus impresiones o imágenes lo material sino la idea abstracta suya, mediante energía inmaterial, y que cuando el objeto es conocido, imprime su "forma" (El Estagirita otra vez), en el intelecto, con lo cual sujeto y objeto se unifican en un orden ideal, a saber: objeto conocido - sujeto conociente; Manuel Kant admite conocimiento sensorial y conocimiento intelectual: el primero es unidad que se hace por síntesis con auxilio de las categorías de espacio y tiempo, la conciencia está en el ápice de esta pirámide sintética y el alma es unidad también, pero que no se puede probar sino por deducción de los datos de la razón moral, separa estas nociones y afirma que el entendimiento actúa con conceptos y no con representaciones, y, en fin, que todo conocimiento es un juicio.

Como se advierte a primera vista, todos ellos tuvieron que presuponer entidades —sentido interno, entendimiento agente, conciencia, alma, síntesis, etc.— a título de regalo navideño, para salir de afanes lógicos,

aporías insolubles y soterrañas travesuras del anhelo, hasta el torreón inaccesible de los datos inmediatos de la conciencia, los imperativos categóricos y juicios apodícticos de abstrusa génesis, con que ineluctablemente se aportó en la negación monda y lironda de toda certidumbre en achaques de sensación, percepción e ideas, o en un conformismo humildoso de "sea lo que fuere" y vivir en razón de los menesteres cotidianos: lo que va pues de Zenón de Elea, Nicolás de Cusa o Jorge Berkeley al folclórico Pero Grullo, con larga estancia en Locke y Hume.

Ideas y valores: Mas como ello no apacienta ni apacese el espíritu de los inconformes, conviene escrutar un poco el oscuro ámbito de la ideación y sus criaturas, si es que existen, en tono menor, esto sí, de aprendizaje y respetuosa actitud. Respetuosa y afectuosa actitud, por que sin esas gentes de la vieja y la nueva filosofía nos sería hoy de todo punto imposible pensar con relativa siquiera verosimilitud. En labios mismos del precelente Aquinate —perito, ponderado y sagaz si tales hubo— hallamos la confidencia-resumen de la sabiduría tradicional que consideró al hombre como unidad indecifrible de materia y espíritu, o cuerpo y alma, o materia y forma del hilomorfismo aristotélico, en labios suyos, repito, hallamos el trágico *ignoramus et ignorabimus*, ignoramos e ignoraremos el cómo de estas fantaseadas ligazones. Y es de ver la ninguna certidumbre de todas las magnas corrientes del pensamiento humano en su bimilenaria existencia, literariamente precioso sin duda, que pues el Kant refrenda aquel *ignoramus* con su portentoso caudal de ciencia, experiencia y sutil entendimiento; el Hegel, sapientísimo, no supera la mística visión del muy sagaz y beligerante Apóstol de que somos y vivimos en la divinidad, aunque el teutón acuñe noveleros epítetos; el Scheler, perspicuo y un

si es no es fáustico a la manera agustiniana, con su grande patrimonio universitario alemán, no logra obtener para nosotros modernos más confiable certitud axiológica que el vidente Sócrates de veinticinco centurias antes; ni el Bergson sorbonense de este siglo suprametafísico cosecha mejor vislumbre del alma que el Platón de las sublimes *reveries* o ensoñaciones geniales con que heredó un mundo; el matemático Bertrand Russell, coautor de *Principia Mathematica*, uno de los libros-claves de nuestra época, no derrota al cretense Enesidemo de la primera centuria antes de Cristo, en argumentación —*trópoi*, decía el antiguo— contra las apariencias de la percepción, y en general contra los fundamentos de la opinión metafísica, según el lema escolar suyo de *pantí lógoō lógos antikeitai*, o teoría de las contraposiciones; esa misma suprema matemática no habilitó a genios de la excelsitud de Isaac Newton y Gottfried Wilhelm (o Godofredo Guillermo) Leibniz, creadores del cálculo diferencial y de muchas otras maravillas, para superar en teología a los obispos (y diáconos) conciliares de Nicea, ni al políglota San Jerónimo, o sea, Eusebio Sofronio Jerónimo, iniciado (*epóptees*, decían los órfico-pitagóricos de Eleusis), en la sabiduría del insuperable Orígenes, y cuyo nombre ya denuncia lo muy greicizante de su patria chica, hacia el Adriático, o de su estirpe al menos, con ser estos ilustres varones del siglo IV tan ajenos a las honduras y “estricteces” de la cogitación técnica... Tal vez esta invencible flaqueza de la mente humana y frecuentes paralogismos de su filosofía condujeron a pensadores audaces a explorar nuevos rumbos de la convicción, de la persuasión al menos, y de la sosegante fe de su espíritu, y así, hubimos la actitud heroica de los que nietzscheanamente se abastionaron en retadora voluntad de poder, o a la manera del insigne Alfred North (Alfredo Norte o Nórdico) Whitehead, a

acogerse a una reconfortante voluntad de creer, que en última instancia rige hoy el oriente de todos los contrarrevolucionarios místicos, con derecho que nadie sería osado a rebatirles y razón sentimental tan valledera —porque el querer es más genuinamente lógico que el zigzagueante y caedizo pensar— como la más empingorotada o engreída dialéctica. Sino que el duendecillo con la entremetida *epochée* nos conyuga los contrarios de su leve sonrisa de “aquí no ha pasado nada”, porque vemos en la disparidad casi extrema que un vistazo somero de San Francisco de Asis (o sea Giovanni Bernardone) y Federico Guillermo Nietzsche un edificante equívoco de la psicología, en cuanto el uno es tenido por paradigma insuperable de la humildad, el amor a las criaturas y el desprendimiento absoluto de los goces terrenales, mientras que el otro, el esclavoteutón, preside el culto a la soberbia, el desprecio de los débiles y el encumbramiento de la vida heroica. Y con todo, pausado escrutinio nos descubre más similitud que contradicción en la génesis de estas oposiciones, que no es sino recitar meditativamente las dos máximas gestas de su arte y confidentes actitudes, el elogio de las criaturas del Poverello y el canto al sol del mediodía del Zarathustra, para sorprender estupefactos que en trambos fueron el producto maravilloso y coincidente de lo que ahora decimos un “complejo” de orfandad: El Francesco, o afrancesado, como dijera su padre, no se desliga de él de cualquier suave manera, pero en radical signo, desnudándose de los oropeles de su *borghese babbo*, su mesurado papá burgués, que no entiende la gentileza de que él comande la juventud florida del villorrio y derroche en esplendideces de hidalgo el patrimonio hogareño, y así en retaliación mostrose públicamente al natural o *in puris naturalibus*, como quien dice, rompiendo el cordón umbilical de su proge. De modo semejante, el nórdico tempranamente

se halla repudiado por sus colegas, amigos y admiradas novias, aun solitario en Sils María, tan desvalido a la postre que su remendada camisa apenas si le llegaba a la cintura a fuerza de recortarle por abajo para zurcirla por el pecho. ¿Qué ocurre, entonces? El hijo de Thor, Zeus norteño, se alza en universal rebeldía, en tanto que el humilde asisiense se repliega al corazón de Cristo en absoluta dación de su voluntad y total renunciamento de pasiones. Polaridad al parecer insoluble. Y con todo, el sumiso, el enclenque y feo, deshilachado por la avitaminosis, el desabrigo y el insomnio, va gozosamente conquistando la devoción del mundo, el respeto de los sabios, la altiveza de los príncipes y aun mirado con ternura por la insigne Clara, él, el desposado con *sorella Povertá*; en tanto que el transmutor de los valores y guerrero del superhombre, el que dice en bellísimas imágenes: "Sobre los más altos montes lanza mi nieve aun sus blancos reflejos"... en líneas adelante trasluce su perplejidad, confesándose al destino (si no falla mi memoria): "La noche llama a sí mi pensamiento - me hace señas, me grita, sé valeroso y fiero - sé fuerte ¡Oh corazón sediento! - y no preguntes el porqué de la vida y del deseo". Desolación que reaparece en algunas cartas íntimas a su hermana Isabel, poco antes que la meningo-encefalitis triponemiásica desintegrara su portentoso espíritu.

¿Qué ha ocurrido, entonces? Me pregunto de nuevo.

No soy quién para enmendar el juicio a tamaño humanista y filólogo como el Nietzsche, ni quién para descifrar las reconditeces anímicas de tan egregio místico como el Bernardone. Ello no obstante, a solas he cogitado a menudo que esta al parecer antinomia de la axiología en el orden consecutivo a su praxis, a lo

que prácticamente ocurre viviéndola, estriba en la inmensa disparidad de los efectos que la promesa gentilica y la promesa cristiana producen en el corazón del hombre, desde un punto de vista inédito, a saber: que mientras los dioses paganos solo se preocupan por uno que otro privilegiado de la belleza, la inteligencia o el heroísmo, bajando esporádicamente al mundo para incidentes privados, y dejando a la universalidad de los hombres el pálido concepto de un ultra mundo de sombras en el Hades, Sheol de los hebreos, Aralú de los asirios, donde ninguna novedad sensible podía ser, antes el olvido —Leteo— de todas las habidas en nuestra anterior existencia; en tanto que el Evangelio de Jesús garantizaba, no un descender efímero de la divinidad a nuestro orbe terráqueo, sino un subir del hombre al seno glorioso de la divinidad, en una a modo de colonia de los humanos en ella, cuerpo y alma juntos, amigos y parientes, en goce alerta inextinguible, y esto, no para los favorecidos con cualidades aristocráticas, pero a todos los grandes y pequeños que obren con las hacederas virtudes de la bondad, la caridad y la justicia. Ni era poco regalo hacer de tan mezquinos entezuelos connaturales de Dios en Cristo, la humana naturaleza entronada para siempre en el Empíreo.

No, pues, humildosos valores triunfaron con el ungido Nazareno, como avistó Nietzsche e inquietó al apolíneo Juliano, sino soberbia la más inimaginable otrora, ni aun hogaño, entre comunes exegetas.

Bien está que poeta de tan sublimes calidades como el evocador de Mithra viese, como todos los que tocó el carbón encendido de la estética, con inenarrable dolor la eclipsis del luminiscente Apolo, luz de la

espiritualidad, o de Afrodita, ensueño de belleza, o de la ingeniosa Atene, o de las Musas gentiles... pero, de seguro, esa transmutación favoreció al hombre.

De todo lo cual, este parangón de procesos y teorías culturales quisiera yo deducir que las ideas e idealizaciones con que hemos nutrido nuestra arrogante sabiduría no puede, si no es románticamente, equipararse en fecundidad a los humildes utensilios de la civilización. Pensando primeramente en la lente y el cero, yo me pregunto, casi absorto, ¿qué del mundo, qué de la historia, qué de la mente ganó para los humanos batallas más sublimes ni con qué otro recurso arte o ciencia logró el hombre nunca vislumbrar el misterio de los astros, enseñorear la naturaleza, sondear lo pretérito, prever lo futuro, medir lo inaccesible, proyectar su parvedad en la infinitud y ser la autognosis de la realidad? El cálculo permitió a Einstein suponer la magnitud de la curvatura espacial que determinaría el retorno de un rayo de luz a su punto de emergencia, o sea quinientos billones de años (numeración anglofrancesa), y el microscopio electrónico facilita a los biólogos "visibilizar" o "visualizar" las mínimas porciones individuadas de los seres vivientes y de los elementos subatómicos; y aun la cuasi abstracta cuantía de acción con que la naturaleza cumple sus funciones ha sido matemáticamente puntualizada, todo ello aportando inconmensurables beneficios a la humanidad. Al contrario, las disquisiciones, tesis, axiomas, apotegmas, categorías, conceptos puros, intuiciones puras de las esencias, conciencia pura de los actos, conciencia inmediata del espíritu que alegaron demostrar la filosofía, la psicología, la teodicea y aun, en otro orden, las ciencias naturales especulativas de los antiguos, nunca probaron nada permanentemente sostenible, antes contra-

dicciones innúmeras, antes perplejidad perenne del juicio. Es de ver cuantos bondadosos maestros de esta particular sabiduría de lo introspectivo, lo especulativo y meramente disertante, sobrexcelentes a menudo por la suma gracia de su literatura o inmensamente respetables por la sinceridad de su magisterio, llegan a la postrimería y umbrales de la muerte con la incertidumbre de los catecúmenos *in pectore*. Hasta el linde del misterio: Sócrates el superlúcido se acoge al embuste de Asclepios, el hijo de Coronis que resucitaba difuntos, y la naturaleza humana de Cristo le planteó a su connaturalidad divina el insoluble *Lamma Sabacthani*.

¿Qué ocurre pues con las ideas?

¿Qué, con los valores?

Tengo para mí que mientras no definamos satisfactoriamente en qué consiste la ideación y cómo surge al plano de la conciencia —por así decirlo en términos consuetudinarios para mejor planteamiento del asunto— no pasaremos de estar jugando al escondite con las sutilezas de la semasiología, ya casi evanescentes de puro abstrusas, y de puro personales, que es lo peor en esta órbita del entendimiento. Porque entre la sofistería recóndita de algunos escolarcas perilustres está el acuñar vocablos con determinada acepción para luego probar con ellos la acepción requerida por sus tesis, sin tizne, esto sí, de embuste intencionado, sino por embriaguez de humanidades y cogitaciones; como se ha hecho con creación y nada, esencia y existencia, libertad y espíritu, historia y razón, materia y vida, ley y caos, voluntad e idea, Dios y mundo...

La voz idea es tan amplia de sentido y frecuente de uso que fácilmente entraría en el cómputo de los cien más importantes vocablos de la cultura. Su remoto étimo indoeuropeo *vid* la emparenta con el latín *videre* y nuestra preciosa visión que todavía campea en giros como "visión mental" de psicólogos y místicos. En su proceso semántico unas veces sienta plaza de simulacro, facsímile, apariencia, fantasma, espectro, aspecto, huella, esquema, modelo, forma, reproducción, representación, copia, ídolo... imagen, en fin, que a todos comprende y suple, en cuanto se trata del fenómeno mental, así revelándonos desde los umbrales de su consideración la terrible incertidumbre técnica de su ser cometido. En el orden coloquial sus acepciones cubren la extensa gama que va desde opinión, como en "mis ideas políticas", norma, conforme se advierte en "hombre de ideas"; principios, cual ocurre en "las ideas de los peripatéticos"; nociones, como "tener idea de la astronomía", o, en su más elevada órbita, concepto, según nos lo dice la frase "la idea de Dios". Ni paran tan aínas las complejidades de este escurridizo término, pues aún no he mentado su valor más sutil de entidad metafísica con que tan generosamente lo regalaron Platón y sus innúmeros secuaces, eximios por cierto, al tenerlo por arquetipo —real en la mente divina— de cuanto existe en las realidades objetivas del ser: nosotros y el mundo, verbigracia. Hijuela de este platonismo y neoplatonismo es el definir la idea como un ver la esencia en el mero aspecto, o verla como "forma del pensamiento", o como "directriz de la acción", o como representación "simple" de la cosa en la mente...

En mi propósito de seguir la línea exploradora conceptual con el mínimo de dispersión posible, de acuerdo con la norma sapientísima del menor esfuerzo

y las menos posibles complejidades inútiles, o sea, el procurar descubrir la unidad y continuidad consiguiendo de los aparente o incidentalmente múltiples procesos de la realidad, creo ineludible rastrear la génesis de la idea psicológica o lo que se tiene por idea en el curso normal de la inteligencia, o del entender, para ser más preciso.

Cuando tenemos la realidad a la vista nuestra imagen de los objetos es dentro de los límites de la buena salud-nítida, pormenorizada e idéntica en tanto que la atención la enfoca, y todo parece indicar que es un fenómeno psico-físico-químico en que ocurren corrientes nerviosas de transmisión, excitaciones de las sinapsis o junturas de las fibras nerviosas por sustancias como la noradrenalina y la acetilcolina, actividad nutritiva y respiratoria de las células y su glía envolvente, formaciones químicas particulares o sea propias de cada fenómeno, con creación de proteínas del tipo especial para ello que ordena el ácido desoxirribonucleico al ácido ribonucleico, derivado suyo y su mensajero, para que con los elementos adecuados, aminoácidos, azúcar hexosa o ribosa y compuestos de fósforo, que entran en la cromatina, abundante al rededor del núcleo, en el núcleo mismo y más aun en su nucléolo, construyan las dichas proteínas, como reacción a la excitación, y según mi hipótesis, como si esta hiciese de antígeno y esotras de anticuerpo. Así se produce pues una representación química de la apariencia —cosa visual, verbigracia— del objeto, que abarca los neurocitos de cierta región occipital del cerebro denominada *cúña* o *cuneus*, como centro primario, de donde se extiende a otra región, al rededor de la cisura calcarina, un poco anterior a esta, para la elaboración mental inmediata consiguiendo, y a los grupos asociados de otras partes del cerebro que forman con los antedichos lo

que he denominado constelación funcional a fin de que de esa resultante química surja la sensación, que es un sentir y una conciencia de ese sentir, y las tareas psicológicas concomitantes o subsiguientes de percibir el objeto, con centro cerebral en la temporal anterior, el reconocer, el juzgarlo, el quererlo, el seguir volitivamente su incitación, el "memorizarlo", por último y encasillarlo en la mente, o sea, en el armónico conjunto de las vivencias psíquicas, según la opinión que expondré adelante.

Toda nueva excitación de esta índole suscitará proceso semejante, y será reconocida o diferenciada por su cabal o su imperfecto ajuste dentro del cuadro psico-físico-químico que le corresponde en su respectiva constelación y la galaxia general del organismo.

Ahora bien, las imágenes, por así denominar las impresiones representativas de que estoy tratando, ni son únicas para todas estas funciones, ni de exacto modo, pues que las secundarias con que ordinariamente pensamos, tenidas por imágenes mentales, por decir algo, carecen de la exactitud y la viveza —vividez será mejor decir— de las sensoriales, de la fluidez e indetenible mutación de las oníricas, y de una y otra laya, de las "eidéticas" o de reproducción a lo vivo, como en cinematógrafo, que algunas gentes, muy pocas por cierto, logran a voluntad, y no se diga de las patológicas de la ilusión, la alucinación y los delirios, que confusamente participan de todos estos casos.

¿Constituyen ideas las precitadas imágenes mentales? Yo no me atrevería a mantener tal juicio. A mi parvo entender, idea no es la representación o fantasma o esquema de lo que nos afecta del mundo exterior o del interior que con tales vivencias se forma, sino

el significado de esa representación, un reflejo suyo, analógicamente definiéndolo, o mejor aun, un elíxir. Lo que de su natural nos conduce a preguntarnos, ¿cómo se obtiene esa significación de los hechos mentales, que en otro capítulo temerariamente reduje a presencias, incluyendo la conciencia suya?

Se destaca sobre todos el hecho de que estas son operaciones físico-químicas, con actuación eminentísima de los aminoácidos y el juego correlativo, estrictamente correlativo, de los catalizadores, que no son sino proteínas especializadas para la fractura y análisis —por así decir— de los nutrientes aportados al neurocito por la neuroglía (especie de jalea envolvente del sistema nervioso con predominio de grasas, bases específicas y capilares sanguíneos, conforme expuse en otro aparte, y sintetizantes, según funcionan en el engendramiento de nuevas proteínas intracelulares para la función psíquica, e inhibidoras a veces, según observaciones muy recientes. Introdúzcase un substituto de tales elementos constituyentes, como ocurre al ingerir un barbitúrico que ficticiamente haga las veces de aminoácido normal, y ya veremos las fugas de la atención, la incertidumbre de la memoria, la incongruencia del juicio, la veleidad o nulidad de las voliciones. El caso patológico de la oligofrenia o debilidad mental de los niños que nacen con carencia de la enzima fragmentadora —catabolizante sería más exacto decir— del aminoácido fenilalanina, de presencia y actuación normales en la neurona, me exime de más dilatadas explicaciones, aunque adelante necesitaré replantar este tema. O los fenómenos experimentales que surgen de inyectar en la porción media del hipotálamo un microgramo de algún esteroide —testosterona, verbigracia— que trueca el genuino comportamiento de una rata

macho en heroica y hábil ternura maternal lo que dure en disiparse la acción química.

El otro hecho es la graduación, escalonamiento y multiplicidad de las estructuras nerviosas, que toman, retoman y repiten una excitación dada, sensorial o mental, y la elaboran de distinto modo, sutilizándola, asociándola, modificándola hasta el cenit de su generalización, su abstracción y espiritualización última, así dejándonos turulatos acerca de su destilada esencia. Los mismos llamados centros cerebrales de localización funcional pueden substituirse, o crearse inesperadamente, como en el caso del asignado a la lectura, que yo no sé cuándo pudo formarse, si ayer apenas pocos sabían leer y escribir, y ahora aparece, como ya lo dije, que la alexia y las dislexias gozan de sitio estructural propio.

El tercer punto decisivo en esta cuestión psíquica, es el de la importancia insuperable de la afectividad en la génesis de las ideas. Ella es la que excita las operaciones, les imprime interés, las dota de ímpetu —momento dirían los matemáticos— las endilga en determinado norte, las asocia de cierta laya y preferencia y las inviste, por último, de grato asentimiento irreductible. Lo que nos recuerda el estricto parentesco que une a la afectividad con la vida, como que entrañablemente la una engendra a la otra y entrambas de mutuo se sostienen.

La cuarta proposición, así sea inverosímil a los ojos de la psicología vigente, es la de que todo este maremagno de operaciones psíquicas —facultades otra, y aun virtudes— desde la irritación y la sensación hasta la percepción, la atención, el reconocimiento, juicio, voluntad, memoria y conciencia, una misma cosa

es, con variados matices: un mismo fenómeno que fraccionamos en fases o trechos de actividad, a la manera de un tren ferroviario, que no por detenerse en cierta serie de estaciones deja de ser un mismo y solo tren.

La quinta proposición consiste en afirmar que el fenómeno psíquico ocurre primordial y preferentemente en un grupo —constelación neuronal— de células nerviosas, organizado en centro o núcleo, pero que más o menos, según la intensidad del hecho, repercute en todo el cerebro y a distancia aun mayor en todas las células del organismo, en el orden de su asociación funcional con el fenómeno, glándulas endocrinas, por ejemplo, circulación de la sangre, respiración, digestión etc., así confirmándonos en la tesis de que pensamos con todo el mencionado organismo.

La sexta proposición guarda cierta analogía estructural con su precedente, y puede formularse diciendo que pensamos, no solo con el cuerpo o asociación inmediata en que se sitúa el excitante psíquico, percepto o concepto —o constelación primaria suya— sino también, en proporción del interés vivencial del dicho acaecimiento, y en el orden o clímax de atracción asociativa que entrañe, con todo nuestro haber cultural y el patrimonio asimismo de todo el haber consolidado en instintos, facilidades de actuación pensante etc., con que la especie nos hereda y aun, aun, la totalidad del asimilado adiestramiento de la universal filogénesis.

Dicho lo cual, ello naturalmente nos conduce a preguntarnos ¿cómo se obtiene esa tal significación o idea de los dichos fenómenos mentales que en otras páginas expuse y ahora estoy recapitulando por ver si logro definir lo que de suyo es idea, aparte del enredijo de

sus innúmeras acepciones adventicias y supositicios arcanos?

Tenemos que partir de la percepción —hito divisorio entre lo sensorial y lo mental en la psicología común— para desbrozar el campo de nuestra lucubración y hallarle luminosa perspectiva inteligible a mi pesquisa, a mi vanidoso intento, pues, de definir la idea, el pensamiento, el espíritu a la luz de los pocos nuevos informes culturales de que dispongo.

Para ello puede uno emplear un proceso analítico infantil, con lo que evitaría yo ahora el repetir nociones ya enunciadas y el asunto ganaría en sencillez, si no muy exacta, algo más comprensible que las tortuosas o muy quintaesenciadas disquisiciones de los psicólogos de oficio, hartos discrepantes por cierto:

He aquí pues que siento algo con conciencia de sentirlo pero sin entender lo que es, o sea, que me ocurre una sensación objetiva simple. O que al sentirlo distinga que es, valga el ejemplo, un perfume, y esta captación específica mental del fenómeno ocurrente, la presencia en mi cerebro de esta relación entre una impresión o alteración (cambio) que en mí ha sucedido y el objeto (causa actuante) que dentro o fuera de mí la determina, es lo que decimos percepción. Si avanza el proceso y descubrimos que es perfume de violetas, ya entonces logramos lo que se denomina reconocimiento. Luego puede acaecer que discurra acerca de la posibilidad de extraer ese perfume mediante este o esotro recurso técnico, o que lo estudie en su estructura química, verbigracia, o en sus aplicaciones industriales o farmacológicas, y en este punto al proceso mental correspondiente se le dice inteligencia. Si por azar o generosa fortuna al considerar el hecho con-

templado —perfume de violetas— vislumbro o diáfana-mente distingo una explicación o una aplicación suya interesante, surge lo que llamamos intuición o invención, según el caso. Más luego aun, o concomitante con cualquiera de las operaciones mentales que estoy considerando, puede darse un acto interpretativo de la significación o de la valorización del fenómeno —perfume de violetas— en cuyo caso el proceso es calificado de razón o razonamiento, y a su resultado se le tiene por juicio, como al decir: entre los perfumes naturales, según estas o aquellas virtudes que lo distinguen, el de verbena es uno de los más placenteros, y comoquiera que tales virtudes son provechosas en vario orden y gratas al buen gusto, puede aparecer tendencia o tensión especial a preferirlo —y en casos opuestos, a rehuirlo— que es un afecto. El cual prolongado e íntimamente asociado a nuestra vida, cobra el de sentimiento, sobre todo cuando se trata de relación entre personas. Prosiguiendo esta escenificación psicológica pueril, podremos llegar a desenvolver el juicio y su afecto *a látere* en tensión actuante o conativa, supongamos, a cultivar un jardín de verbenas, en el cual punto el proceso se conoce por voluntad, o, aun más concretamente, a decidir plantarlo, lo que equivale a volición.

Pretermitiendo su valencia moral, sentir es pues advertir el efecto que un excitante sensorial produce en el órgano cerebral receptor suyo —tacto y sus próximos, vista, oído, olfato, gusto, cenestesia, en fin— químicos que constituyen orgánicamente tal efecto, este se proyecta como el facsímile de lo que lo causó —objeto excitante— esta nueva alteración neuronal se presenta como la imagen de dicho objeto. Lo cual no es difícil de entender si recordamos que un gene —porción química, quizás enzimática, de la cadena elemen-

tal del ácido desoxirribonucleico de los cromosomas— ante circunstancias propicias reproduce un instinto —la natación en los animales, por ejemplo— o un rasgo fisonómico, en el hombre, físico-químicamente guardados en dicho gene, qué mucho que el mismo ácido desoxirribonucleico al representarse la circunstancia correspondiente, reproduzca la imagen (disposición representativa sería mejor decir), del objeto que lo hizo surgir a él —dicho gene— en la correspondiente molécula de la cromatina nuclear.

La percepción añade a esto un juicio de relación: esto emana de esto, que aporta la experiencia; y un juicio de valoración: esto es esto, que aporta el lenguaje. Y todos estos juicios son presencias, es decir conscientes.

Mas he aquí que en este —el supremo negocio intelectual del mundo— entran dos factores que lo tornan arduísimo: el primero consiste en que siendo todos estos procesos y fenómenos un acontecer de la vida, no son estantíos, quietos, o inmutables, sino tremendamente fluidizos, cambiantes y engendrados de nuevas ocurrencias psíquicas. Por segundo factor entiendo la agobiadora multitud de tales fenómenos, de que resulta punto menos que imposible seguirles aisladamente el rastro, por lo cual, y muy a mi despecho, a cada trique me fuerzan a empalagosas reiteraciones por aparecérseme con otra faz u otro signo. De todas estas dificultades, una compromete en sumo grado la tesis directriz de mi estudio, o sea, la unidad esencial del proceso psíquico, desde su remoto venero la irritación hasta la cumbre de las ideas filosóficas más sublimes, ya que *prima facie* no se compadece la tradicional distinción que de ellas apuntan los psicólogos, ni las diferentísimas localizaciones cerebrales en que

anatómicamente se cumplen sus tareas con la susodicha mancomunidad de su proceso. Con todo, estos no son sino trucos de la naturaleza su todavía abscóndita finalidad, conforme la vemos en otros aspectos de su devenir, en vegetales, por ejemplo, pues que nada al parecer se nos ofrece a la vista más diverso y contrastado que el follaje común y la lujosa florescencia, cuando sin duda graciosos pétalos y tenues pistilos no son más que hojuelas humildes mágicamente acondicionadas a mejor vida, pero hojuelas de suyo. Lo que abona, a mayor abundamiento, la revelación de que dicha naturaleza busca la economía de sus labores, afinando sus procesos, seleccionando sus productos, integrando sus fines.

Es, guardadas distinciones de órbita “operacional”, lo que ocurre en la génesis de las ideas, que de tiempos inmemoriales, pero sobre modo en el período pre-socrático de la filosofía, trae cejijuntos, cavilosos y disputantes a todos los pensadores del mundo, técnicos y religiosos inclusive. Ahora bien, desechando, por sabido, el concepto de idea como representación de fenómenos e imagen más o menos destañada de los objetos de la percepción, y pretermitiendo su esencia de ser significación de relaciones mentales, conviene a saber, lo que significa algo con referencia a otro algo en el curso del pensamiento, contemplémosla ahora en su “eclosión” (bella, precisa aunque galicadamente hablando), o sea en el modo suyo de surgir durante dichos procesos, con lo cual luego se nos despejará un tanto su definición misma.

Cuando quiera que por senil, tóxica o de otro origen incidente bradipsiquia (lentitud o torpeza del proceso mental), vemos algún vocablo —nombre propio, principalmente— que siéndonos conocido, por el mo-

mento se nos hace incomprensible o inaplicable a este o ese otro personaje, Asoka, pongo por caso, experimentamos cierto malestar de "mente en blanco" y nos damos a la tarea de "localizarlo", fatigosamente a veces, hasta que de pronto, mediante asociación fortuita o muy de propósito conducida en recorrido histórico, verbigracia, se nos ilumina quién es, con grande alivio de distensión que los franceses dicen *détente* o *relâchement* y nosotros, aunque no tan exactamente, desahogo. Otras veces es el olvido prolongado de alguna voz común o nombre propio que "presentimos" corresponde bien a lo que intentamos citar o decir, y que tras mucho escudriñar por orden alfabético los sonidos, o luego de encomendar su búsqueda al "subconsciente" —como dicen los psicoanalistas— intempestivamente brota nítido, o a él nos vamos aproximando por remotas analogías de sonido o significación, en proceso que aclara mucho nuestra dinámica pensante. ¿Qué, pues, ocurre en estos casos? Que cada recuerdo, cada representación, idea o imagen, corresponde a alguna constelación de significado próximo o sonido semejante, encasillada, como tanto he dicho, por modo tal que si la significación que le adscribimos en nuestra atinente busca, o sonido que le atribuimos no son exactos, permanece nuestro ánimo inquieto y un sí es no es fastidiado de su extraña situación.

Esto lleva a colegir —como acontece a tantos otros— que nuestro pensar es compulsiva incesante, un "ver" si esto encaja bien en esto o con estotro. Muy a la manera de la taxonomía botánica de Carlos de Linné, aunque por supuesto no tan rigurosamente, los datos de nuestro acervo mental, se ordenan, dentro de sus respectivas constelaciones, por género y especie, para distinguirse unos de otros a la vez que armonizarse funcionalmente. De ahí ese a modo de cotejo y

conmensura que entraña toda definición, todo juicio —y la definición es juicio— y toda idea, puesto que tal es "a su turno" significación de relaciones, es decir, conmensura y cotejo. La emergencia de tales relaciones se ha estudiado muy larga y controvertidamente bajo el viejo título de asociación de ideas, y acéptese o no el principio, ello es que recordamos por ligamiento y propincuidad, de similitud, de contraste y —quiera yo añadir— de equivalencia, y aun se ha logrado ubicar en el lóbulo parietal un centro de vinculación entre sensaciones pasadas y sensaciones presentes. En este punto cabe fantasear un poco sobre cuál de esas modalidades de asociación —o de significaciones, como otros dicen—, casa mejor con los varios y ricos matices de la mentalidad y temperamento de cada uno de nosotros, pues se advierte que la gracia coincide más con la virtud o habilidad asociadora de contraste, que la similitud favorece la imaginación poética, y que la lucidez de equivalencia, y simbolización por ende, caracteriza el genio. Con todo y ser ello posible, el asunto es inmensamente más intrincado, ya que la asociación de ideas ocurre según la índole de la personalidad, sus predilecciones y experiencias, amén de las concomitancias del momento y los anhelos de lo futuro: en una palabra su índole, sus necesidades y los presupuestos de su intencionalidad. La equivalencia por simbolización transferente ocurre asaz a menudo en los sueños y parece que asimismo está en la médula de la creación artística.

Estas cavilaciones e hipótesis replantean a nuestro embaído criterio —que no lúcido— la compulsiva o sopesamiento intuitivo de las relaciones entre la superdotación de finura sensorial y la respectiva calidad mental de sus favorecidos, si a buen oído, valga el ejemplo, o a excelente vista, corresponde atinente "vir-

tuosidad" para el arte musical o el pictórico. Y así digo, hasta donde me apoyan mis conocimientos, que ello constituye poderoso auxiliar mas no genuina causa eficiente. En el curso de mi experiencia profesional y social hallé portentos que desafían toda verosimilitud, como catadores de vino y de café que pueden distinguir el origen y proporción de mixtura o "blenda" (si la hubiere) de cualquiera de estos géneros comerciales, con certidumbre que indica no solo "entrenamiento" o disciplina eminentes sino también excepcional finura olfato-gustatoria. A veces uno de estos sentidos químicos —como fisiológicamente se les llama— se desarrolla aparte, conforme recuerdo de una graciosa, virtuosa y gentil dama amiga a quien nunca pudo traicionar a ocultas de ella su marido, así se empapase luego en agua de colonia. Por cierto que cuando yo le dije un poco o un mucho en sorna: "¿No cree usted que a ocasiones conviene ignorar un tanto los pecadillos del prójimo para eludir definitivo colapso del pudor, o fastidio hogareño?". "¡Qué va —díjome ella— a estos Romeos en disponibilidad importa mucho mantenerlos a raya para que el hogar no se nos vulgareice o derrumbe!". En casos de destreza son como en general para todos los sentidos - privilegiados las mujeres, como las encajeras y bordadoras que desde los tiempos de la lidia Aracne, hija de Idmón, o de la ulixea Penélope, descollaron en el mundo, aunque, a decir verdad, los miniaturistas relojeros de Suiza no les van en zaga, ni aquel ciego pintor yanqui que distinguía los colores por el tacto. En esto como en cuanto naturaleza hace, la sutilidad surge a cada instante: que no se me cae de la memoria la magia con que cierta madre —y ella me lo dijo— cuando, en la época en que las pulgas llevaban las de ganar en nuestros viejos caserones, no bien el chiquillo de turno lloriqueaba de noche, molesto por alguna de tales, no se preocupaba ella, como

las otras mamás, por desenvolverlo y cazar a pinchazos de dedo, a menudo frustráneos, el astuto bicho saltarín, sino que cachazudamente hundía la mano más libre que tuviese entre la camiseta y la espalda del crío, dejábala reposante hasta —¿humor o calor especial acaso?— muy pronto, la bestezuela correteaba ilusa entre el pulgar y el índice de su acechadora enemiga. El simpático y a su modo genial personaje popular de Medellín llamado Marañas, calculaba los mararayes (corozo pequeño o *Martinezia caryotaefolia*, con que los muchachos antioqueños juegan a las canicas), que apañaba al azar en la mano, sin equivocarse nunca: cosa, por cierto, muy diferente del célebre mozuelo rústico español que a la vista, y sin error, calculaba el número de las cerezas que contenía el cesto que colmado de ellas llevara al mercado —y luego se comprobó con otros objetos cuando fue sometido a pruebas de examen psíquico—. Experiencia le ayudaría un poco, mas no tanto que esto no sea una de esas dotes inexplicables del ser humano, según, asimismo acontece en los calculadores de almanaque —y en Bogotá hubo de tales uno llamado Camacho, de pocas letras e inteligencia mediocre, por otra parte, que daba sin vacilación el día de la semana que fuese y el santo de la liturgia que a él correspondiese, de cualquier fecha en no importase qué época—. Fenómeno sin duda de lucidez mental para ciertas especies de conocimiento, cual se dice de calculistas matemáticos casi milagrosos, para hacernos presuponer que algún día, estas virtudes reveladas en su génesis, el hombre alcanzará cimas divinales de entendimiento y domino del mundo.

De esa finura de tacto, que antes dije, y ágil movimiento manual, gozan algunos dibujantes, lo que no debe confundirse con habilidad pictórica: en un chiquello observé alguna ocasión tal destreza de dibujo

y gentileza de trazos que me forjé la esperanza de que sería —coadyuvantes disciplina y técnica— algún portento artístico. Mas ello fue que pasados dos o tres lustros le hallé dibujando tarjetas postales y menudas tareas de encargo: ocurrió que su pobre mente nada o poco más tenía para enaltecer la destreza de sus dedos. Que es, en otro orden, lo que a menudo ocurre a los místicos del folclore y el costumbrismo, deliciosamente hábiles en tonadas y rasgueos de tiple de mera epidermis sentimental, sin mensaje estético profundo. Entiendo que el don musical comprende varias subespecies estupendamente útiles, como es la preciosa vinculación suya con la poesía y aun el ritmo propio de la prosa elegante; con la danza, desde luego, y el compás armonioso de un caminar esbelto; con la oratoria en cada uno de sus módulos, desde la tenuemente ondulada cadencia coloquial hasta el rapto sublime de las magnas oraciones... Es que la música acendra lenguaje sui géneris de comunicación, de otra suerte infame, comoquiera que descubre al espíritu tantas ignotas modalidades de gozo, tantas ignotas modalidades de pena, tantas ignotas modalidades de anhelo, y un orbe particularmente suyo de información arcana, cual de presentimientos de un ultra mundo extrasensorial —como si entreabriese rehendijas en la puerta de un más allá silenciosamente inmenso— que uno no puede menos de pensar que nuestro yo esconde infinidad de rumbos extra inteligibles, de imperios ocultos de saber y de sentir: que, en una palabra, vivimos aún y morimos inéditos.

Otro de los raros vínculos de la música se observa en el aprendizaje de los idiomas extraños. De tiempo atrás sabemos que el buen oído musical favorece la políglotía, aunque, a decir lo justo, esta dote, portentosa a veces, abarca otros departamentos de la psique:

desde luego, cierta especial finura de captación fonética, y otra especial destreza de mimetismo expresivo, que hacen, la primera, fácil el entendimiento, la segunda, casi espontánea la buena dicción de las lenguas. Sino que a estos dones hay que añadir buena, firme y revocante memoria vocabular —pues que modalidades mnésicas se dan por miles— y una específica virtud, además, de intuir, exactamente intuir, la estructura peculiar del idioma que se intenta poseer. Muchos son los favorecidos con una u otra de estas habilidades, mas pocos los que disfruten de las tres aunadamente, y por el momento cito el espléndido caso de Enrique Schliemann, el afortunado descubridor de la Troya homérica —pues otras hubo en ese montículo de Hissarlik— quien aprendía lengua tan sabia como el latín, en seis semanas, cuando en seis años el común de nosotros apenas logra balbucirlo. Entre nosotros colombianos, al Pr. Manuel José Casas Manrique “se le prenden” los idiomas con todo su peculiar acento y complejas estructuras gramaticales, desde las lenguas indoeuropeas y semíticas hasta las amazónicas, como si fuesen donosas fabulillas de Iriarte o Samaniego. En él esto le vino de doble herencia paterno-materna, pero en otros es hecho esporádico sin duda. Recuerdo cómo, cuando Cipriano Cárdenas publicó en Londres su interesante nuevo idioma universal “Homidyomo” y se lo envió en consulta a célebre filólogo y políglota vienés, este le contestó a las cuarenta y ocho horas larga epístola, plena de observaciones en... homidyomo. Ni Cárdenas volvía en sí ni yo en mí, ante tal proeza.

Otra de las maravillas del lenguaje musical es su mundo propio de significaciones que a muchos conduce a leer oberturas y más dilatadas composiciones como si fuesen novelas, conforme me acaecía a mí en-

contrar punto menos que absorto a cierto amigo alemán que ello solía hacer en horas de ocio, y era para mi impericia algo fantasmagórico oírle explicarme la luminosidad de unas partes, la profundidad de ideas de otras, la frescura y aun "fragancia" de ciertas evocaciones, el rumor del paisaje, la confidente ternura, la sutil vislumbre del misterio. Imposible para mí, filisteo en Beethoven, en Bach o en Wagner, y no se diga de los acróbatas contemporáneos, el seguirlo en sus estéticas exégesis. Por adiestramiento sin duda, y por privilegio de afortunada condición ingénita. Algunos directores de orquesta y músicos en general, gozan de una a modo de finura auditiva de quiróptero que distingue a los murciélagos, verbigracia, y los habilita para volar a oscuras: En alguna ocasión observé cómo el Rvdo. padre jesuíta Luis Gamero, durante el ensayo de una obertura que incidentalmente dirigía, advirtió la disonancia de apenas medio tono de un instrumento poco resonante y en el fastigio de un allegro *assai*, de que yo no oía sino el caudaloso raudal de notas acordes. Meditando en estos filigranas de los sentidos, a ocasiones recordaba, para entender por flaca y remota analogía, que habiendo yo de niño dominado a la perfección el lenguaje telegráfico, gozaba en distinguir las diversas "escrituras" de mis colegas, y decirme: esta es elegante, esta torpe, esta ágil, esta reposada, o sencilla o cordial u orgullosa o qué sé yo, aun "elusiva" e inconfiable... y todo eso en el mecánico golpe de un manipulador: Cuánto más, pensaba yo, en la inmensa gama de tantos diferentes y armónicos sonidos! Para cogitar, luego a mis solas, en la riqueza de la realidad que calladamente nos circunda.

Y si eso nos afecta en la sola escala de diez y seis a veinte mil vibraciones por segundo, ¿qué no alabar y no tener por tesoro en la caudalosa esfera de luz y

sus colores? Siempre hube para mí que el hechizo y embeleso de los matices con que la luz agracia los seres naturales y las cosas no tienen paralelo en cuanto existe, ni paridad en su número ni equipolencia en la pulcritud de sus logros: entre 385 y 760 milimicras de longitud de sus ondas ofrece a la posible visión humana y pericia de los pintores algo así como sesenta mil tonalidades de color que mariposas, aves, gemas y flores aprovechan profusamente sin agotar el clímax de su cautivante hermosura. Es ella, la luz, ropaje de Dios, novia del mundo, emblema del espíritu, entraña de todo poderío, madre de la vida, señora de los sueños... que nada sin ella hubo ni con ella desvanece. Entrando por los ojos fórjase nido de asiento cerebral en serie más o menos acuciosa de servir, desde lo sensorial directo con imágenes "especulares" o especularias que nos hermanan con el mundo, e imágenes de significación quintaesenciadas que nos allegan al espíritu. Ella fue y sigue siendo, el lazarillo para recorrer distancias, evadir peligros, avizorar recursos, conmensurar el yo dentro de la infinitud de su legado. La que de nonada y efimeridad nos trocó en condueños suyos del cosmos. La que, en fin, si fines tiene el milagro de ser, antes del lenguaje nos heredó conciencia para que luego éste nos confirmara alma del mundo.

Acaso, acaso este discurrir enfático se acredite de mera reverberación imaginativa, romanticismo inverosímil o verbosa embriaguez irresponsable. Probaré esforzar su certitud, siquiera me abrumen la inmensidad del cometido y la cortedad de mis alcances, que si yo no lo lograre, quién quita que el solo intento sea un resquicio de luz para mejor dotados exploradores. De primer intento quiero anotar acerca del análisis anterior de la contribución de los sentidos a la obra del pensamiento, que su mayor alcance o gran finura, con

ser beneficentísimos, es que son en mucho inferiores a la buena disposición y ágil comportamiento de las correspondientes estructuras cerebrales, tanto en lo ideológico como en lo artístico y aun meramente utilitario, y que, a medida que estas se amplían y diferencian con el avance de la evolución filogenética y devenir de la cultura, los otros notoriamente amenguan. Tal ocurre sobre todo al sentido interno o cenestesia, que a los animales advierte tantos fenómenos, como los de peligro oculto, enfermedad y muerte próxima, con precisión admirable por cierto, según nos lo dicen quienes conviven o han convivido con ellos, aun feroces. A nosotros sí apenas nos informan vagamente de trastornos funcionales en su mensaje de inquietud o melancolía, y algunas pocas veces mediante ensueños premonitorios de inminentes parálisis, por ejemplo. Esto dicho de los sentidos fisiológicos, porque atrás anoté como han crecido por miríadas de veces en su expansión instrumental —química o física— que hora alcanza a los confines del mundo, de un lado, y a las mínimas entrañas del ser, por otro, abismalmente.

Enunciado así el cúmulo de factores que concurren a la prodigiosa elaboración del pensamiento reanudo mi preámbulo acerca de que la mente del hombre culto se halla en todo instante ocupada —o mejor dicho, expresada— por representaciones verbales, en uno, como antes dije, diálogo continuo. Dichas representaciones suelen ser meramente contemplativas, con sus atinentes juicios de percepción, estados afectivos y conativo impulso, mas nunca solitarias sino enjambradas en constelaciones complementarias, que dan a la mente el aspecto de incesante calidoscopio de imágenes o discurso escenificado. Otras veces el proceso se torna valorativo, como al preguntarnos qué es o cómo es esto —el sujeto de la consideración mental—

ora para definirlo, o sea, encasillarlo en su respectiva gaveta o "kárdex", ora para desentrañar de sus valores nuevas relaciones, nuevos rumbos, nuevas estructuras conceptuales, es decir, para razonar con él o inventar o aplicarlo. Es este proceso tan indefinible cuantitativamente, que abarca los elementos acumulados por la experiencia filogenética de la vida, la cultural de la especie, la accidental del concurso ambiente o circunstancia, la propia nuestra fisiológica o psíquica y el arcano mundo, en fin, de lo que ha de ser y ya se anuncia en las tensiones del devenir, anhelo o angustia inclusive. Lo que a su vez nos enseña que nada mental es indiferente o neutro, que ya sea predominantemente significativo o afectivo, siempre será en ambas cosas en cierto grado, desde el yo hasta la más remota galaxia del mundo. Porque la psique es continuación inextricable de la *physis* o naturaleza material de los antiguos, que adquirió la vida para subsistir, lo que equivale a sostener que el pensamiento es un recurso de la existencia: cuanto ocurre en la mente es o algo porque existimos, o algo con que existimos, o algo para que existimos, frases en que cambia la preposición y permanece el sujeto existencia.

Mas no todo ese cúmulo de factores del pensamiento actúan con igual grado de vigencia, ya que de hecho solo advertimos unos cuantos en ejercicio, a menudo dilemáticamente: esto o aquello, pero siempre situados a retaguardia, respaldando a ese esto o a ese aquello. En una a modo de pantalla, hablando cinematográficamente, discurren o transcurren los fenómenos mentales, ya les llamemos imágenes, representaciones, ideas o meras tensiones afectivo-volitivas, con su carga de valencias, de interés y de excitación teleológica, no para que alguien —el *Deus ex machina* de los filósofos— califique, escoja y decida, sino que de suyo, ellos

mismos en siendo presentes con su distintiva importancia se colocan en primero o segundo o tercer orden, son los preferibles, los seleccionables, los determinables y no los preferidos, seleccionados y decisivos. Es proceso de computación espontánea, como el que lleva a los componentes de un conjunto a situarse en el orden de gravedad, de forma y de tamaño, como en las cordilleras, como en las constelaciones, como en las galaxias, como en las jerarquías sociales. Una computación tan espontáneamente prodigiosa como la que ejercen los aparatos cibernéticos que por esto mismo se denominan computadores o computadoras electrónicas.

Sí. ¿Pero acaso esto significa minoración o desmedro alguno de la dignidad de la psique humana? ¿Qué más da que a estas maravillas nos haya conducido el espíritu bajando de su trono conceptual, o la materia subiendo de la obsoleta hipótesis de ser sierva humilde? ¿Por qué le hemos de trazar a Dios el modo de engendrar sus criaturillas, por qué nosotros arrogarnos el derecho de clasificárselas? Motivo tendría él —colocándonos en la órbita de los teólogos— para sonreír un poco de estos sus alzaprimados bachillercitos. El mundo actual nos está transmutando buen golpe de viejas tesis. Un físico puede ahora medir las rotaciones por segundo que el protón ejercita sobre su eje y hablarnos de cien mil trillones (castellanos) o sea la unidad segunda de menos veintitrés ceros segundo, y al lado suyo otro estará manejando un gas a veinte millones de grados centígrados de calor, o sea la temperatura del centro solar, sin chamuscarse las uñas, en tanto que un tercero le estará contando los genes a la minúscula *Drosophila melanogaster* o moscueta de las frutas... y yo me pregunto dónde concluye la materia y aparece el espíritu, o dónde des-

aparece el espíritu y surge la materia, sin que atine a diferenciar sus reinos.

Esta operación de compulsa y cómputo será tanto más eficiente, como es lógico decir, cuanto las condiciones de las estructuras cerebrales receptoras del respectivo estimulante sean más amplias y fisiológicamente mejor servidas en nutrición, respiración y facilidades de intercambio catalítico, en finura, por ende, y abundancia de capilares, membranas dializadoras y sinapsis dendríticas, como en página anterior expuse, y asimismo en mayor riqueza y mejor adecuación de los elementos actuantes, datos de la memoria, verbigracia, y adiestramiento adquirido, sin pretermittir la estupenda aportación del genio o ingenio idiosincrásico del individuo actuante. Porque no creo que se trate de sola computación a manera de las máquinas electrónicas de tanta nombradía hogaño, que rinden frutos de portento sin duda, en cuanto a precisión y rapidez, punto menos que inverosímiles, pero que no logran, al menos aún, añadir *motu proprio*, por así decirlo análogicamente, novedad alguna, cuando, la dinámica nerviosa, esta sí, introduce modificaciones, engendra novedades, traza rumbos. Ocurre ello, si no yerra mi juicio, porque el proceso es biológico, no estático, en consecuencia, sino caracterizado por ser tensión a un fin, en cada momento alimentándose de nuevos recursos y expulsando desechos, conforme los estudios de la memoria nos lo atestiguan, enseñándonos que de los millones de estímulos acaecientes en un día, pongo por caso ilustrativo, apenas si ella recoge un centenar por el momento, una decena luego adelante y tal vez uno en definitiva.

¿De conformidad con qué normas, hábitos o incidentales motivos? Aquí de la suma prudencia para

carmenar un poco el supremo asunto. Siendo operación biológica para la subsistencia de la vida, excusado es decir que el interés existencial rige sus actuaciones en primer orden, y así, observamos constantemente que lo que importe como provecho o peligro a nuestro ser obtiene prelación en nuestra mente, teniendo, por más idealistas que seamos, de implacable egoísmo la meditación y la recordación de los hechos a ello atinentes, como los sucesos del amor, de la seguridad personal, del triunfo. A veces este insistir del interés se torna en idea fija que alcanza los límites del dolor por uno a modo de agotamiento mental y aun de locura, con el desequilibrio de las funciones así desalojadas. Lo comprueba el que siempre recordamos preferente e indeleblemente los actos propios o los hechos que nos incumben dañosos de nuestra dignidad y mero lustre. La otra asociación inmediata, muy próxima a esta en el fondo, es el recordar lo triste y peyorativo cuando la enfermedad o la angustia nos deprime, o los alegres y exultantes cuando, a la inversa, predomina buena salud o el regocijo de algún buen éxito, entrambas situaciones tan rigurosamente entrelazadas con su pléyade de sentimientos, ideas y voliciones afines que, cuando son continuas o muy frecuentes, constituyen índole personal de inmensas e intensas repercusiones individuales, familiares y sociales. En retablo evidentísimo se destaca esta comitancia de lo somático, lo afectivo, lo volitivo y lo mental en la llamada locura maníaco-depresiva, en la que, si está de turno la depresión o lo está la exaltación, es inútil todo intento de intercalar en el pensamiento asociaciones contrarias al ánimo prevaleciente.

Lo cual asimismo comprueba que si pensamos con un centro específico cada vez, al proceso pensante

contribuyen todas las otras regiones, cuáles aportando representaciones de los distintos fenómenos sensorios, cuáles las imágenes elaboradas de la ideación, cuáles los afectos y sentimientos, y ampliando, en fin, el estímulo central neurocítico a las más apartadas zonas del organismo, mediante los haces que conectan las circunvoluciones frontales, verbigracia, con el tálamo, el hipotálamo y demás núcleos del mesencéfalo y el diencéfalo, sistema reticular activante inclusive, e inclusive el "presunto" centro del yo, por ahí supositivamente ubicado.

Ahora bien, desechando situaciones extremas, ¿cómo pues pensamos en la normalidad común? El ensueño nos ofrece el trabajo mental en la más sencilla forma posible, o sea, aislado de la mayor parte de los estímulos sensoriales que lo suscitan y abierto a la espontaneidad de sus recuerdos más insistentes, sus intereses más vitales, sus riesgos más inquietantes, su cefalea más notoria y el tono general del propio temperamento, y así lo vemos surgir a modo de ficción dramática con escenas y personajes doblemente significativos, que pues de un aspecto reproducen vivencias más o menos recientes o remotas según convengan mejor a la emotividad que ese instante predomine en nuestro organismo, y de otro —extraordinaria similitud con la génesis del arte— nunca idénticos a la imagen real que engendró el recuerdo respectivo, sino semejantes apenas, móviles siempre y esencialmente simbólicos, hasta el punto de que en el curso de la misma ensoñación percibimos un objeto dado con conciencia de que es otra cosa que dicho objeto. La capacidad de evocación es diferente en la vigilia y el ensueño, siendo en aquella las imágenes inmóviles y muy vagas, en tanto que en este otro son indetenibles en su forma y significado, a más de intensamente ví-

vidas, aun más que las que la sensación nos permite contemplar directamente. Durante la ensoñación, así predomine la inmediata relación con la cenestesia, la memoria e incidentes sensaciones, nunca falta el juicio valorativo, que hasta nos advierte a menudo, pesadillas verbigracia, que la angustiosa dramatización onírica, tan a menudo engoznada a frustraciones penosas de nuestra dignidad o de nuestra seguridad, y tan parecidamente estructuradas a lo que la experiencia nos la ha hecho conocer antes, sigue en su aparente caos, un orden de prevalencias, ora de anhelo, de apetito, de sed, de libidine sobre todo, o bien de fuga, riesgos, verbigracia, que nos angustiaron un día, de los infantiles en primer término, y frustraciones de nuestra propia estima, en fin, sobre manera dolorosas, errores graves y culpas insolventes ante el inflexible tribunal del soterrado (o subestructurado) yo. Quisiera, con todo, hacer resaltar algunas diferencias entre las deformaciones que la fantasía produce en el sueño, el delirio —esquizofrénico, digamos— y la voluntad artística: caricatura, emblematización afectiva, simbolismo religioso, verbigracia. Porque en el ensueño la modificación o transformación que un estado angustioso impone, como el convertirse un lagarto en una serpiente, una escena de amor en un peligro de celos vengadores, un paisaje ameno en abrupto repecho asfixiante o en laderas de ríos enormes, según lo describía en otro aparte de este estudio, se verifica por mutación de formas y colores sin solución de continuidad, en tanto que en el *delirium tremens*, en la epilepsia y en el esquizoísmo grave la figuración extraña surge de una vez y permanece, y en tanto que en la deformación voluntaria de los artistas obedece a una prefiguración simbólica de su mente, conforme se observa en las máscaras de los primitivos, en la iconografía de ciertas divinidades o monstruos de algunas

religiones, y en los caprichos de un Francisco Goya, un Jerónimo Bosch o un abstraccionista moderno. Mas ello es que en todos estos casos de "creación" no existe figuración ninguna *ex nihilo*, sino caprichosas disposiciones de los respectivos elementos naturales: diez brazos, un ojo deforme, un cuerno, unas alas en los pies, un murciélago gigante... o un sol humanizado, o una tierra madre, o una aurora de inefable belleza. ¡Divagación, deformación, símbolo!

Así, pues, dígase lo que se quiera, y mucho de ello se dice, nuestra mente no descubre nada que no sea sugerido por la experiencia, no ve nada real fuera de su mundo ambiente, ni nada real inédito, autógeno, *ex nihilo*, en su mundo interior. Las modificaciones que surgen en lo representado mentalmente, ya en la vigilia, ya en los ensueños, emanan de la diferente índole de nuestra constitución y relativo temperamento, y esa peculiaridad de ser constituye la originalidad de cada individuo y la originalidad de sus obras. Pensamos en concatenación de representaciones normalmente revividas por la fuerza de su interés en cada caso, y en cada hombre entrelazadas según el hábito de su ocurrencia que denominamos ley de asociación, conforme lo expuse antes, de contigüidad espacial o temporal, o de similitud, o de contraste, o de equivalencia, o de correspondencia, o de simbolización emblemática, o de imperativo interés vital en el momento de su ejercicio: la invención y la llamada creación, bien se las considere ideológicas o bien solamente artísticas, otra cosa no son que dicho orden de ocurrencia no ya de lo pretérito sino de lo futuro, más o menos evidente según la habilidad de concepción, la destreza laboral de las estructuras nerviosas del respectivo pensante. Ninguna verdad absoluta conoce el hombre, ni siquiera evidente noción de su espíritu. El mundo se ri-

ge y rigió siempre por mitos, sagrados a menudo en cuanto noblemente actuantes, redentores de angustia o socialmente útiles, pero mitos en su origen y en su esencia, verdades —esto sí— en la verdad de sus efectos: ¡retroactivamente válidos en sus obras!

En último análisis se puede afirmar que todas aquellas modalidades del pensar se reducen directa o remotamente al proceso de comparación, así parezca casi pueril presuponer que el milagro por antonomasia del hombre, el pensamiento, pueda concebirse como la mera sutilización del humilde comparar, que arranca de la evidencia de los tamaños y termina en la excelencia de los valores eminentes de la verdad, la bondad, la justicia y la belleza. Comprendo, esto sí, que en ciertas suertes de este orden de lo comparativo sea difícil discernir lo que oculten de comparación, como en la emblemización y en las matemáticas, si no tuviésemos el puente de la equivalencia, comparación de un lado y simbolización de otro. En el caso de la correspondencia es aun más conocible la respectiva vinculación entre comparación y pensamiento. Como que sabemos que la exactitud de pertenencia del predicado al sujeto ocurre en el individuo, gran parte en la especie, menor aun en el género, el orden, la clase, o la mera entidad en abstracto, sucesivamente, mas en un clímax de correspondencia que solo la comparación define. Las mismas relaciones de correspondencia y de símbolo pueden advertirse en la numeración y sus funciones aritméticas, verbigracia, cuando, valga el ejemplo, el niño atrapa la proporción entre dos y cuatro o entre raíz cuadrada de diez y seis, en que lo que se dice por antonomasia inducción, deducción e intuición no es sino el fenómeno más o menos amplio o complejo de las correlaciones, o sea, de comparaciones más y más abstrusas. Cuando la compara-

ción se torna inadvertible por exceso de sublimación y sutilidad, como en los conceptos de infinitud, de eternidad, de dios o de espíritu, pongo por caso, recurre el pensamiento a la negación, que es una a modo de comparación trunca, conviene a saber: una cualidad comparable a otra i-limitada, in-definible, im-ponderable, etc., en que la negación se constituye en el término de comparación que falta.

Es así también como de comparación en comparación llegamos a la generalidad y a lo absoluto: tomemos la serie más sencilla de lo cuantitativo, que en la mente se ordena, como los materiales en el suelo, según su proporción, a saber: más grande, grandísimo o más pesado, pesadísimo o más numeroso, numerosísimo... hasta el límite de la indefinición que expresamos generalizando: grandeza, pesadez, cuantía, y luego adelante, extrayendo de estos atributos toda posible mensura, es decir concibiéndolos incomparables: inmensidad, inconmensurabilidad, infinitud. Asimismo se advierte esta gradación en los valores de cualidad, cuando ascendemos de bueno a muy bueno, a buenísimo y a bondad, en fin, como *pari passu* ocurre con belleza, justicia, santidad, caridad, heroísmo etc., así informándonos que no parte la mente de ninguna idea innata que de suyo la adorne, sino de hechos que le ocurren con algún interés vital que espontáneamente los sistematiza en el doble cartabón de una definición peculiar genérica y de un alcance individual relativo.

Pensar es comparar y abstraer consiste en considerar la resultante de dicha comparación en su límite de compulsamiento, en un aislarla en la solitud de su valencia, inconmensurablemente aparte, en que ya el auxilio del lenguaje hablado aporta precisiones de sentido que los fenómenos mentales solo vagamente su-

gieren, según se observa en la niñez y en los pueblos primitivos.

Miremos el caso sutilísimo de la gracia, uno de los valores más afortunados del pensamiento humano, indefinible concepto de la esbeltez alígera de los seres y los actos, que sin ser necesariamente bella atrae más que la belleza, que sin ser necesariamente verdadera o bondadosa o justa, la bondad, la verdad y la justicia enaltece, por lo que cualquiera diría que nada es de suyo más solitariamente genuino. Movimiento ondulante sin móvil, espiral de vuelo sin ala volátil, esencia sin entidad que coesencia todas las entidades. Considerada en sí es cualidad estética específica que hace cautivadoramente amables las cosas, los seres y los actos; considerada cuanto al espectador suyo, es complejo sentimental estético de atracción, admiración, encanto, simpatía y aun sorpresa inextinguible, que desinteresadamente deleita; y analizada en el sujeto que la posee, es a modo de peculiar virtud estética que surge de un conjunto —secundaria por ende— de cualidades distintas, a saber: en lo estructural, euritmia de la esbeltez, la delicadeza y el donaire; en la acción, agilidad, espontaneidad y eliminación de perceptible esfuerzo; en lo moral, candor, sencillez o inocencia expresiva; en lo sugerente, el dulce ya y aun temible triunfo de Eros que se vislumbra en la quietada ternura del mirar de amor en la núbil Venus de Botticelli, por ejemplo, o en el represado sí de la leve sonrisa de Gioconda, o en la línea que anuncia el amanecer en la estatua del día de Miguel Ángel, o en la levitación que mimetiza el símbolo en la danza de Isadora Duncan, o en el paso errátil con que la primavera luce naciente en Simonetta Vespucci, o en el vuelo zigzagueante con que la casera golondrina triscando se hace leve, o en el balbuceo del niño en que aso-

ma, jugueteando a ser, la inteligencia... o, en resumen, en la promesa de una idealidad que nos sonríe o nos absorbe, como en el aletazo nocturno del ave agorera de Palas que inspiró al poeta senescente: "Duerme devota lámpara obrera de largo desvelo: la augusta noche quiere ser escuchada".

Tenuidad, elación inasequible, aroma apenas de una significación alálica sin voces sui géneris. No admite el enmarcamiento definidor de otras especies sublimes, como cuando decimos que lo bello es armoniosa apariencia de una proporción que cautiva grata y desinteresadamente nuestra sensibilidad; o que el arte es expresión estética de algo cuya contemplación produce un sentimiento agradable que en sí mismo se consume; o que la armonía es adecuación de las partes entre sí y de cada una de ellas con el todo que constituyen; o que la poesía, en fin, es elación de un afecto del alma, infusa en voces acordadas cadenciosamente o demás apariencias sensibles, inteligibles o intuibles de otro impresionante orden... en todo lo cual prevalece el símil, la comparación indefinible o manifiesta.

¿Sería, entonces, la gracia especie mental impulsable, innato modo de valoración sin par en el ejercicio de su entendimiento? Contemplémosla en *El Magnificat*, uno de los momentos verbales más alquitardos del sentimiento puro, de una sensibilidad casi evanescente, sola imagen de sí, incorpórea y aparentemente incomparable por ende:

"Engrandece mi alma al Señor,
y se regocija mi espíritu en Dios, mi Salvador:
porque miró la bajeza de su esclava,
pues he aquí que desde ahora me dirán
bienaventurada todas las generaciones.

"Hizo en mí maravillas el Poderoso,
cuyo nombre es Santo:
y su misericordia por edades de edades
a los que temen.

"De la valentía de su brazo hubo obras:
esparció a los soberbios
del pensamiento de su corazón,
destronó a los poderosos
y enalteció a los humildes,
abasteció a los hambrientos
y a los ricos despidió vacíos.

"Recibió a Israel, su siervo,
acordándole misericordia,
como habló a nuestros padres,
Abraham y su estirpe,
para siempre".

Sublime canto de gratitud y adoración, pocas veces, si alguna, igualado en el mundo, pero sin una sola comparación que nos capacite para imaginar al Espíritu Santo que obró en ella el prodigio de la divina fecundidad, ni mención particular del arcano sujeto de tan interpersonal connubio, como tampoco la más leve imagen siquiera de un sentirse partenogenéticamente impregnada, porque de vero ni uno ni otro acacimimiento tenían similitud con nada en la órbita del corazón humano, donde lo incomparable es ininteligible, ya que las mismas definiciones negativas absolutas lo son por exclusión de coparticipación de esencia o coparticipación de forma.

De ahí que en toda operación mental, sensación, percepción, atención, reflexión, razonamiento, o intuición, deducción, invención, hipótesis etc., se halle im-

plícito o explícito un juicio concerniente a dicho fenómeno, y no podemos eliminar el hecho de que todo juicio implica comparación de representaciones psíquicas, voces, imágenes, o presentimientos más o menos confusos: esas presunciones de la sensibilidad y prenociones del entendimiento que denominamos con las socorridas fórmulas de "a mí me parece", "a mí se me ocurre", "a mí me atrae", o qué sé yo. Y comoquiera que todo juicio, según lo dilucidé antes, es meramente una relación gramatical —una lógica idiomática— entre sujeto y predicado, presupone, cual todas las restantes operaciones de la psique, una comparación, he de preguntarme por ende si de cierto existe sujeto alguno ontológico que la realice, o si tal comparación nada más es que un estar ahí presente con su interés afectivo, su significación ideológica y su valencia usual: la voz "espíritu", desde este punto de análisis, tendría por predicado, formaría pues un juicio, con "respiración" en la mente del hombre primitivo, alcanza en los homéridas un aspecto de sombra emblemática de los muertos, truecase para Anaxágoras, Pitágoras, Sócrates, Platón, Aristóteles etc. en principio entitativo y perdurable, y para los cristianos se confunde con el concepto de alma, sujeto de racionalidad, de libertad, de responsabilidad y de salvación, con valor afectivo supremo y metafísica substancia indestructible. No parece, pues, que haya un algo o un alguien que sostenga la balanza de la mesuración y atestigüe la resultante del juicio, sino que al estar los términos de la confrontación presentes cada uno toma su puesto de cantidad y calidad que le corresponde, a virtud de la ley de los conjuntos de que traté antes, mediante la cual los componentes de un todo se asocian según su alcance ponderal o afectivo o significativo, y el conjunto adquiere esencia propia, deja de ser montón para devenir ente aparte. Lo vemos precisamente en la

unión matrimonial armónica y aun, en orden inferior, en las parejas de conducción que constituyen los animales de tiro, o en la gravitación de dos cuerpos que espontáneamente actúan según su propio poderío.

Lo que ascendiendo más y más en mi contemplación de lo que es nuestra individualidad humana, el famoso yo de la psicología, con su inmensa magnitud de valencia afectiva y de significancia ontológica. Pues de peldaño en peldaño ha venido construyendo un edificio prodigioso de virtudes, desde la irritabilidad de los protozoos hasta la intelección sublime del propio ser que endiosa al hombre consciente de las magnas culturas, con sus dones de percepción, reflexión, reconocimiento, voluntad y juicio que lo entronizan en sitial de testigo cósmico.

Lo que vale decir que ese yo es asombrosa supremacía. ¿Pero, lo es *ab origine*, de suyo, por su solo ser lo que es, con virtud autárquica, o delegatariamente apenas?

El lento desarrollo de tales dones, paso a paso a través de las edades y las especies, sin solución de continuidad entre un sentir y un advertir que se siente, entre un percibir, y un reconocer el percepto, entre un anhelar y un querer lo adquirible, entre un hallarse limitado y un concebirse limitante, entre un padecer acción y un constituirse actuante, entre un ser en mancomunidad y un individualizarse autónomo... nos enseña que hemos venido de agregación en agregación, y de agregado en combinación unitaria. Ya los monozoarios se unen metazoariamente, los coloniales, sincitiales y merozoos se individualizan funcional o vivencialmente, cual se conoce en los blastómeros de la

mórula, límite embriológico entre la unidad y la multiplicidad del futuro ser en los vertebrados.

Asociación de células en tejidos, de tejidos en órganos, de órganos integrados mediante el sistema nervioso y las hormonas en definida individualidad, nos conducen a imaginar la base somática del yo, a la cual completan las funciones psíquicas enunciadas antes para conformarla unidad biológica aparte, gregaria o más o menos solitaria aún. Ahora bien, para que dicha individualidad biológica adquiriera no solo la autonomía de un comportamiento, sino también la validez de un propósito, defensivo, ofensivo, comunicativo, afectivo y reproductivo, ordenadamente ya, virtudes o potencias que poseen los animales en ciertas aptitudes, a veces sorprendentes, como lo demuestran su entender una situación, reconocer un "derecho", intentar una solución, agradecer un beneficio, verbigracia, o sea, al actuar con sentido de relación entre ellos y su ambiente mundo, requieren poseer la noción de su diferencia con ese mundo, o relación entre lo interior suyo y lo exterior ajeno, para merecer el título de yoes. Más aun, para que ese sentirse y saberse yo, adquiriera la calidad de persona es ineludible que el dicho yo que la sustenta, no solo sea consciente de sus potencias y limitaciones, animal, ni de ser consciente de esa conciencia, conviene a saber, de darse cuenta de su autognosia, de su racionalidad, pero asimismo, y sobre estos prenotados fundamentos, reconocerse responsable de su ser, su valer y su conducta, de actuar pues moralmente. Y no comoquiera, con vaga noción de responsabilidad, que ya atrás dije ser cualidad de ciertas especies gregarias, con sus individuos vigilantes, laborantes y defensores, y hasta sujetos de culpabilidad, hasta sujetos de pundonor cuando no cumplen su tarea, según lo expuse entonces, sino de saber que lo

saben, distintivo supremo entre animal y hombre, entre *homínido*, si se quiere precisar mejor aun, y *homo sapiens*.

Preciosa definición de la tan a menudo citada virtud genitora de esencias, de virtud usiagónica, como podría decirse en su exacta etimología griega, la de los conjuntos, por la cual dejan de ser funcionalmente, anárquicos los seres, los actos y las cosas, y ontológicamente caóticos, para constituirse en entidades de armonía y sentido, en individuos, pues, y especies y órdenes y mundos y cosmos... en existencias valiosas, en fin, e inteligibles.

Bella concatenación de hechos y perceptos, sin duda, pero todavía inhábil para la suprema certidumbre del porqué y el para qué de la realidad en que somos y de este nuestro ser real en ella: algo tan abstrusamente entrañado en dos nociones que todo las presupone sin que ellas en sí mismas presupongan nada: la posición y el número, a cuyo análisis consagraré cuanto alcance a discernir en el próximo capítulo. Por el pronto, sería ligereza concluir este sin desbrozar un poco más siquiera ese concepto de personalidad en que culminan, así sea embrolladamente aún, psicologías, filosofías, religiones y hasta jurisprudencias, humildemente nacido de una ficción, pseudo figuración o máscara hace apenas unas veinticinco centurias, y ahora devenido un cosmos de intrincaciones conceptuales. Pienso, verbigracia, en la preciosa síntesis del perspicuo Boecio que la vincula a la naturaleza racional del hombre, diciendo: *substantia individua rationalis naturae*, que infortunadamente pone dentro de substancia algo más de lo que incluye la personalidad, y en lo de naturaleza racional algo menos de lo que la psicología comparada nos informa. La compenetración de

personalidad con sujeto de valores, evidente hasta cierto punto, apadrinada por el genio sagaz de Scheler, pretermite ciertas valuaciones que algunos animales comparten con el hombre: dignidad, afectividad, gratitud, estética y eminentísimo concepto de propiedad, pongo por caso, y los intelectuales de percibir, reconocer y aun planear soluciones. La idea de que corresponde a la unidad esencial de los actos "espirituales", tan preciada de los pensadores religiosos, seduce si no fuese porque no sabemos dónde comienza ni dónde acaba el concepto de espíritu, ni en la filogenia del hombre ni en la psicogenia del niño, y así, redundaríamos en ilicitud de lo impreciso, conforme lo glosé en la parte que expuse acerca de la psicogonía de la mente. Luégo, insistiendo en el módulo exegetico que mejor persuade mi asentimiento, yo diría que personalidad es la esencia unitiva emergente del conjunto de cualidades conscientes que individúan al ser humano y lo constituyen responsable de su conducta. O en otros términos: la esencia individuante y responsabilizante de un ser con finalidad axiológica. De un ser con destino valioso, todavía más sucintamente dicho.

Y aun aquí me es ineludible reiterar el símil de la génesis de las esencias en los conjuntos que de montón pasan a organizarse funcionalmente, y aducir el patente ejemplo de casas, calles, gentes y climas al unirse en ciudad y con ello obtener entidad propia, personalidad definida y "espíritu" histórico inconfundible, como inconfundibles son, verbigracia, Roma y Atenas, Londres y París, Nueva York y Menfis, y con ello, además, plantearnos el sutilísimo problema que esboqué en página anterior, de la arcana equivalencia entre cultura, historia y espíritu, a que probablemente dedicaré adelante breve análisis, por ver de dilucidar

sus vínculos con el concepto de personalidad, aquí apenas, y muy apenas, bosquejado.

- III -

Para quienes profesan el dogma creacionista respecto del cosmos o la hipótesis de su origen en una materia eterna o, en fin, conciben las opiniones atinentes a este asunto como solo fantasías de la ociosidad mental de los místicos y filósofos que a su estudio se dedican, no tiene importancia alguna la pregunta que yo, al prescindir especulativamente de estas soluciones siempre me hice, desde muy temprana edad, a saber: ¿Qué existía la víspera del surgimiento de la realidad que constituye ese cosmos? Mas he de confesar paladinamente que para mí, historia y cultura, el mundo en que vivimos y la plenitud de existencia misma que en él ahora tenemos, sin aquella noción inconfundible y perenne carecen de sentido o apenas lo tienen como insoslayable manantial de angustia.

Es el supremo enigma de la esfinge, y sin exagerar retóricamente la actitud, el punto clave que redimirá a la historia de extinguirse en la locura o la confirmará derrotero perenne del espíritu.

La primera hipótesis de que la realidad física en que vivimos es cuanto existe y ha existido siempre, acogida por magnos pensadores de todas las edades y maestros eminentes de todas las ramas del conocimiento científico, es lo que se nos aparece más próximo a la evidencia de los sentidos y más asequible a las lucubraciones de la mente. Un mundo de ilimitada periferia que gira en porciones de inmensa magnitud galáctica según leyes de correlación ineluctables y armó-

nicas, desde un origen indefinible pero necesariamente implicado en el proceso mismo de su acontecer dinámico, y que se expande con regularidad normativa también hasta límites presumibles aunque todavía ignotos, desde los ocho minutos de distancia-luz a que gira el sol cerca de nosotros, hasta seis mil u ocho mil millones de lejanía a que suponemos huyen los más remotos universos perceptibles, en una a modo de expansión acelerada de inimaginable causación ni causalidad. A esto llamaron cosmos los antiguos, es decir, ordenamiento admirable, y lo alabaron y aun adoraron como belleza sin par e insondable portento de alguna sabiduría suprema pero oculta. Y a la verdad que conmueve el ánimo del espectador inteligente esta visión de luminosas y coordinadas magnitudes que están ahí en posición de eternidad e infinitud ante él efímero, aunque al parecer solitario dueño mental de ellas: cocuyo en la inmensidad de la noche infinita de los siglos y astronómicas esferas, que las posee mirándolas y las domina midiéndolas en el breve parpadeo de su trance, arcanamente transeúnte. Embelesados y perplejos, místicos, sabios y poetas se preguntan ¿a qué tanta maravilla de poderío y luz, de relación y tránsito, si permanecen intelectualmente muda su presencia e indefinible el mensaje de sus símbolos?

Porque suponer que estas recientes novedades denominadas hombre, cultura, historia, espíritu o qué sé yo más, que naufragan en aquellas magnitudes del espacio-tiempo indefinible, nacidas ayer apenas, sean la finalidad suya y su metro de conmensuración, no tiene sentido así al pronto: hace siete mil años, se juntaron en parvas aldeas, Jericó de Palestina, por ejemplo, los primeros hacedores de cultura urbana, cuando ya la realidad-mundo existía por miles de millones de siglos, sin contar lo antecedente suyo ignoto. Porque

de este visible cosmos de nuestra realidad se puede colegir que comenzó un día, o que es el sucesor de otro, parigual o diverso, o de otros en serie loca de eventos inútiles, o aspecto transitorio de una materia eternamente extingible y renaciente, como tantos genios lo conciben, sin duda, y aun así hechiceramente persuasivo, poéticamente cautivador, como un drama que enlabia por el momento y se disipa luego en el mutismo del no ser, sí, todo esto es verosímil, pero ¿a qué fin esa dramatización sin enlace de significado, lúdrico devenir de una fantasía de la nada que en nada concluye? Hipotetizar que en millones de galaxias han existido o pueden existir parcelas de espiritualidad, tipo cultura *homo sapiens*, es plausible, mas sin concatenación de esas ocurrencias en conjunto armónico de fácil sistematización interpretativa, ello carece de destino, o de sentido inteligible al menos. A mi humilde entender, sería algo comparable a inmenso despliegue de juegos artificiales de ignoto origen e inescrutable finalidad, ociosa tarea de un ser que por ausencia de propósito sería un no-ser, una a modo de aurora boreal en la infinitud vacía. Equivaldría a un maravilloso espejismo que en el inconmensurable desierto de la eternidad hubiese surgido sin cosa alguna que lo engendrara como figura transmisible, como fuente objetiva de la representación, como retrato, en fin, de sujeto representable.

Por más distante que se les considere entre sí, un mundo tal equivaldría al ficticio que los seguidores de Maya conciben, mera ilusión, apariencia sin realidad sustentante, que surge y se disipa en la fantasmagoría de un sueño. De seguro, como en páginas anteriores lo expuse, el concepto de irrealdad de la vida del hombre y del mundo ha sido tenaz en la historia del pensamiento y las obras del arte, pero el aceptarlo en

el orden severo de la filosofía choca con arduas contradicciones, como la de suponer que la divinidad que tiene dentro de sí la exacta visión de todo lo posible, se dé al infantil recreo de expresarla en fingida representación, y la no menos concluyente de que una ficción actúe *motu proprio*, como sería el caso de tener conciencia de su fenomenología, de lo que en su ficticio proceso le ocurre a ella o en ella discurre, es decir, en ser sujeto de operaciones autónomas.

En la crítica del origen material del cosmos, o de la sucesiva procesión de cosmos que la mera energía del mundo físico produce en un devenir de ciega causalidad o espontáneo ordenamiento de fuerzas y magnitudes (*agéneetos*), como el que la realidad nos ofrece a inagotables contemplación y estudio, lo que más perturba el sosegante asentimiento es la indeterminación del móvil o razón de ser inteligible de su existencia y la continuidad de una operación que *ab initio* debió organizarse definitivamente, o en su evieternidad haberse configurado en las primeras edades en todas sus combinaciones posibles, si, como parece, no le podemos atribuir infinitud, ya que, así sea temerariamente calculado, se le supone un radio de 10^{10} años-luz, o sea $10^{20} \times 9^{18}$ en kilómetros, con un contenido de 2.4×10^{79} partículas elementales, según el cómputo de Eddington. Otros le atribuyen un radio de 10^{10} años-luz, o sea 6×10^{23} millas, con 10^{21} estrellas y 10^8 planetas similares a nuestro globo terráqueo: Cifras que pueden aumentarse o disminuirse sin que ello invalide la respectiva argumentación.

La tercera concepción del origen del cosmos es la que sustentan las religiones con carácter de dogma, consistente en que existe una divinidad eterna o un conjunto de divinidades coeternamente asociadas, que

con sabiduría, bondad y poder infinitos crearon de una vez la totalidad del mundo, o a porciones sus componentes, y unas a otras en ciertos casos de politeísmo. Tomando la prevaleciente opinión de la cultura espiritualista de nuestra época, tenemos que reconocer que esa génesis de una realidad íntimamente vinculada de Dios-mundo, eternidad y tiempo, conciencia y destino es tan asombrosamente cautivadora que no obstante el abrumar la inteligencia del hombre con la serie de enigmas en que envuelven el ser y el devenir, su inefable belleza óptica y su portentosa consolación en el terrible orden escatológico que circunscriben sentimentalmente nuestra vida, son invencibles. De ahí que ciencia y filosofía, y el silencio mismo evidente de la arcanidad que circunda la vivencia de tal supuesto humillan la mente disputante y adhieran a su oculto ordenamiento con amor de voluntad y gracioso deleite de certidumbre apetecida. Ya no la orfandad cósmica de un aparecer y desaparecer sin clave de algún entendimiento, de sombra original a sombra final, entre los efímeros goces y las tenaces pesadumbres de una jornada sin sendero definible ni amable certitud de hogareña hospitalidad serotina.

Con todo y tamaño belleza, con todo y semejante virtud eufórica, con todo y la enalteciente sociedad de gente ilustre, con todo y la misma atractiva insolubilidad de sus misterios, el pensador puro, dado a la mera contemplación de lo razonable, solitario espíritu mental apenas o muda estatua del discernimiento, se encuentra ante esta consoladora y alucinante tesis con media docena de escollos y grietas abismales del juicio que reclaman su exégesis muy espaciosamente. Muy cordial, y muy ecuánime y muy espaciosamente. En primer lugar, la discrepancia entre el ser y el motivo de ser del cosmos criatura, concebido, bien para de-

leitosa contemplación de la divinidad, cuando a esta le bastaría con mirarlo en su mente, sin requisito de objetivación, o bien para recibir el culto de los seres racionales que nacerían en él y a su genitor adorarían en tributo de gratitud inmarcesible, en cuyo caso sería incomprensible la incongruencia de una humanidad, verbigracia, que solo aparece quince mil o veinte mil millones de años después de la iniciación de la estructura del actual cosmos, y sabe Dios de cuantos trillones más si lo consideramos constituido por lentas aportaciones de partículas emergentes de la nada, en una hipótesis de tal índole de surgimiento paulatino y espontáneo de ellas, o de la sucesiva evolución e involución de otros universos en serie, anteriores al nuestro. Quiero decir la inadecuación entre la presencia de un testigo que solo pudo serlo desde hace siete u ocho mil años a lo sumo, primeros albores de la cultura, y la prodigiosa armonía de millones de galaxias que giran expandiéndose en nuestro ambiente estéreo-crónico de diez mil millones de años luz de radio. Aun presuponiendo con atractiva verosimilitud que en los cien millones de planetas similares al nuestro que pueden calcularse en ese piélago de universos-islas, raro sería que los más avanzados en cultura no hubiesen logrado algún vínculo de espiritualidad que los asociase en una común conciencia de su historia, y solo fuesen esporádicas lucecillas intelectuales de inconexa fugacidad.

Asimismo confunde nuestro criterio, todavía pueril sin duda en achaques de tal envergadura, la insularidad de los seres espirituales, como ocurre entre Dios y sus criaturas, o entre las generaciones que existieron y la que ahora existe, que nunca se comunican con revelación de presencia o de advertencia evidente, sino en un mundo afectivo de "puede ser", o "debe

ser", o "quiere ser" portentosamente fecundos en las entrañas del espíritu y enormemente eficaces en la interrelación social de las personas, pero nunca indeclinablemente visibles, ni a través de la materia fisiológica, ni libre de ella en el ámbito inempañable de la espiritualidad. Porque sería raro, como antes dije, que los vínculos del amor, valga el ejemplo, se rompiesen al morir sus protagonistas y no ocurriese alguna vez siquiera que el ya muerto transitase de su ambiente de mera duración al ambiente espacio-temporal del supérstite para protegerlo en alguna ocasión suprema para él o para los suyos o para la humanidad, como en el caso de un error personal irreparable o de un dislate familiar o nacional deletéreo. Y así, tenemos que admitir que, o se rompe el conocimiento, o se extingue el interés, o se aislan fundamentalmente los dos mundos, el de la espiritualidad autónoma y el de la humanidad sumisa. Afortunadamente la religión ha incorporado en preciosos dogmas las relaciones sentimentales para dichos mundos de la comunicación entre los vivos y los muertos, los seres puramente espirituales y los que llegan a su reino, en serie de sutiles y admirables categorías, y para los grados de conocimiento, en fin, entre la divinidad y sus criaturas: sino que a mí no me incumbe aquí el análisis teológico de estas materias, así me cautive el decoro de sus estructuras y la piedad familiar que en ellas luce, como si los místicos y doctores de la iglesia consultasen en sus altas lucubraciones la misericordia de concedernos en la órbita de la fe las perfecciones que en la nuestra no hallamos o las satisfacciones de los defraudados anhelos o la retribución de silenciosas virtudes y sacrificios. Incluyendo sobre todo, el disfrute indeficiente de toda belleza, la aparente y la moral, la inteligente y la ignota, en un paraíso de excelsitudes.

Tercera oposición a un mundo en correlaciones inmediatas entre creador y criatura inteligente, consiste en que esta no pueda conocer sino los fenómenos, y estos con aflictiva incertidumbre, cuando la simplicidad del espíritu sugiere las comunicaciones inmediatas sin posible obstáculo de orden material o de lejanía o de escondite, en un ser que solamente es como un mirarse, acto apenas, consciente presencia en acto.

De ahí que, suspendiendo otra serie de cogitaciones atinentes a la intercomunicación de la realidad, me atenga a dilucidar una hipótesis, si abstrusa también, mas accesible a nuestro parvo entendimiento del mundo, la de la Posibilidad Absoluta, que ya he manifestado en otras ocasiones y halládola muy difícil de encasillar en nuestro consuetudinario modo de entender. Cuando quiera que intentamos figurar algún ser inteligente, pongo por caso, necesariamente dibujamos un hombre o algo no muy remotamente disímil; y si es alguna elaboración conceptual la que solicita nuestro discernimiento, muy orgullosa y tenazmente seguimos el rumbo peculiar de nuestra mente, aun negando verosimilitud a lo que de tal se aparte o discrepe o meramente ignore.

La posibilidad de realidades constituídas sobre otros patrones, de universos disímiles del nuestro actual o de los que nuestra sabiduría pueda estructurar con las nociones de su civilización, es apenas obvio presuponer. Desde luego ya conocemos inversión de la polaridad para el ordenamiento positivo-negativo en la materia cósmica y aun el presentimiento de energías ignotas a nuestra cultura. Ahora mismo aceptamos partículas que más parecen un argumento matemático involucrado y hasta físicamente advertible en las operaciones subatómicas. Lo grave es que, aun así remalla-

da matemáticamente la concepción del mundo, seguimos ignorando los fundamentos de su origen, el porqué de su ejercicio y la meta de su esfuerzo. Ante tales antinomias y aporías un nuevo esquema no logrará sin duda esclarecer este cuadro de enigmas, pero nadie extrañaría que aun así, frustráneo, suscitase por remotas convivencias de facto o de lucubración otro u otros más admisibles.

Partiendo de que el yo es la combinación esencial de individuo y tarea, que lo uno requiere lo otro para existir plenamente, ya que sin la asociación suya en el ser, este no pasaría de representante mera ficción, he concebido una tesis cosmológica en que lo efímero de los acaecimientos pueda subsistir al lado de lo eterno de su causalidad, ya que tan abstruso es imaginar un cosmos indefinidamente cambiante como una entidad indefinidamente estática, pues que aquello, la mutación sin término, carece de motivo, de fin en sí, de realización exacta, y estotro, lo permanentemente inmutable es la reiteración inexpresiva de sí mismo, una nada por agotarse en sus límites, por no poder dejar de ser lo que ya es, extinción de todo acto operativo.

Esto movió ya la mente lucubradora de los antiguos y les condujo, o a negar toda existencia o a reducir todo pensamiento a un malabarismo ideológico. Las mismas voces que hoy usamos para los conceptos de ser y no ser no han tenido siempre igual significación, y así, su vaguedad permite a los filósofos construirse un juego de palabras tremendamente abstruso. *Nada* en su origen de "cosa nacida" no debiera confundirse con *nihilum*, "ni siquiera un poco", y menos con el francés *néant*, latín *nec ens*, o sea, "no ente", aproximado a *rien*, francés, *nothingness*, inglés, que valen por "no cosa", al lado de la fórmula alemana

nichts, no substantivado escuetamente, y muy distante del *asat* sánscrito que solo se refiere a "lo que no está", "lo no estando". Adoptando el término *nihilidad* como sustantivo abstracto de la carencia absoluta de ser, tendríamos sin embargo que establecer distinción entre nihilidad por imposibilidad metafísica de ser, como en la fórmula aritmética $2+2=5$, y la nihilidad por imposibilidad circunstancial, al modo de una quimera o un centauro, en que no juega la esencia misma del número sino la incompatibilidad de dos esencias diferentes. De ello pudiera deducirse que es posible distinguir entre nihilidad con posibilidad de ser y nihilidad totalmente imposible.

Ahora bien, todo lo que tenga posibilidad de ser, tendrá necesariamente tendencia a realizarse, a ser objetiva o subjetivamente la realidad que yace implícita en su concepto. Con todo, sería discreto no confundir la posibilidad absoluta de ser lo que la fórmula metafísica de algo posee con la posibilidad por mera potencia física, energía potencial, verbigracia o una carencia de obstáculos para actuar la dicha posibilidad subyacente: se trata de que es posible como realidad lo que no puede dejar de ser como fórmula metafísica, en abstracto. La característica o esencia peculiar del ser hombre, pongo por caso, no solo lo distingue de toda otra criatura sino que en siendo metafísicamente posible tal esencia, su existencia real le es necesaria, porque la posibilidad absoluta implica el cumplirse también existencialmente.

Mas he ahí que a ese carácter de eternidad que de suyo tiene la posibilidad absoluta se une el de temporalidad y cuasi efimeridad que aqueja a los seres del mundo para aflicción del hombre y perturbación de su discutible sabiduría, y por ende es indeclinable es-

carmenar las más accesibles hipótesis pertinentes, como son las virtudes icásticas de la posición-espacio, polaridad y trance, por ejemplo —y del número—, a la manera de cantidad, conjuntos, negación... a fin de imaginar la fuente prístina de lo transeúnte coesencial del ser.

Miremos esto un poco más parsimoniosamente.

Es verosímil que si el cosmos tuvo principio, la víspera de su aparición debió de haber —no es necesario declarar que existiese— algo que determinase su génesis, si excluimos, como antes respetuosamente lo presupuse, la interpretación religiosa, en uno a modo de fingimiento racional absoluto, nos hallaríamos ante la nada absoluta y se nos volvería un lío mental el concebir que lo no potestativo adquiere sin determinante interno ni externo la inmensa potestad de hacerse un mundo, o nos hallaríamos, si no, ante una preentidad de especie ignota que por modo peculiar suyo indefinible a la índole racional del hombre actual engendrarse el raro cosmos que nos cupo en suerte, entreverado de estabilidad y transición indisolublemente unidas. Extender esta consideración a un tercer efugio, cual sería el concebir no un cosmos espacio-temporal único sino una serie de tales, solo lograría dilatar la solución a magnitudes mayores, o a inútiles reiteraciones de una misma esencia.

Ahora bien, una preentidad no puede imaginarse: en cuanto a su realidad es un poder ser lo que aún no ha sido, una posibilidad, entonces, no en cuanto virtualmente tenga oculto su poder, o en cuanto nada ajeno a sí misma le estorbe su ignoto devenir, sino por cuanto en su fórmula ontológica se halla la única manera de ser la entidad que esa fórmula define. Consi-

derando la esencia como lo que constituye a algo en su entidad propia. O si se prefiere otra versión, aquello por lo cual algo es indeclinablemente característico, podemos definir la posibilidad absoluta como la fórmula metafísica de la realidad, como una esencia considerada en abstracto sin el ente que define ni el ambiente estéreo-crónico de la existencia. Sería tanto como un pensamiento en sí, sin sujeto pensante, a la manera que si no hubiese ningún ser en esa presupuesta víspera del cosmos, de la fórmula $a=b$, $b=c$ se deduciría $a=c$ existiese o no el mundo.

Tales fórmulas metafísicas de la realidad pre-cósmica a lo único que se parecen pues es a un pensamiento, sin duda, mas no de los que elabora la mente humana en su situación existente, pues no solo es el acto de pensar ni el concepto obtenido en el acto de pensar, sino la fórmula metafísica de algo, ser o acto, que lo constituye idealmente, con realidad de tener que ser así ineluctablemente, y por tanto, de tender a serlo como imposición de que lo esencialmente posible es existencialmente necesario: es decir, que lo *posible* absoluto tiene que entetizarse para cumplir esa posibilidad, para completar esa posibilidad, o sea que tiene necesidad de existir por ser verdad, porque su esencia es la verdad y el revelarse es la forma de ser de la verdad: un pensamiento pues que por serlo tiende a existir, a constituir su significación en realidad. Por supuesto que no debemos confundir el pensamiento abstracto que elabora la mente humana con este pensamiento absoluto, pensamiento viviente en cuanto vive en su significación, y absoluto en cuanto no requiere otra referencia que el no poder dejar de ser lo que es de suyo en sí y para sí. Porque solo la verdad absoluta es autónoma.

Sin asimilar la posibilidad absoluta con la realidad extra mental de las matemáticas, no puedo menos de apoyar su similitud con algunas opiniones de sabios eximios, como la de Pitágoras acerca de que el "número gobierna el universo"; la de James H. Jeans, cuando concibe a Dios como un matemático; la de Galileo cuando afirma que "la naturaleza está escrita en signos matemáticos", o, como lo expresa Fred Hoyle, que "el mundo es un sistema de simetrías matemáticas", y más audazmente Heinrich Hertz, que la fórmula matemática existe fuera de la mente humana, y "es inteligente por sí misma", como se deduce de este análisis de la posibilidad absoluta en el más amplio orbe de la ontología.

¿Cómo pues, entonces, pasa lo eterno de la mera esencia absoluta a lo real y transeúnte del cosmos? Si, como ya lo estudié antes, el yo se compone del individuo y su tarea indisolublemente, la existencia exige del ser un estar fuera, un manifestarse, ya que el vivir en sí equivaldría a una eterna reiteración ociosa, a un seguir siendo lo que ya es, o sea, a una quietud ontológica, a un ser nada en lo más que sigue siendo. Luego, para existir se requiere ineludiblemente actuar fuera de sí, exteriorizarse, o sea, engendrar para su obra y con su obra una posición aparte y un número diferente, un espacio-tiempo. De tal modo, la Posibilidad absoluta, considerada como la fórmula metafísica del cosmos o el conjunto ideal de fórmulas metafísicas de cuantos seres son posibles, al actuarse, es decir al cobrar realidad existente, establecerá posición entre esos seres, o sea espacio, y número de ellos, o sea tiempo, y por lo tanto, la cuasi infinitud de seres que componen el universo estéreo-crónico en que habitamos y este en cuanto conjunto uniforme.

¿Añadiendo algo real a la fórmula metafísica que de ellos se compone la posibilidad absoluta? Ciertamente no: La posición es mera situación para estar, y el número mera situación para seguir siendo, y el espacio y el tiempo que constituyen no tienen entidad ni significación ni posibilidad aparte de los seres que limitan y constituyen. La numeración, verbigracia, comienza en el 2, de tal modo, que el concepto de unidad sería impensable sin él: así como el espacio sería inconcebible sin una relación entre dos posiciones. Y con todo, un punto, base conceptual de la línea, verbigracia, carece de magnitud, no ocupa un espacio entre el anterior y el siguiente sino que es la posición que es necesario imaginar entre ellos; así como en el tiempo, el instante que suponemos representar lo que denominamos lo presente, no es sino otra posición sin magnitud, ya que sería un pensar tautológico el fingirle un principio, un medio y un fin, es a saber, un intervalo. Tanto es ello así, que no podríamos afirmar que el tiempo viene de atrás, de un pretérito, como lo sugiere el ser continuación, retención de algo, permanencia a su modo, ni que venga de lo porvenir, de un futuro que le aporta lo que no tiene, la novedad, el devenir, el cambio perenne.

Dos nihilidades positivas, a saber, que sin ser nada engendran algo, son pues la tal posición espaciogenética y ese número temporogenético. Y comoquiera que la posibilidad absoluta abarca la posibilidad de existir, o mejor dicho, la necesidad de existir, porque la existencia constituye parte íntima de su verdad, ya que el no poder existir le sería una limitación a su esencia, tiene que tomar posición fuera de sí, y *alteridad*, hacerse otro, crear el mundo, que como obra suya, tarea, definiendo así un orbe metafísico eterno de verdades y un orbe físico transeúnte de nihilidades,

posibilidad absoluta por un aspecto metafísico que en sí tiene su razón de ser, y cosmos por un aspecto nihilista que lo determina transeúnte: individuo y tarea en que confluyen el concepto de Dios inmutable y el concepto de realidad física, cambiante y efímero. Como paradigma revelador, aunque no exacto, de la nihilidad positiva en la experiencia del mundo a nuestro alcance, tenemos la muchedumbre de operaciones de desintegración radioactiva, verbigracia, en que un isótopo o un cuerpo intermedio aparece, actúa y desaparece en el término de una sextillonésima porción de segundo, cantidad inimaginable, entre real, metafísica o meramente matemática, que a uno se le ocurre ser tan mínimo instante como si equivaliese a una duración nula, o en mi terminología, a nihilidad de tiempo. Para Werner Heisenberg, en ciertas operaciones físicas no se puede aplicar el concepto de antes y después, peculiar del tiempo clásico.

Aplicado esto al destino del hombre, última meta de la cultura, los argumentos se multiplican y devienen conflictivos. Porque si es indiscutible que la mente humana es el testimonio de la realidad, como que no se revela otro en el universo-mundo que lo admire, ame e interprete, no se compagina tamaña misión evieterna y punto menos que infinita con la parvedad de la vida individual del hombre, la breve y confusa de las sociedades ni la minúscula total de la especie, si mucho un segundo de la cósmica verosímil, como lo expuse antes; ni se compadece con la incertidumbre de la conciencia testimonial que posee; ni se adivina lo que la realidad gane con ello, ni la humanidad perdurablemente atesore. ¿La nihilidad del espacio-tiempo que tiende a la disolución, y la eternidad de la posibilidad absoluta que regresa a su preentidad, habrían enton-

ces representado un drama, sido una ficción meramente artística, con finalidad en sí y fugacidad infructuosa?

Queda a nuestro juicio una tercera solución, precisamente la que emana de la posibilidad absoluta entetizada, lo que vale decir, la tarea que además de producir espacio y tiempo, y con ellos la realidad física del universo-mundo, introduce la nueva significación de destino, finalidad, propósito... de un para qué que responda al porqué que acabamos de dilucidar, y nos ayude a descubrir el como qué cimental de la sabiduría, y aun el eslabonamiento entre historia, cultura y espíritu que a esta conforman y en un común desci-framiento definen.

Presumo que todos los expositores de estas materias se horripilarán al leer, si es que lo leyeren, que alguien liga entrañablemente los conceptos de cultura, historia y espíritu, y por tanto juzgo discreto alindar —o alinderar, según nosotros decimos— las acepciones en que convergen, pues no se trata aquí de cultura en el amplio sentido antropológico sino en el de conjunto estructurado de ideas, sentimientos y normas de conducta de un pueblo o de una época, verbigracia, para diferenciarlo de la técnica o civilización común; la historia, no en cuanto mera narración e interpretación del curso vital de los pueblos, sino en el análisis del destino ante la evolución de sus hechos e índole propia; y el espíritu, no en cuanto nombre de seres así llamados por el carácter de su racionalidad y simplicidad, como de los dioses y los ángeles se dice, ni menos como sinonimia de alma, que prevalece en el uso coloquial de los idiomas modernos, sino en su acepción de módulo quintaesencial de los humanos y sus instituciones, de la índole pues de su más enaltecida racionalidad, como al decir, el espíritu de Sócrates, el

espíritu de Atenas, el espíritu del Renacimiento: Sentidos tan ideológicamente entrelazados que yo les computaría tripartitamente unívocos, y les tendría por la tarea de la posibilidad absoluta del esquema metafísico o fórmula *preentitativa* del hombre, o su eterna verdad de como debe ser el hombre, que a serlo tiene ineluctablemente en cuanto verdad implica eseibilidad en este orden.

De aquel connubio genitor de la realidad que he aplicado al yo diciendo que se compone de individuo y su tarea, y al individuo que se produce de la eseibilidad que la posibilidad absoluta, o fórmula metafísica del ser produce al exteriorizarse, al salir de sí (*existere*), y con tal actuación engendrar el espacio y el tiempo, o sea la posición y el número, alteridad (*alterity*, dicen los ingleses), o lo otro, si el individuo desaparece, como por muerte en el hombre, la tarea subsiste involucrada en otro individuo —historia—, o en otras tareas —naturaleza—, o en una excelsitud de la eseibilidad absoluta —Dios— y por ende el pesimismo de considerar la hipótesis individuo-tarea como un divertimento dramático de la nihilidad que regresa a su nulidad, podemos trocarlo por intuir desenlaces de muy preciada significación en lo ontológico, y de muy estimulante gozo en lo moral. Tareas del yo humano son desde luego todas las modalidades del sentimiento afectivo, bondad, amistad y amor en primer plano, de tan nobles consecuencias que magnifican y dignifican la existencia del hombre hasta suma idealidad; la belleza, la gracia y el decoro que enaltecen la vida y robustecen el ánimo de merecerla mejor; la bondad, generosidad y simpatía que protegen, alivian y exaltan los vínculos sociales; la honestidad, la piedad y la justicia, que sostienen la armonía de los pueblos; la verdad, en fin, patrimonio de los dioses y puente levadizo

entre la angustia de lo ignoto y la divina hijuela del espíritu. Tarea, en fin, que guarda de nosotros individuos, sociedades, naciones y humanidad conjunta —lo digno de permanecer— y consigo nuestra propia permanencia: que nos salva, en sentido religioso y nos retiene en el devenir ontológico de la realidad, a esta sacando del enigma y a nosotros los humanos de la pavorosa tiniebla del morir eterno.

Y con ser alturas inaccesibles a la meditación estas disquisiciones acerca del ser físico y del ser humano, es indeclinable esforzar el vuelo conceptual hacia la Posibilidad absoluta unitaria o equivalente ideológico de la divinidad que la historia de todas las gentes nos propone contemplar.

En primer punto, ¿cómo es eso de una fórmula metafísica, o esquema de un mero poder ser o eseibilidad autógena, sin sujeto que la suscite ni substancia que ella represente, o sea, un será por sí mismo sin siquiera ser aún? Galimatías mayor nunca viose, dirán los sabios y hasta los más humildes inquisidores de la verdad. Seguro. Mas no es locura ni vanidosa temeridad rastrear alguna respuesta en un orbe de silencios racionales que la requiere desde los primeros celajes de la historia. Las ideas, como representación de un lado, y como operación intelectual, de otro, presuponen dos sujetos para su génesis y multitud de actos psíquicos, como atención, percepción, memoria, juicio, voluntad y la virtud eminentísima de asociarse, con el resultado de constituir, en cuanto conjunto funcional armónico, el carácter de entidad, o sea de hipostasiarse, sin que ello, aunque oscuro, derrote toda vislumbre de verosimilitud. En cambio, la posibilidad absoluta en cuanto mera fórmula metafísica del ser, o si se admite la audacia de otro símil, la "eseidad" o eseibili-

dad pura sin supuesto creador ni entidad receptora, es decir, sin nada preexistente que lo origine ni subsistente que lo retenga, no tiene sino una virtud entitativa, ontogénica o genitriz —como quiera decirse— que la capacite para salvar el abismo que media entre el ser y el no ser, y esa virtud no es otra que la verdad, el que siendo una fórmula metafísica del ser, ella y no otra, ella y siempre, es, o de otro modo dicho, es verdad, cualidad suprema del ser, y así, siendo solo posibilidad, no es solo nihilidad. O, expresado más comprensiblemente, no es nulidad absoluta, ya que admitimos una nihilidad absoluta que puede devenir ente, la diremos positiva, y si preconcebimos una nihilidad que por contradicción de la verdad que rige la posibilidad absoluta, no puede serlo, la calificaremos de inerte en el juego supositicio de nuestra lógica.

Y no paran aquí las deducciones a que esta hipótesis se presta, porque aún podemos aplicar al conjunto de posibilidades absolutas particulares, o sea, a las que anticipan el ser de los entes individuados, cosas o sujetos racionales, la norma de los conjuntos que atrás expuse, es a saber, que todo conglomerado de objetos o sujetos tiende a organizarse armónicamente en función peculiar, a hacerse de una esencia peculiar suya, como lo dije de una aldea o de un montículo, y puede sustentarse de un hombre, como al afirmar que la recia unidad personal que denominamos Julio César otra cosa no fue que el conjunto de cien mil genes en funcionamiento armónico, no obstante el ser entre sí embrolladoramente disímiles. Cuánto mayor entonces la dificultad de discernir, así sea solo presuntivamente, el tránsito, no ya de una representación o *eidoolon* de la realidad, como los idealistas han intentado configurar, sino de una mera significación, como supongo que se pueda presuponer en la posibilidad absoluta la

víspera de aparecer el mundo. Y no solo considerada en un sujeto, como la idea, sino en la nihilidad, como la fórmula metafísica de la posibilidad absoluta, pre-entidad en cuanto verdad, pero nulidad en cuanto manifestación propia o soporte suyo de existencia. Nihilidad que a un mismo instante resulta posibilidad por el ensalmo de ser verdad absoluta en su significación pura, realidad estéreo-crónica al asumir una posición y un número para obtener la existencia —el estar fuera de sí— como metafísicamente se lo impone ese su raro *quid* de ser posibilidad.

Con lo que tenemos que admitir que solo esa arcaica *ousía* o esencia o espíritu que decimos verdad, pero no ya adjetivamente como cualidad sino inefablemente como *quidditas* de un orden inconcebible, es poderoso a salvar el abismo que nuestra mente descubre entre la nada y el ser. Y si esto advertimos de la posibilidad absoluta particular o de los seres y cosas comunes, la dilucidación del trance entre Posibilidad absoluta y la Divinidad existente, entre la nihilidad anterior a la creación del mundo y la "eseidad" o eseibilidad perfecta de Dios, no ya un abismo de cogitaciones insolubles se nos ofrece al entendimiento, sino una parálisis de la mente discursiva por carencia de rumbos lógicos. Aporías y aún *diaporemata* (intransitabilidad y angustia), que desde hace dos milenios —o tres, si apuramos un poco la exégesis— trae cavilando a los escriturarios y teólogos acerca de la significación del Espíritu Santo, hipóstasis del amor que hay entre El Padre y El Hijo, o hipóstasis de la sabiduría del Creador Supremo, o persona homousia de la Santísima Trinidad, sin que solución alguna tranquilice sus mentes. De ahí que en estudio anterior citase la frase de Avicena que dice que la Primera Causa no tiene esencia: *Primus non habet quidditatem*, a Santo Tomás al con-

siderarla impensable de suyo, o como los escépticos antiguos, Pirrón y Enesidemo, verbigracia, con los agnósticos contemporáneos, Huxley y Spencer, entre muchos, lo manifestaron al decir que era incognoscible. ¡Cuánto más arduo me sería a mí vislumbrar siquiera un tránsito entre la Posibilidad absoluta y la realidad de Dios, entre la nihilidad *ab origine* y la plenitud eterna, en un barullo de voces que se excluyen hasta volverse uno estupefacto! En verdad, la estructura conceptual de las religiones me seduce sobre modo desde el punto de vista estético, en sus consecuencias para el orden social y en la excelsitud existencialista de una pervivencia inextinguiblemente deleitosa. Nada más cautivante pudiera pedir ni concebir siquiera la mente, con el aditamento de un sentimiento arcano que el misterio religioso aporta de suyo, adehala de infinitud tanto más enalteciente cuanto más indescifrable y muda: no la certera visión de la eternidad, sino algo mejor para el anhelo, como es la vislumbre de su enigma, informe aún pero remotamente luminosa ya.

Necedad sería e ingratitud suprema no bendecir la antevisión formal y el prenuncio inteligente de ese mundo, de esa arcanidad y ese ensueño.

Sino que su enlabiadora promesa y celaje superaugusto requieren una confrontación con la verdad, único recado que de sí Dios dejó a su criatura humana o única contraseña con que esta distingue en Dios la impronta de su mente. Porque de entrambos modos podemos discutir la verdad de Dios, o como el conjunto de esencia adquirida por asociación funcional de las verdades que prenuncian la entidad de los seres y las cosas, cual se constituyen las cordilleras de sedimentación y la mente humana por la acumulación de ideas, verbigracia, o por autógeno alzamiento en las

cordilleras de origen ígneo y la floración de los árboles. Lo que nos importa en última instancia es reconocer que la verdad es la causa única de cuanto existe en nuestro mundo-universo, así habilitándonos para decir que vivimos una fórmula de la verdad, en un pensamiento, en un misterioso pansofismo, si no es mucho abusar de las etimologías. Ontológicamente tanto monta —como dirían los clásicos— una divinidad que fuese causa ingénita de las miríadas de seres que según su mente o sea, su fórmula metafísica, constituyen la realidad, que una divinidad educida como esencia funcional o unidad usialógica de todas las fórmulas metafísicas de que se compone el universo-mundo en su incesante devenir. Las dos hipótesis conforman una ecuación, y nada importa la posición de sus términos. Nuestro paralogismo en tal materia estriba en que pensamos con la inextricable entreveración de duración sin tránsito, como en la eternidad, y el tiempo evanescente que mide el curso de lo efímero: Lo que asiste a lo eterno es eternamente presente, aunque lo que mide la existencia extingible tenga un ayer, un hoy y un mañana recientes o remotos.

Esto pudiera ocasionar invencible pesimismo aplicado a lo fugaz de nuestro ser físico, ora en su porción individuada como *ego*, ora en su aditamente individuable como tarea, complemento de la individuación de ese yo. Sin embargo, en la fórmula metafísica no obra el tiempo sino la duración, y duración eterna; y en la tarea misma, tan típica de lo transeúnte, subsisten dos elementos perdurables, el primero, que como acto posee también fórmula metafísica ingénita, eternamente connecesaria de la necesaria verdad del ser a que concurre y en el que ocurre, y segundo, que como energía actuante en el concierto de todas las formas o entidades de la energía universal que con-

forman el conjunto de la realidad física, de la realidad moral y la realidad verdad ingénita, es indestructible. Punto este de tan alto valor para la génesis de la conducta humana y de la dignidad humana y de la espiritualización del destino humano, como no existe otro alguno, ni metafísicamente puede existir.

Sin embargo, es propio de nuestra mente el recurrir a escapatorias para eludir sus confusiones. Ante un río de misterio de infinita anchura, como no podemos cruzarle añadiendo barcas al modo de los ingenieros de Jerjes en el Helesponto, porque no hay infinitud de ellas, imaginamos una de infinita largueza que colme el abismo: Tal así nos abrigamos en la magnitud del misterio para eludir el naufragio de la mente. Esto pensaba tímidamente al repasar las contradicciones que nos salen al paso cuando pretendemos relacionar la duración y el tiempo, la eternidad y el tránsito, la substancia y el fenómeno. De seguro que un día, un próximo día ciertamente, se disolverá nuestro yo, y será históricamente nulidad como los seis mil millones de *homo sapiens* que ha habido en nuestro breve orbecillo terráqueo durante los quince o veinte mil años de su existencia en él, pero asimismo es verdad que ninguno de ellos podrá dejar de haber sido en un ámbito de continuidad que continúa siendo, ni menos aun, en la órbita de la verdad metafísica en que nuestra fórmula ontogénica de existir subsiste eternamente. Por algo en la definición del átomo de energía, que es eterno en su estructura matemática, entra un componente temporal que de hecho, en su actuación, corresponde a lo efímero y de esencia, en su génesis conceptual, es inextinguible.

Mas, ¿qué remedia esto la angustia existencialista que siempre afligió a los pensadores de todas las épo-

cas, por piadosos y seguros que protestaran ser, así se llamasen Parménides o Sócrates, Pablo o Agustín, Descartes o Hegel? La humanidad siempre quiso, con la pueril tenacidad de Unamuno más o menos vehementemente, prolongar la vida de todos los modos, aun la acongojada, aun la inútil, aun la retirativamente sosa que el común de los individuos y las sociedades sufran, y a ese fin y con ese móvil delineó un extra mundo de tipo patriarcal paradisiaco que las religiones adornan con cuanto es apetecible a la índole de sus creyentes, según raza, geografía, costumbres, anhelos y carencias, la poesía exalta, la filosofía enaltece, la moral confirma y la tradición, en fin, fervidamente apoya en invencible anagoge.

¿Ingenuidad acaso del aflicto corazón del hombre y alocada divagación de su mente ilusa?

No lo afirmaría nunca: Porque ese mundo de ensoñación al parecer fútil y de cierto efímera, sostiene en sus leves alas de mariposa tempranera la gigante mole de civilización y de cultura que a estas horas sobrepasa la linde del milagro, y alienta al parvulillo ánimo del hombre a empresas que asombrarían a los dioses, de grandiosidad, perdurabilidad y provecho indefectible; de belleza para el gozo del espíritu, de dignidad para el decoro de la vida, de amor para sustentar la lucha insomne, de *megalosía* —de esa rara megalosía o misterioso ímpetu de superación del corazón humano— que hizo del diminuto planeta terráqueo la morada de Dios y la ventanilla de la eternidad, que a ocultas de toda verosimilitud configuró al servicio de tan imperdurable criatura e imperceptible pavesa cósmica que somos los hombres, la tetralogía de conciencia, cultura, historia y espíritu que constituye el patrimonio invalidable de la arcanidad.

¿Cómo pues, entonces, transmutar la embriagadora inconmensurabilidad de tal destino en la tenue fugacidad de nuestra existencia? ¿Cómo hacer "ecuaciones" o ecuables lo máximo y lo mínimo en la peripecia existencial que somos?

Otra solución no alcanza a concebir la mente en su órbita razonante y parvos recursos de discernimiento que la de presuponer un tal desarrollo de la cultura intelectual que la habilite para descifrar el proceso del devenir a un vistazo, de modo que en el breve lapso de que dispone conozca cuáles fueron el origen de la realidad, el proceso de sus formas y el fin en que se extingue o se muda o se reinicia. Ahora sí, en un instante del tiempo al parecer ineluctablemente huido, resumiríamos la eternidad, conoceríamos la eternidad, viviríamos la eternidad, en la conjunción, hogaño inverosímil, inteligible entonces, y desentrañado el común denominador que necesariamente permite aunar en la sencillez de una intuición fulminante los cuatro misterios de la causalidad inextinguible y la finalidad inútil, de la duración permanente y la transición efímera. En una palabra, de este ser que somos sin "eseidad" precisa.

Por supuesto que ahora toda esta disquisición parece alambicamiento de nuestro común hábito de razonar, cambiando un enigma por otro y embriagándonos con la ilusión del cambio. Sin embargo, día tras día la naturaleza nos va entregando sus más secretas operaciones e iluminando sus raros vínculos, y nadie osaría desconfiar de que si ayer, con rudimentarios utensilios pasamos del concepto del agua de Tales de Mileto al riguroso análisis químico que de ella hizo Henry Cavendish, o a las complejas fórmulas que hoy rigen, como hidrol, dihidrol, trihidrol de nuestra ac-

tual química, hoy con las computadoras electrónicas, los microscopios electrónicos, radiotelescopios, espectroscopios, centrífugas, electroforesis, ciclotrones etc., de cuasi infinita sutilidad y rapidez inverosímil, los milenios se nos trocarán en millonésimas de segundo, la vida así multiplicándose por eones y la mente haciéndose demiúrgica.

En este orden del progreso tecnológico y fulminante aceleración de las operaciones mentales, no es fantasía de ficción literaria el predecir que suministrando unas cuantas nociones a quién sabe qué previsibles instrumentos de la futura cibernética se nos revele la índole de entidades u ocurrencias que fueran o hubieran de ser, en uno a semejanza de trípode delfico, esta vez sí confiable y explícito. Sería un poder vivir en breve tracto de horas lo pasado y lo futuro de los procesos materiales del cosmos y las peripecias advenibles del alma en todas las vivencias posibles del destino, con que el repasarlas en un real vivir eterno solo sería una reiteración empalagosa y punto menos quizás que insufrible. La mera prefiguración de que pudiera el azar obligarnos a repetir instante por instante y exactamente lo que ya vivimos, se nos imagina insoportable a todas luces, si exceptuamos media docena de acaeceres extraordinariamente felices, y aún esos tales repetidos de algún vario modo o en alguna siempre renovada sensibilidad.

Ello cuanto a la sensibilidad. Porque si transferimos a la esfera del entendimiento la dicha prenoción de la infinitud, la intuible convicción nos sería aun más breve, pues que, continuando el curso revelador de la cultura llegáramos, y de ello no hay esguince, a conocer con plena certidumbre lo que ha de seguir siendo el mundo o los posibles mundos sucedáneos, su

eternidad o su indefinida duración, si se prefiere calificarlos así, la viviríamos en la subitánea noción de que de tal infinidad o infinitud lográsemos, con lo que el vivir eterno se satisfaría en un entender efímero, retrotrayéndonos en este no acabar nunca el misterio de no haber comenzado en el aspecto de realidad física, de universo estereocrónico, y replantándonos la hipótesis de que antes de existir ente alguno solo es concebible la realidad como un pensamiento, la verdad metafísica de lo posible, la posibilidad absoluta pues de lo que por ser verdad, arquetípica verdad, tiene que ser, y ser al lado de la nihilidad en que su no ser no es, y de la que para ser real y no real a un mismo tiempo, es decir, patente y efímero, requiere su nulidad, retrotrayéndonos, repito, a este pansofismo, a este postulado supremo de que solo es posible, eseíble, cognoscible la verdad metafísica, ella sí eterna porque sus avatares, actos, seres y cosas terminarán en un pensamiento suyo, en un ocurrir eternamente existente e insubsistente a la vez.

Este como imperio de la verdad, génesis universal sería mejor decir, que nos consuela de la muerte haciendo del saber un substituto de la eternidad, alivia grande porción de la angustia Kirkegaardeana-sartreana-unamunesca (o qué se yo más) que trae trasnochada en pesadilla la existencia actual y en payasada el mundo, no satisface la exigencia de iluminar el destino del ser —hombre en primer término, naturalmente— y así, surge la batallona cuestión de descifrar el para qué, la finalidad, la utilidad, la estética al menos, de este drama-pensamiento del ser. Amor, belleza, bondad, justicia, en cuanto tienen un ápice de infinitud en la excelencia de su ser que les da sabor divino de presencia, bien pueden compensarse en el portentoso acto del entendimiento que nos revela

su verdad, su eseibilidad inefable, y tener nosotros su disfrute eterno en la instantaneidad de su interpretación, como antes dije y equiponderarnos el ser, la verdad, la eternidad y la infinitud en el misterio de la nada en cuanto nihilidad positiva o posibilidad absoluta, en cuanto verdad metafísica pues o meramente eseíble, en uno a modo de drama-pensamiento, de realidad, porque surge de verdad, y efimeridad, porque se entrevera con nulidad: todo ello repetido así para su mejor desenlace... pero ¿a qué bueno ese enigma de ser para no ser, de tocar, como en el mural de Miguel Angel, la "absconta" excelsitud con el índice para perder al pronto excelsitud e índice?

Ello sería una tal ficción o embuste que la mente se niega a recibirlo como efigie de verdad ni arquetipo de misterio, y en tanto, conviene buscarle otra interpretación más consistente.

En primera instancia, ninguna causalidad del cosmos que imaginemos satisface las menores circunstancias de su presente realidad. Si consideramos que la entidad *ab origine* surgió de la nada, sin antecedente alguno de energía espaciotemporal ni concepto ideal, absolutamente *ex nihilo*, nos sería imposible adscribirle significación ni forma ninguna. Si pretendemos que nuestra realidad subsistente solo expresa una entidad fisicoquímica eterna, modo o modos de manifestarse de un ser inane en cuanto tarea íntima y mensaje eficiente, confirmamos una mera nihilidad ociosa para el hombre y su destino. Contemplada tal suposición como delirio del devenir que apenas ostenta un juego de mudanzas aparentes, o ficción de un drama lúdrico, todavía menos objetiva será y menos grata. Nos queda un cuarto punto de interpretación, el máximo como obra o criatura, y el supremo como ente autónomo, efi-

gie de la divinidad que engendra, sostiene y define lo que reproduce la realidad, ora inmanente, ora transeúnte, ora inconocible: maravillosa idea que configura las religiones, cimienta las filosofías, apoya las ciencias y fortalece el espíritu. De mío yo diría que esa extraordinaria estructura del pensamiento, hermana de la belleza y la esperanza, es tan inconmensurablemente omniscia y ensalmadoramente hechicera de beldad, que nos redime de la cruel penumbra del entendimiento y nos aloja la eternidad en la ilusión de subsistir en Dios.

Ello no obstante, otra hipótesis existe que cautiva la mente humana con más halagüeños perceptos, y es la que presupone la casi absurdidad de entretejer la verdad absoluta y la nihilidad absoluta en una a modo de absoluta posibilidad, según el análisis a que una y otra se prestan a ello en su contemplación de la realidad preontogénica. Un ser inexistente, una preentidad, para decirlo más inteligiblemente, es sin duda nihilidad, como puede predicarse del punto en la extensión y del instante en la duración. Ahora bien, un preconcepto, una preentidad, un no ser, para poder realizarse, objetivarse, entetizarse ontogénicamente será una verdad, la verdad de como tiene que ser para poder ser, lo que equivale a constituir una verdad previa, una nihilidad positiva, una posibilidad absoluta que por carencia de un término exacto yo he denominado fórmula metafísica de esa posibilidad, o sea, verdad de su eseibilidad, de su metafísica posibilidad de ser.

Dicho así todo esto, multifaria, reiterada y aun apañuscadamente, por ver de dilucidar tema tan arduo aunque solo sea en desmedrado estilo, quisiera plantear el meollo pleno ya del sumo problema de la

ontológica realidad, y por contera, ello va de suyo, de las supremas magnitudes conceptuales del porqué de esa realidad en sus concomitancias de vida, conciencia, historia y espíritu: lo que de vero equivale a resumir el yo en lo que muy antes dije, de individuo y su tarea, y con ello allegarnos a la visión del ser, ya universalmente, como el drama divino de la VERDAD, como la *Megas Thea* o Madre-Diosa, de cuanto tiene origen.

La posibilidad absoluta de un ser no es generación, creación ni definición suya sino la fórmula metafísica de lo que ese ser es tal sin poder ser otro, es decir, su identidad en el supuesto de existir. Para que se objective, se ontogonice como realidad ideológica requiere alguien que lo piense, así deviniendo una verdad mental; y para que se ontogonice como realidad estereocrónica le es ineludible situarse fuera de sí, como otro *numerable* en el tiempo u otro *mensurable* en posición o espacio, lo que conviene a saber, adquirir tarea en sí y alteridad (*alteridad - otroriedad - otrura*), que nos produzca el mundo estereocrónico de la realidad física, la *physis* griega. Desechando, en temerario supuesto, la precedencia de un creador que nos elimine en sola su presencia toda dubitación ontogónica, miremos la hipótesis de una verdad genitiva, de una fórmula metafísica o posibilidad absoluta que por ser verdad es necesaria de suyo y tiende a realizarse porque no puede dejar de ser verdad y para realizarse, tomar del número y de la posición la nihilidad que la complementa y constituya indestructible y efímera a la vez, existencia y disolución. Sino que una vez estructurada en realidad, aunque de componente efímero, su nuevo ser será indestructible en cuanto ya no podrá dejar de haber sido ni de participar de la verdad absoluta a que corresponde su origen.

Todo esto requiere más prolijo análisis, y aquí solo puedo esbozar hipótesis: Que la realidad es un dato espontáneo y eterno que hallamos, sin explicación posible hasta este instante de la historia, o sea, un arcano; que nosotros pertenecemos a esa arcanidad, con la doble esencia de efímeros y eternos, porque toda porción de infinitud es infinita y todo instante de eternidad es eterno, de un lado, y del otro, porque todo lo sujeto a posición y número es insubsistente; que la efimeridad y eternidad entreveradas en el ser nos invitan a un estudio de la posibilidad preontológica o posibilidad absoluta, y a una investigación de esta con la verdad metafísica, o sea la verdad con que tiene que conformarse el ser para poder ser, para que se cumpla su posibilidad absoluta, y a otra investigación para entender cómo puede pasar esa posibilidad a ser realidad, a ser la entidad temporoespacial que constituye nuestro mundo mediante su vinculación con la posición y el número para que seamos eternos con la verdad y efímeros con la nihilidad del tiempo y el espacio; que es ineludible descifrar las conexiones que existen entre esencia, existencia, conciencia, cultura, historia y espíritu para poder relacionarnos a alguna significación, a alguna actuación y a algún destino.

Insistamos un poco más.

Del concepto psicológico de que la conciencia es la presencia misma del fenómeno apercibido en cuanto presente, podemos llegar al concepto metafísico de que solo existe lo cognoscible, de que la existencia es asimismo presencia. ¿Con qué duración? Con la del alcance de su conocimiento.

Así, verbigracia, algo que ocurre sin ser advertido —presencia sin conciencia— es nihilidad, no solo para el entendimiento sino también para su ocurrencia, para ser algo.

Con ese mismo alcance del existir como conocimiento, de conciencia como presencia, si en cualquiera de los mundos imaginables que pueden darse en la posibilidad absoluta, ocurriese el caso de un conocer en un momento la universalidad de todo lo posible, viviríamos —o viviría el sujeto a quien ello acaeciese— en ese instante, no solo toda la infinitud de posibilidades, más también que ese instante equivaldría a la eternidad.

Presuponiendo que si de la casi infinitud de mundos verosímiles que pueden surgir del breve centenar de cuerpos simples que nuestra físicoquímica cataloga, el caso anterior se diese, todos los seres que hemos sido o hayan de ser aparecerían o reaparecerían con intensidad de eternos.

Esta vinculación entre ser de esencia, ser de existencia, ser de presencia y ser de conciencia, disipa la contradicción angustiosa que en filosofía padecemos cuanto a efimeridad y eternidad, entre individualidad y totalidad, entre nihilidad inexorable y entidad extinguiible. La dilucidación de estos puntos de vista mentales tiende a confirmar la opinión de que la vida conduce a un darse cuenta, a un hacerse historia, a un reconocerse un destino, a un espiritualizarse.

Espiritualizarse, adquirir personalidad. No existe un centro del yo que rija el conocer o el querer: la personalidad es el conjunto integrado de relaciones yo-mundo. Se forma a medida que uno vive, partien-

do de disposiciones (internas) y situaciones (externas), y en este sentido es la pauta de ser de los seres pensantes.

Posibilidad absoluta, correlación de la verdad metafísica, que por ser a modo de un pensamiento posee virtud orética (apetitiva), y propensión (conato), a realizarse (entetizarse), o sea un drama mental con finalidad en sí mismo, a modo de las obras de arte, tendencia a ser, a significar, a reconocer, en fin, la esencia de tal significación.

Esta metafísica de la verdad, este pansofismo, es sin duda arduísimo de entender, mas no tanto como aflictiva nuestra actitud mental de relegar a la insondable órbita del misterio cuanto se nos aparece difícil. Fuera de esto, es la verdad tan magnífica base del ser y todas sus virtudes, que su compañía enaltece el espíritu.

Cuanto a la nihilidad de lo numerable y extenso, ha sido materia de milenario estudio —matemático, filosófico, religioso y aun artístico— que no reclama prolijas disertaciones. Entre cualesquiera de dos puntos cabe un punto; entre cualesquiera de dos instantes cabe un instante, dicen los matemáticos al estudiar la rara índole de los conjuntos, sin que nadie pueda avanzar definiendo que este es aquel punto, o este es aquel instante, puesto que representan, exprimen, formas para ser y no seres formales. El continuo lineal, como el continuo temporal, siendo a su modo infinitos, son infinitamente fragmentables: De ellos puede concebirse que siendo asimismo nihilidad, la realidad los retiene por el aspecto de su significación. De ese componente de eternidad y de esos componentes de nihilidad que somos nos vienen la imprecisión del mundo

y la confusión de nuestro destino. En el orden matemático, Dirichlet nos ofrece la siguiente fórmula de infinitud: $a, a + b, a + 2b, a + 3b, a + 4b, a \dots$ y todos recordamos el finito ilimitable de Einstein.

Realidad y nihilidad; efímeros y eternos, ensenciales e ilusorios... no es para regocijo de un temperado inquisidor de su ser y su destino. Con todo, cosas existen en el mundo y en el alma tan maravillosamente magnas, nobles, bellas y dignas de inagotable empeño afectivo que sería torpeza supina no levantar los ojos a la infinitud de la vida y entender que, sepámoslo ya o ignorémoslo aún, por su callada lumbre cruzan relámpagos de anunciadora sabiduría y mensaje eterno. Si es tan suavemente hermosa una flor, tan tenuemente pura una fuente manantial, tan sosegante la bondad de las praderas y severamente inmenso el abismo de los cielos; si es mensajera de indefinibles oráculos la ternura del amor, amiga la voz que nos responde, gentil la mano que nos guía, indescifrablemente bondadosa la promesa del alboreante porvenir, ¿cómo no bendecir lo que ya fueron y prevenir el corazón para lo que en el abismo de su misión ignota nos preparan aún y nos prometen?

No ya como los vaticinadores de la poesía de otras edades, anhelante apenas, sino con prenda de verosimilitud, vemos ahora que no pasa un segundo sin que se descoja y abra algún pliegue de la sabiduría. Con instrumentos de la neomagia-electrónica, cibernética, cálculo, agigantación del tiempo asociado, sondeo de las almas, confusos avisos de nuevos rumbos de trajinación mental, cosmos siderales en posible colaboración, nuevas potencias del yo en perspectiva, presentimiento de mundos no espaciotemporales, lejanía, lejanía, lejanía... y compenetración instantánea.

nea a la vez: cultura, historia, espíritu, divinidad, conciencia unívoca: universalidad en un punto eterno o revelación de otras universalidades inéditas.

¿Melancólico panorama del reino portentoso que habrá de florecer ante el silenciado corazón que apenas lo ensueña ahora? Quizás no. Poderosas invenciones podrán muy pronto, no solamente resumir en una decillonésima porción de segundo lo que ocurre al alcance de sus calculaciones, pero asimismo hacernos ver lo que ya fue en el seno de los siglos o luego será en el albor de otras edades innatas aún. Cuando la distancia y el tiempo sean apenas anticuados modos de transitar el ser en sus nuevas realidades.

Entre la vida y la muerte transcurre la inmensidad del hombre. Su grandor es inconmensurable aún. Pero el presentimiento de su abisal magnitud ya abruma la mente y llama a las puertas de un nuevo concepto del ser, la vida, la conciencia, la historia, la cultura y el espíritu... alucinante círculo cerulescente de la verdad. De la arcana verdad que se hizo posibilidad absoluta, de la posibilidad de ser que se hizo cosmos, del cosmos que engendró espíritu.

Podemos estar orgullosos sin duda de esta tamaño aventura del hombre, y alelados de asombro ante el todavía insoluble crucigrama de la realidad en que fugazmente vive y a la que inexplicablemente corresponde. Ya toca la linde del milagro lo que hemos adquirido en el breve lapso de nuestra cultura, y en la iluminada cordillera de los siglos por venir alborea vagamente iridiscente aún mas ya advertible apoteosis, como dentro del alma la autognosia y el amor, el arte y la bondad, la gratitud y el ensueño lo habían testimoniado antes.

Ello, sin duda: ¿Mas cómo entender, emblemáticamente siquiera, el trance de infinitud que va del no ser al ser, así se le atempere su abismo con la generosa noción de la posibilidad absoluta, de la nihilidad positiva, de la verdad regente?

En el ámbito conceptual de nuestra hora tenemos que dar por recibidas a ciegas muchas nociones fundamentales. Una creación original espontánea *ex nihilo*, verbigracia, es impensable, no obstante el presentimiento de que la materia es un torbellino de radiaciones y partículas en ciclónica transformación que incluye la extinción de muchas y el surgimiento reparador de otras, pero el supuesto de que hasta aquí (!) no hubo nada, y que de ahí adelante todo ha sido generaciones, mutaciones y catástrofes no pasa de ser amable verbigeración romántica. Existe algo. Ha existido algo. Está ahí. Es un hecho para cuya dilucidación no estamos todavía bien adoctrinados: Aceptémoslo como tal, un "datum", que recibió nuestra mente, un implacable estar ahí, y estar ante nosotros.

Empero, es ello magnificencia tal y tamaño "insolitud" que no podemos pasarlo por alto, reducirlo a la insignificancia de los hechos comunes: A ese milagro de existir debemos responder con un esfuerzo de interpretación al máximo de nuestras posibilidades; con un propósito de dignificarlo a niveles de espíritu en verdad, bien y belleza, y dentro de una inmensa gratitud del ánimo.

De una inmensa gratitud sobre todo.

¡Pero qué humildemente suenan estas voces en el alma ante tales magnitudes! Gratitud apenas, y se trata del sér, cumbre suprema del arcano; del conocer,

llave eleusina del misterio; del amor, regalo hechicero de los dioses; del arte, galardón y refugio de enaltecidos sentimientos. Y hay luz en los cielos, agua en las fuentes, flora en los campos, amistad en los hombres, belleza en los sueños... ¡De qué indefectible modo y con qué suma delicadeza, dádivas tan enormes cuanto hermosamente regaladas exigen del señorío espiritual que las retribuimos al menos dignificando la corta vida nuestra en que se cumplen y magnificando en bondad nuestra pequeñuela gratitud!

Para usted y demás gentiles compañeros de jornada, el saludo perdurable de mi gratitud, de mi afecto y de mi estima.

Luis López de Mesa

I N D I C E

	<i>Pág.</i>
Capítulo I	9
Capítulo II	34
Capítulo III	176

Se termino de imprimir
este libro el día 23
de Junio de 1965,
en los talleres
gráficos de
la



Medellin - Colombia



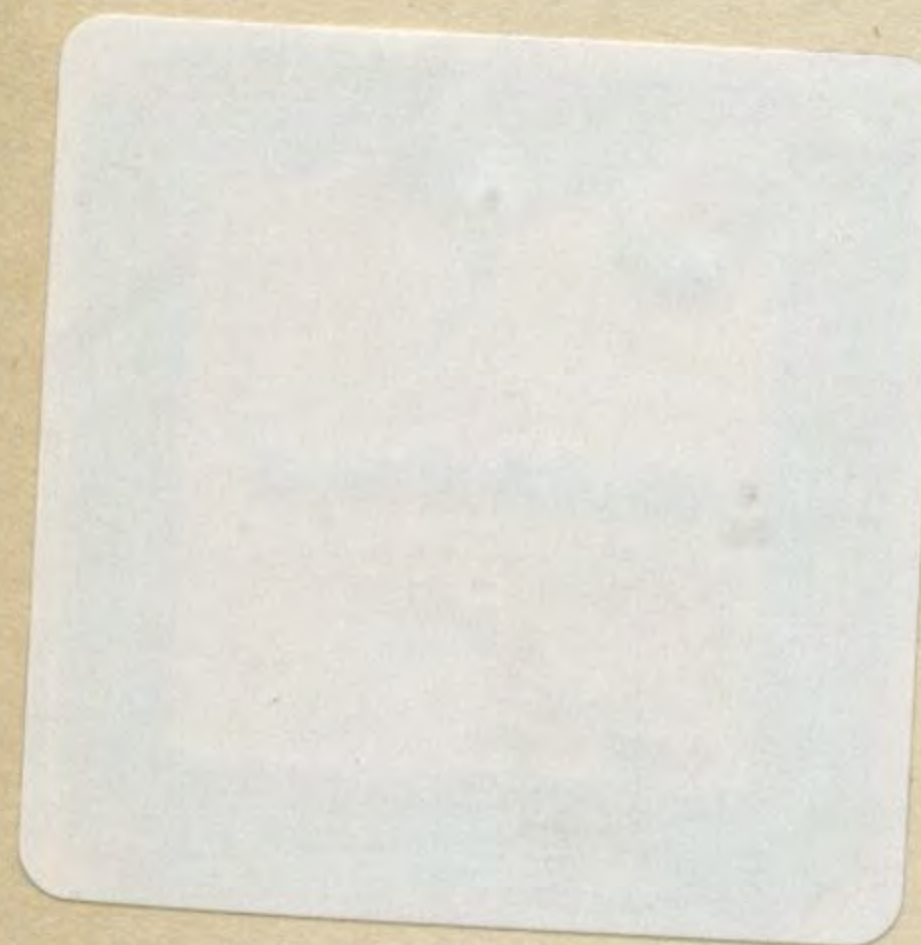
BIBLIOTECA
Universidad EAFIT



100152450

**SALA DE PATRIMONIO
DOCUMENTAL**
Centro Cultural Biblioteca
Luis Echavarría Villegas

FAES



CATALOGO DE LIBROS EN VENTA

CUENTOS DE TOMAS CARRASQUILLA	\$ 14
LA VORAGINE	\$ 14
DOÑA BARBARA	\$ 14
MARIA	\$ 14
EL ALFEREZ REAL	\$ 14
PARNASO COLOMBIANO	\$ 14
RISARALDA	\$ 14
DICCIONARIO DE EMOCIONES	\$ 14
GREGORIO GUTIERREZ GONZALEZ	\$ 39
JOSE FELIX DE RESTREPO OBRAS	\$ 49
PORFIRIO BARBA JACOB OBRAS COMP. ...	\$ 39
LOPEZ DE MESA ORACIONES PANEGIRICAS ✓	\$ 45
" " COGITACIONES ✓	\$ 14
EL INDIO URIBE 3 Tomos c/u.	\$ 29
JORGE ISAACS OBRAS COMPLETAS 2 Tomos	\$ 39
JOSE ASUNCION SILVA OBRAS COMPLETAS ..	\$ 50
MARCO FIDEL SUAREZ SUEÑOS Tomo II en	
piel	\$ 120
" " " Tomo I en piel	\$ 100
RUFINO JOSE CUERVO Tomo I en piel	\$ 100
RUFINO JOSE CUERVO Tomo II en piel	\$ 100
MIGUEL ANTONIO CARO Tomo I	\$ 100
CARLOS CASTRO SAAVEDRA Obra selecta ...	\$ 45
DERECHO INTERNACIONAL ALFREDO COCK A.	\$ 117

PEDIDOS:

Carrera 54 N° 52-15. Tel. 41-71-89. Ap. Aéreo 34-43
Medellín - Colombia